



BARROTÉS

Una novela de suspense

Rubén Gozalo

Título: **Barrotes**
© 2020: Rubén Gozalo
Foto de portada: © Jody Davis pixabay
Primera edición: 6 de junio de 2020
E-mail: rubengoled@gmail.com
Twitter: @Ruben_Gozalo
Facebook: <https://www.facebook.com/ruben.gozalo.1428>
Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de Propiedad Intelectual. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa del autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Si te la has descargado ilegalmente que sepas que acabas de cometer un delito y está feo. ¡Muy feo! Más que tirarse un pedo en un ascensor y culpar al hámster del vecino. En fin, tampoco vamos a poner puertas al campo, ¿no?

Si te ha gustado deja un comentario, please. Me alegrarás la mañana y me harás muy feliz.

Él era un ser solitario y digno de lástima, con su bata de seda descolorida y su vulgar espada, siempre deambulando por la Avenida Sujaku como un perro callejero sin amo.

Rashōmon y otros cuentos

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

OTROS TÍTULOS

AGRADECIMIENTOS

1

—¿Dónde crees que vas?

Marcos observa el rostro afilado, los ojos saltones y los dientes ennegrecidos de Aitor, su jefe. La voz grave repiquetea en su cabeza como el redoble de un tambor.

—A... a casa —dice titubeante.

—De eso nada.

—¿Ah, no?

—No. Aún no.

—Pe... pero si ya he terminado mi turno.

—Te quedas hasta las doce y media. ¡Hay mucha gente! —dice mientras señala a las personas que ocupan las mesas de alrededor.

Tiene ganas de cerrar el puño y estampárselo en la cara, pero sonrío y se contiene. Sabe que las horas extras nunca aparecerán en su nómina. Pero lo peor es que tampoco las cobrará. Aún no ha percibido el salario del mes pasado.

El tío es un déspota. Le paga cuando le sale de las narices, le trata peor que a un animal y ni siquiera le deja cinco minutos para fumar un cigarro. En cuanto le ve parado, le llama la atención. Algunos días le cronometra el tiempo que está en el cuarto de baño.

—Cla... claro.

Él asiente y trata de pensar que se halla en otro sitio y no en un maldito bar que da de comer y cenar a camioneros y currantes de un polígono industrial. Cobra una miseria, pero no se puede quejar. Es un exconvicto. Nadie en su sano juicio contrataría a un preso, por mucho que los políticos hablen de reinserción y segundas oportunidades.

—Ponme una hamburguesa gigante de beicon, queso, lechuga, tomate, cebolla y pepinillos. ¡Deprisa! ¡Ah! Y sin mostaza —dice con voz autoritaria.

—¡Desde luego, jefe!

Con paso cansino entra en la cocina y se vuelve a embutir el delantal. En el aire flota un olor a fritanga. De la nevera saca dos trozos de carne picada y los coloca encima de la parrilla. Cuando las hamburguesas están en su punto, las pone en el pan. Luego añade la lechuga, el tomate, los pepinillos, el beicon y la cebolla.

«No hay queso. ¡Que se joda!», piensa.

Por suerte, hoy está algo acatarrado. Así que absorbe los mocos y escupe un par de flemas en el pan. La saliva se envuelve con la masa.

—Ni hará falta ketchup —dice en voz alta.

Aplasta la hamburguesa, añade unas patatas de bolsa al plato y sale fuera. En el local hay más de quince clientes. Se acerca hasta la mesa donde está su jefe y esboza una sonrisa de conejo.

—Que aproveche —farfulla con sorna.

Antes de ponerse detrás de la barra le observa de reojo mientras la prueba. Un gesto de satisfacción se refleja en su semblante.

—¡Delicioso! —dice a la persona que está con él.

Aitor es un cabrón, pero ¿qué jefe no lo es?

Mientras atiende a dos clientes, piensa en lo miserable que es su existencia. En los últimos meses su vida se ha limitado a ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. No hay más. Ahora comprende la razón de que muchos convictos no quieran salir del talego. En la cárcel te lo dan todo. No tienes que preocuparte por fichar ni por la comida. Tampoco necesitas pagar el alquiler de la habitación en la que vives o hacer números para llegar a final de mes.

En los pabellones existe una rutina, unos horarios, un funcionamiento interno. Detrás de las rejas eres alguien. Los otros reclusos te llaman por tu nombre y te respetan cuando coincides con ellos en el patio. Pero, una vez que te conceden la libertad condicional, lo duro se encuentra fuera.

Al principio Marcos no lo entendía, pero tras unos cuantos días en libertad comprendió la decisión que había tomado Luis, su antiguo compañero de módulo. Nada más salir por la puerta de la cárcel de Topas, se subió en el primer autobús que se detuvo en la parada. Cuando llegó a Salamanca dirigió sus pasos hacia una ferretería. Allí compró un cuchillo bien afilado y, tras tomarse un café

con leche, se personó en una caja de ahorros. Una vez dentro, se acercó con educación hasta una de las mesas donde había un asesor comercial y, con suma delicadeza, le colocó el cuchillo en la garganta.

—¡O me das toda la pasta o rajo a tu compañero! —le gritó a una de las cajeras.

La mujer, asustada, hizo lo que le pidió. Después, con el botín en los bolsillos, Luis salió de la entidad bancaria, se sentó en el tercer escalón, extrajo un cigarrillo del bolsillo y se limitó a esperar a que llegase la policía. Tan solo buscaba que un juez lo volviera a encerrar. Le cayeron quince años.

Cuando llevas la mayor parte de tu vida detrás de unos barrotes, la vida en libertad se hace dura, muy dura.

—¿Qué tal?

La voz de Alfredo le saca de sus pensamientos. Es un cliente habitual. El hombre tiene unos cuarenta y tantos, voz de pito y una galopante alopecia ha deforestado gran parte de su cuero cabelludo. Posee un rostro vulgar: los ojos, marrones y achinados; la nariz, pequeña; y es proclive a que le salgan ampollas en los labios.

A pesar de que hace poco deporte, está más delgado que un alfiler. Viste como si se hubiera quedado estancado en otra época. Lleva chaquetas de pana con coderas, camisas de rayas con pajarita y pantalones acampanados. El tío trabaja como redactor creativo en una agencia de publicidad. Es culto. Se licenció en Filología inglesa y tiene un posgrado en marketing digital. Sabe varios idiomas y le gusta hablar sobre literatura. Algunos días le presta algún libro para que lo lea. Hace meses Alfredo se jactaba de ser una persona progresista, pero dejó de serlo cuando hizo las maletas y se mudó a otro barrio.

—De mal en peor. En fin... ¿Qué te apetece tomar?

—Ponme un corto de cerveza y un pinchito de tortilla.

—No te lo recomiendo. La tortilla sabe a culo.

Y él había escupido tres veces, pero omitió esa parte.

—¡Joder! Entonces... —dice mirando los platos que quedan en el mostrador— Mejor unas jetas.

—Buena elección.

Del bolsillo de la americana saca un ejemplar. En la portada se distingue el dibujo de una mujer asiática embutida en un quimono.

—Te he traído algo —dice mientras deja el libro encima de la barra.

Marcos se limpia las manos en el delantal, esboza una sonrisa y lo coge. Al menos hay alguien fuera que le aprecia.

—Rashōmon y otras historias.

En la cárcel leía mucho. Le sobraba el tiempo. Acudía con asiduidad a la biblioteca. Muchos reclusos se decantaban por estudiar una carrera universitaria. La mayoría de los condenados elegían Derecho. Pensaban que de esa forma podrían estudiar su caso y quizá apelar. Para él, los estudios universitarios constituían una pérdida de tiempo. No garantizaban un empleo.

España estaba llena de titulados universitarios. El mercado no daba más de sí. Los títulos se habían devaluado. Por eso, él prefería leer lo que se le antojara. No deseaba que nadie le impusiera unas materias que no terminarían sirviendo para nada. Sobre todo leía poesía, ensayos, literatura criminal, libros de autoayuda y alguna que otra novela de ciencia ficción.

La lectura le aislaba del resto de los reclusos. Los libros se habían convertido en un escudo que le protegía de cuanto sucedía a su alrededor. Prefería ir a su bola y no enterarse de nada. El tiempo en prisión no lo contaba en segundos, sino en libros que pudiera leer. En un año podía llegar a leer más de doscientos.

—Es bueno. ¡Échale un ojo y ya me dirás!

Asiente, guarda el ejemplar debajo del mostrador y le sirve el pincho de jetas que ha pedido. Después, recoge las mesas y mete los platos en el lavavajillas. Conforme discurren los minutos, el bar se vacía.

A las doce y media solo quedan Aitor y él en el local. Para entonces, ya ha pasado los suelos y desinfectado el servicio. Ha resultado una tarea tediosa sobre todo porque alguien había plantado un buen pino y se le había olvidado pasar la escobilla.

Enseguida advierte que su jefe se ha excedido con las cervezas y se tambalea cada poco.

—Eres un buen tío —le dice.

«Y tú un cabrón de mierda que apesta a alcohol», piensa.

—Mañana, si quieres, tómate el día libre —añade.

—¿Lo dices en serio?

—No, pero a que queda bien —dice riéndose.

«Hijo de puta».

Le debe siete días de vacaciones de los veinte que le corresponden. Pero no se los dejará coger y tampoco se los abonará. Aitor es así. Se rige por dos máximas: «¿Lo tomas o lo dejas? O, si no te gusta esto, ahí tienes la puerta».

—Creo que has bebido demasiado.

—¡Anda, vete! Ya cierro yo —le dice.

—Deberías llamar a un taxi.

El trabajo en el bar no le gusta, pero las ofertas escasean. Con su experiencia laboral, nadie en su sano juicio le contrataría. Percibe seiscientos ochenta euros al mes. Por el alquiler de la habitación paga cuatrocientos veinte, sin incluir los gastos de luz, agua y bombona. Limpios le quedan doscientos veinte euros, con los que tiene que comer, vestir y sobrevivir.

—Tranqui... que yo controlo. Son muchos años...

Marcos se desprende del delantal, se pone el abrigo y no tarda en despedirse de Aitor. A la una menos cuarto de la mañana, los autobuses urbanos han dejado de circular. Como no tiene coche, le toca regresar a pie desde el polígono. No le importa. Incluso lo agradece. En la calle hace un poco de frío, pero no llueve.

A pesar de que su piso está situado en la otra punta de la ciudad, el camino de regreso se le hace corto. En Salamanca no existen las distancias. Todo está a un paso. Desde que salió de la cárcel, se ha acostumbrado a los paseos. En el talego solo podía dar vueltas alrededor de los muros de hormigón del patio. Las vistas no eran nada del otro mundo: yonquis, asesinos, maltratadores, psicópatas y un muro inexpugnable de ladrillo y hormigón. Incluso el aire parecía como si estuviese contaminado.

Una persona no valora su libertad hasta que la pierde. Él ha prometido no regresar. Y cada día lo intenta con todas sus fuerzas. Tiene cuarenta y cinco años, un trabajo precario, vive en una habitación de un piso compartido y mil setenta y dos euros en la cuenta del banco. Eso es lo único que le separa de volver a delinquir. Por desgracia, no es el hombre que quería llegar a ser. Y

eso es jodido. Muy jodido. Lo piensa muchas veces antes de irse a dormir. Pero la vida reparte sus cartas y él, por desgracia, pese a tener una buena mano ha jugado mal la partida. Lo curioso es que no puede volver atrás ni hacer nada por enmendarlo. Solo le queda seguir adelante. ¿Qué otra cosa podría hacer? Ojalá tuviera el Delorian de Michael J. Fox en la película *Regreso al futuro*.

Sube por la calle de María Auxiliadora hasta llegar a la avenida de Portugal. Las aceras se encuentran vacías. Las farolas vierten tenues haces de luz sobre el asfalto de alquitrán. Ve a una pareja magreándose en una esquina y pasa de largo. Ni siquiera recuerda cuándo fue la última vez que besó a una chica. Saca las llaves del portal y entra. Pulsa el interruptor y sube las escaleras en silencio. Los pasos repiquetean. Entra en casa e inhala un olor familiar. De la cocina proviene un aroma a fritos y coles. Dirige los pasos hacia su cuarto, pero en el pasillo repara en que la puerta de Miguel, su compañero de piso, está entreabierta.

«¡Qué raro! Siempre la cierra», se dice.

—¿Hola?

Toca la puerta con los nudillos, pero nadie responde.

—¿Miguel?

Con lo desconfiado que es, le extraña que haya dejado la habitación abierta. Cuando no está en casa, siempre la cierra con un candado. Él ha hecho algún chiste alguna vez con eso. Ni que en su interior guardase las reservas de oro de la II República.

—Miguel, ¿estás ahí?

No obtiene respuesta.

—Soy Marcos, ya he vuelto...

Al atravesar el umbral de la puerta y dar la luz se le corta la respiración. Su rostro se contrae y nota que le tiemblan las manos y le flaquean las piernas. Un escalofrío le recorre la columna vertebral. El vello de los brazos se le eriza. No puede evitar llevarse la palma de la mano izquierda a la boca. Siente el impulso de apartar la mirada, pero se contiene. Encima de la cama distingue el cuerpo de su compañero. Está desnudo de cintura para arriba. Tiene la piel pálida, como si estuviera esculpida en hueso, los ojos inyectados en sangre y fuera de las cuencas y la punta de la lengua, oscura e

hinchada, asoma entre los labios. En el tórax distingue dos pequeños agujeros y advierte en las salpicaduras de sangre.

—¿Qué coño ha ocurrido? —farfulla entre dientes.

Se acerca nervioso hasta el cabecero de la cama y ahoga un grito de terror. Le coloca las yemas de los dedos índice y corazón en el cuello, aprieta durante unos instantes y comprende que no tiene pulso.

Está muerto.

2

Mira a su alrededor. Se fija en la estantería de aglomerado, con los anaqueles repletos de libros, en la silla sobre la que reposa el pantalón de un pijama y en la mesa camilla. Encima descansa una pila de folios manuscritos. No ve ninguna pistola.

«Puede que el asesino siga aquí», piensa.

Esa idea le pone aún más nervioso.

Detrás hay un armario empotrado en la pared, de color blanco y con rejillas, lo suficientemente espacioso como para que pueda ocultarse una persona. Quizá haya alguien escondido. Y puede que le esté apuntando con un arma.

«¿Qué hago?», se pregunta.

Contiene la respiración.

«¿Quieres morir? No, claro que no. Márchate. Deja todo como está. No es tu problema. ¡Lárgate! ¿A qué esperas? No eres ningún héroe».

Da un par de pasos hacia atrás. Se gira con rapidez y, con un inesperado movimiento que hasta a él le sorprende, agarra el pomo con la mano. Tira con todas sus fuerzas y, al abrirse la puerta del armario de par en par, se queda paralizado. Divisa una barra de la que cuelgan perchas con camisas y pantalones. Abajo distingue varias baldas llenas de camisetas, calcetines y jerséis. En el interior no hay nadie.

—¡Joder!

Después se da la vuelta, camina un par de pasos hasta pisar la alfombra de rombos y se arrodilla a escasos centímetros de la cama. Levanta el edredón, agacha la cabeza y mira debajo. Sus ojos se topan con unas pantuflas, varias bolsas de papel, un balón de fútbol y dos cajas de zapatos vacías. Se vuelve a levantar e, intranquilo, se acerca hasta la mesa. Revuelve el montón de folios y comprueba que Miguel no ha dejado ninguna nota. Con más

detenimiento, examina lo que pone en las hojas. Solo son apuntes de clase.

El registro de la habitación le genera cierta intranquilidad. Nunca ha sido un cotilla. Jamás se ha metido en la vida de nadie. Odia que revisen sus cosas. En el talego, pese a contar con pocas pertenencias, detestaba que otros presos husmeasen en sus objetos personales. La intimidad es sagrada.

«Vive y deja vivir», ese siempre ha sido su lema.

En cuanto sale del cuarto, realiza un reconocimiento por el resto de las dependencias de la casa. Echa un vistazo en la cocina, el salón y el baño. Su desconfianza es tan grande que mira a conciencia detrás de las cortinas. Cuando se cerciora de que no hay ningún intruso en la vivienda, respira aliviado.

Ahora tiene un problema.

Entra en su habitación, enciende la luz y abre el armario. El mueble huele a madera y bolas de alcanfor. Comienza a sacar la ropa. Encima de la colcha, deposita los jerséis, las camisas y un par de pantalones. Debajo de la cama guarda la maleta. La coge de forma apresurada y la abre. Como tiene pocas posesiones, cree que no tardará mucho.

Mira el reloj que reposa sobre la mesilla. Marca la una y diez de la madrugada.

Debe huir. ¿Quién le va a creer?

«Agente, lo encontré así al llegar al piso».

Y una mierda. Los policías que le tomen declaración desconfiarán de él y se reirán en su cara.

No le creerán.

Claro que no.

Y menos con sus antecedentes.

Está atrapado.

Tras unos segundos de desconcierto, se echa las manos a la cabeza e intenta pensar con lucidez. Marcharse de la escena de un crimen no es una buena idea.

¿A dónde podría ir?

Casi no tiene dinero en efectivo y tampoco conoce a nadie que le pueda ayudar. No cuenta con ningún lugar donde esconderse. Si huye se convertirá en el principal sospechoso.

Intenta predecir los movimientos de la policía. Primero contactarán con el casero. Él los informará sobre el inquilino que compartía el piso con Miguel. Irán tras sus pasos. Le pedirán al juez que dicte una orden de búsqueda y captura. Su cara saldrá en la televisión local y en los periódicos. En dos o tres días le habrán localizado. ¿Y de qué servirá?

«No. Es mejor entregarse. Acercarse a la comisaría y explicarlo todo», piensa intranquilo.

No tiene nada que perder.

Desde luego que sí: su libertad.

No volverá al talego. Eso lo tiene muy claro. Antes prefiere comprar una soga, encaramarse a una silla y colgarse. En la cárcel vio a un compañero de celda hacerlo. La muerte por asfixia dura solo unos segundos. El cuello se rompe entre la segunda y la tercera vértebras. La sangre deja de llegar al cerebro. Unos instantes de agonía. Quizá hasta eyacule o agite los pies. Fin de la historia. Se terminaron los problemas.

Nadie le volverá a enjaular. Ya estuvo quince años a la sombra. Con eso es suficiente. Además, tiene una coartada. Y es sólida.

Los clientes del bar podrían corroborar su versión. Aitor le vio. Alfredo también. Y muchos de los habituales que frecuentan el local.

Piensa en el cadáver de Miguel. El asesinato se ha producido mientras él se encontraba en el bar. Por otro lado, en la puerta no hay signos de que la hayan forzado. Seguramente, conocía al asesino. O, al menos, le abrió la puerta.

«Sí, hay que llamar a la policía», piensa.

Se arrepiente de no haber comprado un teléfono móvil. Hasta ahora, nunca le había hecho falta. ¿Para qué? No tiene a nadie con quien hablar.

Vuelve a meter la ropa en el armario, esconde la maleta debajo de la cama y sale del piso. En el rellano de la escalera se le ocurre que podría llamar a algún vecino para que le deje su teléfono y así poder contactar con la policía. Solo serían unos segundos. Pero lo descarta de inmediato. No se habla con nadie del portal. Tan solo un «¡hola!» de cortesía o un «¡hasta luego!» cuando se cruza en la escalera con alguna persona.

La comisaría está cerca. A unos quince minutos. Baja las escalinatas de tres en tres y sale a la calle. Mientras camina con paso ligero, las preguntas no dejan de agolparse en su cabeza.

¿Por qué le han disparado?

¿Quién podría querer hacerle daño?

Y, sobre todo, ¿por qué?

¿Qué es lo que había hecho su compañero de piso para que alguien hubiera tomado la decisión de asesinarle?

¿Cuál había sido el móvil del crimen?

¿Un robo? ¿Una venganza? ¿Un ajuste de cuentas?

No conocía demasiado a la víctima. De vez en cuando, hablaban, pero entre ellos no existía una relación de amistad. Eran dos desconocidos que, por los desorbitados precios de los alquileres en la capital, se veían abocados a vivir bajo el mismo techo.

Muchos jóvenes lo hacían. Compartían piso y gastos. Como la vivienda carecía de salón, solo coincidían cuando se encontraban en la cocina. Y conversaban sobre trivialidades: «¡Qué tal el día!», ¿Qué ha hecho el Real Madrid?» o «¡Para mañana dan mal tiempo!». Si podían procuraban evitarse. Los días que tenía libres y no trabajaba, intentaba cocinar y comer deprisa para no toparse con Miguel.

Marcos había conseguido la habitación a través de un anuncio que había encontrado en el tablón de una copistería mientras fotocopiaba el currículo. Se alquilaba una habitación en un piso compartido que contaba con baño, cocina y calefacción central. En Salamanca florecían los pisos de alquiler. En la periferia y en la zona del campus universitario, había un montón. Muchos propietarios adquirían una segunda vivienda para obtener un buen complemento a la pensión. Él llamó al número que figuraba en el anuncio y se citó con el casero para ver el cuarto.

La primera impresión no fue buena. La habitación le recordó a un zulo. El mobiliario era viejo. Estaba convencido de que los propietarios habían conseguido la cama de noventa, el armario, el escritorio y las dos sillas en una escombrera. Pero cuando corrió las cortinas y subió la persiana los ojos de Marcos se abrieron de par en par. Había luz. Mucha luz. Más de la que nunca habría imaginado.

En la cárcel hubiera dado su brazo izquierdo por algo así. El sol era algo maravilloso. Cuando estuvo en la prisión de Topas, solo tenía derecho a dos horas de patio al día. Siempre a primera hora de la mañana. Casi nunca veía la luz del sol. Le gustó que la ventana tuviera vistas a un parque con columpios, árboles y zonas verdes. Desde la habitación se podían escuchar los gritos de los niños mientras jugaban en el tobogán. Aunque era un poco cara, se la quedó. El propietario le exigió un mes de fianza y se mudó ese mismo día. Desde entonces habían transcurrido más de siete meses.

Al entrar en las dependencias policiales, se le corta la respiración. Le invade un *déjà vu*. Tiene la impresión de que esa escena ya la ha vivido. La última vez que pisó la comisaría estuvo detrás de una mesa con las manos en la espalda, unas esposas apretándole las muñecas y la mirada recelosa de un agente que no dejaba de observarle. Aquel día le tomaron las huellas dactilares, le interrogaron durante más de siete horas y pasó la noche en el calabozo hasta que a la mañana siguiente le pusieron a disposición judicial.

El policía se encuentra detrás de un cristal, sentado en una silla. Está absorto en sus pensamientos, leyendo una revista.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle? —dice con voz ronca.

—Quería denunciar un crimen.

El hombre se sobresalta y clava sus ojos en él. Tiene ojeras, la nariz respingona y unos dientes amarillentos de tanto fumar. Las arrugas se repliegan por su frente como cerros labrados en la tierra. Deja el bolígrafo que tiene en la mano, frunce el entrecejo y le observa con el rostro de alguien que acaba de despertar de una pesadilla.

—¿Cómo dice? —pregunta sorprendido.

—Han... han asesinado a mi compañero de piso.

El policía se levanta del asiento, abre una puerta y le hace entrar en las dependencias policiales.

—¡Acompáñeme, por favor!

Atraviesan un estrecho pasillo, giran a la izquierda y llegan hasta una sala repleta de escritorios sobre los que distingue más de

una docena de ordenadores con las pantallas apagadas. A su izquierda hay un par de estanterías repletas de archivadores. En la pared descubre una foto del rey y varias imágenes de delincuentes buscados por la Interpol. Al fondo, junto a la máquina de café, divisa a dos policías vestidos de paisano que sostienen un vaso de plástico. Están en mangas de camisa y a uno de ellos se le ve la funda sobaquera en la que porta el arma reglamentaria. Charlan de forma amistosa. El agente los llama. A uno no le hace mucha gracia que le hayan interrumpido. Los dos se acercan.

—¿Qué es lo que ocurre, Juan? —dice el más alto.

Marcos les habla sobre el cadáver que ha descubierto. Los detectives se limitan a asentir.

—¡Venga con nosotros!

Salen al aparcamiento. La luna brilla en el lienzo celeste como si fuera un pez de colores. Los agentes de la ley se suben a la parte delantera de un turismo. Él se instala en la parte de atrás. Marcos y los inspectores están separados por un cristal.

Los asientos huelen a cuero. El vehículo arranca y coge velocidad. Uno de los policías le habla y le pide que le vuelva a contar lo que ha ocurrido. Como las calles están vacías, ni se molestan en encender la sirena. Él vuelve a contarles la historia. El vehículo sube por el paseo de Canalejas y se salta dos semáforos hasta alcanzar la rotonda de la plaza de España. El conductor toma la segunda salida, deja atrás la avenida de María Auxiliadora y no tardan más de cinco minutos en llegar hasta el portal.

Marcos les abre la puerta y suben hasta el piso con rapidez. Antes de adentrarse en la vivienda, sacan sus respectivas pistolas, sopesan la posibilidad de pedir refuerzos y le exigen que permanezca a una distancia prudencial.

Al atravesar el umbral de la puerta de la habitación de Miguel, los policías se miran extrañados. Marcos permanece en silencio, pero tras un rato de espera decide desobedecer la orden de los agentes. Cuando entra se le hiela la sangre. Ahoga un gemido. El vello de la piel se le eriza. No sabe qué decir. El cuerpo no está. Ha desaparecido.

En esos instantes solo desea que le trague la tierra.

3

Marcos se lleva las manos a la cabeza y mira aterrado el edredón que descansa sobre la cama. El desconcierto da paso al pánico.

—¿Qué coño ha pasado? No, no puede ser. Es... estaba ahí encima. ¡Os lo juro! —dice con los ojos fuera de las órbitas.

Los dos inspectores cruzan las miradas, le piden que se calle y se ponen a registrar el resto de las habitaciones. Entretanto, él vuelve a revisar el armario a conciencia y poco después mira debajo de la cama. No hay rastro del cadáver.

«¡Vaya mierda! Se lo han llevado. De todas formas no pueden haber ido muy lejos», piensa mientras mira el reloj de la mesilla.

Ahora sí que se ha metido en un lío. Debería haberse largado. Se arrepiente de no haber hecho el equipaje. ¿Por qué tuvo que involucrarse? Se considera una persona individualista. Está convencido de que el mundo es un estercolero donde nadie hace nada de forma desinteresada por sus semejantes. Si a él le ocurriese cualquier desgracia, ninguna persona movería un dedo por ayudarle. El ser humano es egoísta por naturaleza. En caso de que se tirase en medio de la calle, la gente cambiaría de acera o pasaría de largo sin inmutarse. Y, si alguien reparase en él, seguramente sería para quitarle la cartera. En el talego aprendió a sobrevivir y a no meterse en los asuntos de nadie. Los problemas pertenecen a uno. No son de nadie más. Desde que nacen, las personas están solas. Así se lo inculcó su padre.

Recuerda un episodio ocurrido siete años atrás en la prisión de Topas. A un chico le querían rajar en las duchas por haber sustraído unos cuantos gramos de caballo. Rafa, un tipo al que Miguel conocía de vista y estaba en su módulo, avisó al joven de que en el momento menos pensado algunos presos irían a por él. Al día siguiente los guardias, alarmados por la ausencia de Rafa durante el recuento, se personaron en su celda. Cuando entraron, se

sorprendieron al verlo encima del catre. Al levantar las mantas, descubrieron que le habían cosido a puñaladas. Junto al cabecero de la cama, encontraron una nota que decía: «Chivato».

—Eres idiota. ¿Por qué te has tenido que complicar la existencia? —farfulla entre dientes.

De pronto, al mirar hacia el suelo advierte en un pequeño detalle en el que no había reparado hasta ahora. Algo no encaja. Se acerca y observa con más detenimiento. Falta la horrible alfombra de rombos. Lanza un suspiro y guarda silencio.

Al cabo de un rato, los dos investigadores regresan.

—¡Aquí no hay nada! —dice el más alto que tiene el pelo canoso, el rostro enjuto y ojeras.

Por sus gestos deduce que no está muy contento.

—¡A Miguel le han asesinado! Tenía dos disparos en el pecho. Le tomé el pulso y... no respiraba. Además, fijaos en esa parte del suelo. ¿No veis algo raro? —dice eufórico mientras señala una zona concreta del parqué.

Ambos miran.

—Lo cierto es que no...

—Hace treinta minutos ahí había una alfombra. Me arrodillé sobre ella para ver si había algo oculto debajo de la cama.

—¿Una alfombra? —dicen al unísono.

—Sí, pero ya no está. ¿No os resulta un poco extraño? Alguien se la ha llevado. Si prestáis atención, veréis que en esa zona no hay tanto polvo como en el resto del suelo. Eso se debe a que ahí había algo y se lo han llevado.

El alto se acerca, se pone en cuclillas y desliza la yema del dedo izquierdo por el área que ha indicado Marcos.

—Yo no noto ninguna diferencia —dice.

—¡Pues sí, la hay! El asesino debió de cogerla para envolver el cuerpo.

El agente se incorpora, se sacude las rodillas con las palmas de las manos y le observa con desconfianza.

—Eso no son más que conjeturas. ¿Ha bebido, señor?

La pregunta le descoloca por completo.

—¿Cómo?

El investigador inclina la cabeza hacia atrás, se lleva el dedo pulgar a la boca y simula beber el contenido de una botella imaginaria.

«¿A qué viene esa gilipollez? No, por supuesto que no, idiota». Pero omite realizar ese comentario. Ya está en apuros. No quiere hacer un alud de una bola de nieve.

—No. Yo jamás jugaría con algo tan serio —dice con rabia.

—Porque si se trata de una broma... no tiene ninguna gracia.

Nunca le han caído bien los policías. Siempre le han parecido unos prepotentes. Sacan una oposición, se aseguran un buen sueldo para toda la vida y se creen los reyes del mundo.

—¡Jamás me inventaría algo así!

—¿Me permite ver su DNI? —dice con frialdad.

—Pe... pero ¿a qué viene eso? Si no he hecho nada.

—Entonces... no tendrá ningún inconveniente en mostrármelo, ¿verdad?

Marcos se palpa el bolsillo de mala gana, saca la cartera y le tiende el documento de identidad. El hombre lo coge y, con la minuciosidad de un perito que analiza el parte de un siniestro, examina los datos. A continuación, extrae un teléfono del bolsillo, se separa unos metros y efectúa una llamada.

—¿Sí? —dice a alguien que se encuentra al otro lado de la línea—. Hay unos datos que necesito comprobar. El nombre es Marcos Díaz González. ¡Date prisa! A ver qué sale en el ordenador.

—¿No me crees? —le pregunta al otro detective.

El hombre, con una incipiente alopecia y unos cuantos kilos de más, se encoge de hombros. Parece más comedido que su compañero.

—Lo que yo piense carece de importancia.

—Un cadáver no puede desaparecer así como así, ¿verdad?

—Quizá usted creyó ver otra cosa. Puede que su amigo no estuviera muerto. Quizá estaba dormido...

—Sé distinguir un cadáver. Lo encontré bocarriba y tenía dos agujeros de bala en el pecho. ¿Qué interés tendría en mentirosos? ¿Acaso pensáis que no tengo nada mejor que hacer?

Una sonrisa se proyecta en el rostro del inspector. En un gesto de prepotencia se frota las manos y hace sonar los nudillos.

—Podría ser. Llevo más de veinte años en el Cuerpo y te puedo asegurar que he presenciado situaciones que nunca imaginarías.

—Es la verdad. Alguien ha entrado en esta casa y se ha llevado el cadáver de Miguel mientras estábamos en la comisaría. Me marché a la una y media y regresamos alrededor de las dos menos cinco. En ese intervalo de tiempo, ha debido de ocurrir. Puede que el homicida sea alguno de los vecinos.

El otro agente regresa.

—Está fichado —le dice a su compañero.

—¡Qué sorpresa!

Odia que se rían de él y no le tomen en serio.

—Salió hace más de siete meses de la cárcel.

—¡No me digas! —dice lanzando una mirada acusadora a Marcos.

—Mi pasado no tiene nada que ver con esto. Yo no he hecho nada. ¡Soy inocente!

—¿Qué es lo que hizo?

Tiene la impresión de que pretenden jugar al poli bueno y al poli malo.

—Le condenaron a quince años de cárcel por matar a un niño.

Un silbido brota de la boca del inspector.

—Fue... fue un accidente.

—Eso dicen todos antes de entrar en prisión.

—Él y otros dos cómplices atracaron una joyería.

—¡Joder con el colega! Menudo elemento.

No le gusta la forma en que le hablan ni el cariz que está tomando la conversación.

—¡Yo no entré en esa joyería! Solo era el conductor. Me contrataron para que los llevara. Solo debía conducir.

Se siente cohibido. Para él hablar sobre lo que sucedió esa tarde es un tema tabú.

—Atropellaste a un niño de siete años y lo mataste. ¿Te parece poco? Después, te diste a la fuga como un maldito cobarde. ¿Qué clase de persona hace algo semejante?

Detesta que indaguen en su pasado. No es algo de lo que se enorgullezca. En la cárcel prefería no hablar de ello. Cuando los otros reclusos le preguntaban qué es lo que había hecho para que le

encerrasen, él se inventaba cualquier historia con tal de no afrontar la realidad. Si pudiese volver atrás, lo haría sin dudarlo, pero ya es demasiado tarde para cambiar las cosas. Tomó una decisión y pagó las consecuencias. A efectos legales, su deuda con la sociedad está saldada. Muchas veces ha intentado escribir a los padres del pequeño, pero siempre termina rompiendo la carta. Cualquier excusa que escriba en un papel no le devolverá la vida al crío. De nada servirán sus palabras. En ellos solo puede existir resentimiento hacia él. Se equivocó y debe vivir con esa carga sobre su conciencia.

Algunas noches piensa que ojalá hubiera muerto él en vez del muchacho. Todo hubiera sido mucho más fácil. Aunque nadie lo crea, el rostro del chaval sigue ahí. Lo ve en sueños. El impacto contra la luna. El cuerpo volando por los aires. El golpe contra el asfalto. La sangre brotando del cráneo mientras se fundía con la gravilla. Todo sucedió en unas décimas de segundo. Ojalá hubiese podido dar un volantazo.

—Por aquel entonces era un joven alocado y estúpido.

—¡Vaya, hombre!

—Y consumía y frecuentaba amistades poco recomendables. Pero juro que no vi venir a ese crío. Salió de la nada. Me... me puse nervioso y aceleré.

—¡Conmover! —dice el agente obeso mientras aplaude.

—¿Y esta noche también has consumido?

—No.

—Y ¿por qué íbamos a creerte?

—No tomo drogas.

—Si tú lo dices.

—Ese mundo lo dejé atrás hace mucho tiempo. Desde que estoy en libertad soy una persona distinta. He rehecho mi vida. Tengo un trabajo.

—¡Coño! Un «pagapensiones», como esos que vienen a las costas de Algeciras en patera —dice con sorna.

—¿Qué hacemos con él, Javier? ¿Lo llevamos a la comisaría y le interrogamos más a fondo? Aquí no hay ninguna evidencia que respalde esa sarta de chorradas que nos ha contado.

Javier lo medita durante unos segundos.

—Si no me creéis, ¿por qué no contactáis con Miguel, eh? Su móvil no lo he visto por ningún lado. Seguro que no responde. El número está pegado con un imán en la puerta del frigorífico. ¡Podéis llamarle! ¡Así saldréis de dudas!

—¿Saldremos de dudas? ¡Joder, estoy harto de tener que tratar con pirados! Esta mierda no va incluida en el sueldo.

—¡Hazlo, Javi! —le ordena su compañero.

—De acuerdo.

El agente vuelve sobre sus pasos, entra en la cocina y marca en su teléfono el número que hay escrito en un pósito amarillo. Al cabo de unos instantes, una teleoperadora le informa que ese teléfono se encuentra apagado o fuera de cobertura.

—No contesta nadie —dice al regresar a la habitación.

—¿Lo veis?

—Eso no demuestra nada.

—Claro que sí. Aquí hay algo raro —dice Marcos.

—Son las dos y media de la mañana. Quizá se ha quedado sin batería. O tal vez tu amigo está por ahí disfrutando de los encantos de la carne. En el Cuerpo, tenemos un dicho: si no hay cadáver, no hay crimen.

—¡Os lo estáis tomando a pitorreo!

Javier se encara con él. Su cara se congestiona. Ha conseguido sacarle de sus casillas. Le da un par de cachetes amistosos en el moflete izquierdo y le lanza una mirada cargada de desdén.

—¿Qué has dicho, gilipollas?

Respira hondo.

—Nada. Lo siento. No pretendía ofender a nadie.

—Pues me has tocado los cojones. Así que, por listo, vamos a empezar de nuevo. Y como no me gusten las respuestas... esta noche duermes en el calabozo. ¿Qué relación tenías con él?

—Ya os lo dije antes, en la comisaría. Somos... digo éramos compañeros de piso. Por lo que sé, era profesor en la Universidad de Salamanca. Impartía clases.

—¿De qué?

—Ni idea. Eso tendréis que preguntarlo en la facultad. Si queréis más información, deberíais contactar con el casero. Él os podrá contar algo más. Yo apenas le conocía.

—¡Y una mierda!

Marcos siente deseos de abalanzarse sobre él y partirle la cara. En caso de que se lo proponga, tal vez podría reducirle. Le saca casi una cabeza y tiene una buena condición física. Pero son dos. Está en desventaja.

—¡Déjalo, Javi!

—A este tío le falta un hervor, Luis. ¡Le vamos a empapelar!

—¿Por qué?

—¿Te parece poco una denuncia falsa?

—¿Cómo?

—Te caerán de seis a doce meses. Y con tus antecedentes...

—¡Tengamos la fiesta en paz, Javi! —dice su compañero con un tono de voz más calmado.

—¿Acaso no lo ves? Este tío piensa que somos gilipollas. Se está descojonando en nuestra cara —dice dirigiéndose a él.

De pronto, el sonido del móvil pone fin a la discusión. Los tres se miran. El teléfono da un par de tonos. Javier lo descuelga y conecta el manos libres.

—¡Hola! Tenía una llamada perdida de este número.

—Le he llamado hace un momento —dice Javier—. Soy policía.

—¿Qué ocurre?

—¿Es usted Miguel?

—Ajá.

—¿Vive con el señor Marcos Díaz en el número 211 de la avenida de Portugal?

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Se encuentra bien?

—No demasiado. Esta noche a mi madre le ha dado un infarto y he tenido que marcharme de urgencia.

Javier asiente y quita el manos libres mientras sigue conversando. Solo se le oye decir: ajá, ajá, ajá.

Marcos contiene la respiración y se abstiene de realizar cualquier clase de comentario.

Está seguro. Esa no es la voz de Miguel.

Otra persona le está suplantando.

4

Sale de la comisaría alrededor de las diez y media de la mañana. Tiene ojeras, está harto de dar explicaciones y le duele la espalda a causa de la incómoda silla en la que ha estado sentado durante las últimas tres horas. Un olor acre emana de sus axilas y se nota cansado. Javier y Luis le han interrogado a fondo. Incluso le amenazaron con someterle a la prueba del polígrafo. A lo que él les contestó que «adelante», pero por fortuna la cosa no pasó de ahí. Al final no presentarán ninguna denuncia, pero se lo han hecho pasar realmente mal. Le han avasallado a preguntas.

Marcos es rencoroso. No se le olvidará lo que ha ocurrido esta noche. Pese a la insistencia de los detectives, no ha hecho ningún comentario acerca de la persona con la que han hablado por teléfono. Está seguro de que no era la voz de Miguel. Él tenía un marcado acento andaluz y ceceaba al pronunciar las erres. Probablemente, han estado conversando con su asesino.

En lo siguiente en lo que piensa es en que debe abandonar el piso de la avenida de Portugal cuanto antes. Le molesta porque ya se ha acostumbrado a él. A pesar de todo, no puede seguir ahí. No es seguro. El asesino tiene las llaves. Si regresó para cambiar el cadáver de sitio, podría volverlo a hacer esta misma noche. Y ¿qué ocurriría si se topase con él?

Seguramente, correría la misma suerte que su antiguo compañero. El problema estriba en que necesita encontrar otra habitación antes de que comience su jornada laboral. Aitor no le permitirá que se coja el día libre. El tipo sería capaz de echarle. En su situación no cuenta con demasiadas opciones. Por otro lado, no tiene a nadie que le pueda alojar en su casa durante unos días.

Cuando pasa cerca de un kiosko, compra el periódico. Llevaba sin hacerlo los últimos quince años y, desde la última vez que adquirió un ejemplar, el precio se ha triplicado. Con ese importe

podría haberse comprado una empanada en una panadería. Seguro que le hubiera sacado mejor provecho.

Camina con un ojo puesto en la sección de anuncios clasificados. En la penúltima página ve varios pisos y alguna que otra habitación en alquiler. Se detiene en un banco, anota los números en una libreta que siempre lleva consigo y se la guarda en el bolsillo de la cazadora.

Lamenta no poseer un teléfono. Ahora le hace falta. No obstante, es reacio a facilitar sus datos personales. Ni siquiera a las operadoras de teléfono. Por otra parte, tampoco quiere convertirse en un esclavo del móvil. En el bar lo ve constantemente. Personas que están pegadas al celular a todas horas. Que si las noticias. Que si el wasap. Que si los mensajes de texto. Que si internet. Que si esta o la otra aplicación. En caso de que adquiriera uno de esos aparatos, será el más simple, como los que escondían algunos reclusos en la cárcel. Nada de datos y megas. Será de prepago y solo lo utilizará para efectuar llamadas de emergencia.

Hace años, las calles se encontraban abarrotadas de cabinas telefónicas. A doscientos o trescientos metros de distancia, se podía encontrar una. En eso sí ha cambiado la fisonomía de la ciudad. De modo que no le queda más remedio que acercarse hasta un locutorio situado en la plaza de España. En cuanto atraviesa el umbral de la puerta, ve a un grupo de latinoamericanos en las mesas de los ordenadores. Están conectados en red jugando a alguna mierda. Un par de críos con gorras de los *Yankees*, chándal y deportivas le observan como si se hubiera confundido de local. Deben de estar preguntándose qué hace ahí un carca como él. Pide un teléfono a la dependienta, de ojos marrones, que lo escruta con creciente curiosidad. La mujer le asigna la cabina número tres, que consta de una silla y un teléfono. Extrae la libreta y marca el primero de los números.

—¡Hola! Llamaba por lo de la habitación que se alquila —dice.

Le responde una señora mayor y se citan para dentro de un par de horas en una calle que se encuentra al lado de la Junta de Castilla y León. El sitio le pilla de camino al trabajo. Si no es un cuchitril de habitación, se la quedará. En cuanto sale del locutorio, acelera el paso. Quiere llegar a casa cuanto antes, darse una ducha

y permanecer debajo de un chorro de agua caliente hasta que le arda la piel. Apesta a sudor.

La ciudad ya se ha desperezado. Los coches se han adueñado de las avenidas. Muchas mujeres miran los escaparates de las tiendas. Algunas van cargadas con un montón de bolsas.

Cuando está a punto de entrar en el portal, se le acerca una mujer. Es alta, con el pelo negro, los ojos verdes y el rostro alargado. Lleva un abrigo gris de Zara, que le llega hasta las rodillas, vaqueros y unos botines con una puntera ortopédica. De su hombro izquierdo cuelga un bolso de piel y en la mano derecha sujeta una carpeta con el logotipo en relieve de la Universidad.

—Disculpa —dice con un tono que le resulta demasiado amable.

Él la mira a los ojos y sonrío.

—¿Sí?

—¿Eres el compañero de piso de Miguel?

—Ajá.

—¿Tendrías un minuto?

«Para ti los que quieras», piensa.

La mujer es guapa. Posee una mirada dulce y unos ojos almendrados. Tiene la piel morena y una capa de maquillaje realza sus facciones. Calcula que rondará los treinta años. Por su apariencia supone que podría ser la novia de Miguel. Alguna vez le habló de ella, pero nunca la llegó a conocer. Él nunca la trajo a casa. Por lo visto tenía buen gusto.

—Dime.

—¿Podríamos hacerlo en un sitio más tranquilo?

—Claro.

Suben las escaleras en silencio y entran en el piso. Como la vivienda carece de salón, pasan a la cocina y le ofrece una silla. Ella se quita el abrigo y el bolso y los coloca detrás del respaldo. Un jersey ceñido realza una figura estilizada. Después estudia con detenimiento el mobiliario. A su izquierda hay una vitrocerámica, el fregadero con un par de cazuelas sucias y un poco más allá un amarillento microondas devorado por las costras de grasa.

—¿Te apetece tomar algo? Tengo té y también puedo hacer café —dice mientras hurga en los cajones del armario de cocina.

—No. Muchas gracias.

En su rostro hay una mezcla de miedo y preocupación.

—Tú dirás.

Su boca es un poco pequeña en proporción al resto de su cara. La chica guarda cierta similitud con Catherine Z. Jones.

—Mi nombre es Eva. Soy profesora en la Universidad de Salamanca. Trabajo en el mismo departamento que Miguel. Somos colegas desde hace unos años y colaboramos en algunos proyectos de investigación. Ayer por la tarde recibí una llamada suya.

—¿A qué hora? —dice Marcos con la intención de hacerse una idea de cuándo podrían haberle matado.

—Alrededor de las nueve y media.

«A esa hora aún seguía vivo», piensa.

—La llamada me pareció un tanto extraña. ¡No sé cómo explicarlo! Estaba nervioso. Decía tonterías. Parecía fuera de sí. Me dijo que estaba en peligro.

—¿En peligro?

Ella asiente.

—Al principio me lo tomé a cachondeo.

—¿Ah, sí?

—Él posee un gran sentido del humor. En eso nadie le supera. Casi siempre está bromeando. Pero desde entonces no he vuelto a tener noticias suyas. Se supone que esta mañana a las ocho habíamos quedado en mi despacho del campus por un asunto académico, pero no ha aparecido. Le he llamado al móvil un montón de veces y no lo coge. Así que he decidido acercarme hasta aquí y tocar el timbre, pero desgraciadamente no había nadie en casa. Llevo esperando ahí fuera más de tres cuartos de hora... hasta que tú has llegado. ¡Y para rematar la faena Julia tiene el teléfono desconectado!

—¿Quién es Julia?

—Su novia.

Marcos advierte en las uñas. Largas y pintadas de rojo. Piensa en si ese será el color de su ropa interior.

—¡Ah!

—No sé, pero esto me parece todo tan raro.

—¿Has hablado con la policía?

—No.

—Pues espero que te hagan más caso que a mí.

—¿Por qué?

Él se encoge de hombros.

—Sería muy largo de contar.

Se fragua un incómodo silencio.

—Si no es mucha molestia, ¿podría mirar un momento en su habitación?

«A estas alturas de la película, seguro que a él ya no le importa», piensa al recordar el cadáver tendido encima de la cama. Aun así, prefiere ponerla a prueba.

—No sé yo si a él le gustaría que alguien anduviera hurgando en sus cosas —dice tratando de ganar algo de tiempo.

—A él no le importará. Te lo garantizo. Actualmente estoy trabajando en un proyecto de investigación sobre la cultura precolombina y necesito mirar si hay un dossier que debía haberme entregado esta mañana.

—Bueno, si es así, adelante.

La acompaña hasta la habitación de Miguel. Ella se sorprende de lo pequeña que es. Quizá piensa que con el sueldo que gana su colega podría permitirse algo mejor. Casi de inmediato concentra la atención en la pila de papeles que descansan sobre el escritorio. Toma asiento en la mesa y los hojea con interés.

«¿Será la asesina?», se pregunta.

«No, no tiene mucho sentido. El que mató a Miguel entró en el piso con las llaves. Ella me estaba esperando en el portal. A no ser que las hubiera perdido. Y entonces...»

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Ella levanta los ojos de las hojas. Coloca las palmas de las manos en las mejillas, apoya los codos en la mesa y le mira intrigada.

—¿Qué impartís Miguel y tú?

—Damos clases de «Historia del arte» y «Sistemas de representación espacial».

—¿Y eso tiene muchas salidas? Porque del arte no se vive.

Eva se ríe. Una hilera de dientes perfectamente alineada aparece delante de sus ojos.

—Eso mismo me recuerdan a diario mis alumnos.

—Te dejo para que lo revises con tranquilidad.

—¡Gracias!

Regresa a la cocina. El bolso cuelga del respaldo de la silla. Una idea sobrevuela su mente. No es ningún ratero, pero le devora la curiosidad. Mira en todas las direcciones como si fuera un cazador furtivo que está a punto de violar la ley. Enseguida se le acelera el corazón. Finalmente coge el bolso con destreza y, sin hacer ruido, baja la cremallera. Despacio. Muy despacio.

Examina el contenido del interior: pañuelos de papel, un juego de llaves, el espejo, un pintalabios, una castaña y *voilà*, lo que estaba buscando: la cartera. Al abrirla ve varias tarjetas de crédito del Banco de Santander y Caixabank, un bonobús y un documento de identidad a nombre de Marta Iglesias Sánchez.

No se llama Eva sino Marta.

«Esta tía no es trigo limpio», piensa.

«¿Por qué me ha contado esa milonga? ¿Qué es lo que busca?».

Memoriza la dirección del DNI. Calle del Arco, 5, 1.ºC.

Ya no está convencido de que no tenga nada que ver con la muerte de Miguel. Oculta algo, pero ¿qué?

Introduce el documento en la cartera y lo vuelve a guardar en el bolso tal y como lo encontró. Lo deja en el respaldo encima del abrigo. Todos sus sentidos se encuentran en alerta. Ella continúa en el cuarto. Con mucho cuidado, abre el cajón de la mesa de la cocina, elige un cuchillo y se lo guarda en la cinturilla del pantalón. Estira un poco el jersey hasta que consigue ocultarlo por completo.

—¿Has encontrado algo? —dice mientras se aproxima.

Calcula que tardaría menos de un segundo en sacar el cuchillo.

—No, me temo que tal vez lo ha debido de dejar en el despacho de la facultad.

Ambos se encuentran en el pasillo.

—¡Vaya!

—Recogeré mis cosas y me iré.

Se pone el abrigo, se echa el bolso al hombro y recoge la carpeta.

—Perdona por las molestias que te haya podido causar.

—No te preocupes. Para eso estamos —dice mientras exhibe la más falsa de sus sonrisas.

Podría dejarla marchar y zanjar el asunto. Pero algo se ha despertado en él. Desde que descubrió el cadáver, su curiosidad se ha acrecentado.

La acompaña hasta la puerta y se despiden. Eva —o Marta— le da las gracias, esboza una sonrisa y se marcha. Oye el ruido de los tacones resonando en el portal mientras baja las escaleras. Antes de que haya alcanzado la entrada principal, cierra la puerta con mucho cuidado y decide ir tras sus pasos. Apesta a sudor, pero eso en estos momentos ya no le importa. La ducha tendrá que esperar. Tarda medio minuto en llegar a la calle. La observa a lo lejos mientras camina por la acera. La tía le ha tomado por un gilipollas. ¿Qué narices estaba buscando?

La mujer camina con soltura y dirige sus pasos hacia la avenida de Italia. Él procura mantenerse a una distancia prudencial, pero sin perderla de vista. Al cruzar la calle por el paso de cebra, repara en el Mercedes con las lunas tintadas que circula a toda velocidad. A Marcos se le encoge el corazón. Ella no lo ve venir. Él arde en deseos de gritar. El vehículo la arrolla. La cabeza impacta contra el capó. El cuerpo de la mujer sale despedido, da un par de vueltas en el aire y cae sobre el asfalto. El coche se da a la fuga.

5

Marcos es de los primeros en llegar a la altura de la falsa Eva. Dos hombres están socorriéndola.

—¡No, no la muevas! Podrías poner su vida en peligro —le advierte uno de ellos.

El otro tiene el teléfono en la oreja.

—¡Una ambulancia, por favor!

—Ha perdido mucha sangre. Se está desangrando —dice el otro individuo de pelo canoso y toscos modales.

—Sí, pasando los cines Van Dick, en la rotonda que está junto a la avenida de Italia. ¡Deprisa! ¡Se está muriendo, joder! ¡No hay tiempo! —grita nervioso.

Observa a la mujer. Se encuentra tumbada bocarriba. Las manos encima del pecho. Los ojos vidriosos. La mirada ausente. Debajo de su cabeza, distingue un enorme charco de sangre. El abrigo ha quedado hecho jirones. Tiene la nariz hundida, el labio partido y la frente llena de cortes y restos de gravilla. Tose cada poco tiempo. Es un sonido fuerte, como cuando alguien está acatarrado. Sus ojos se encuentran inyectados en sangre. Trata de decir algo, pero solo farfulla palabras ininteligibles. Su respiración le recuerda a Darth Vader en *La guerra de las galaxias*.

—¡Tranquila! No trates de esforzarte o te pondrás peor. ¡La ambulancia está en camino! Pronto estarás bien —dice el sujeto del teléfono.

El cuerpo se convulsiona. Por su aspecto deduce que puede tratarse de una hemorragia interna. Se arrodilla a su lado. De su garganta solo emanan sonidos guturales.

—¿Marta? —le susurra.

Ella reacciona al escuchar el nombre. Contiene la respiración, alza las cejas y asiente con un leve movimiento de cabeza. Lo reconoce. Sus ojos le escrutan con recelo.

—Marta, ¿qué es lo que está pasando?

—¡No la agobie, por favor! ¿No ve que está muy grave? —le reprocha de malas formas el tipo del móvil.

—Pe... pel... peligro —dice entre dientes.

—¿Peligro?

«¿Qué coño significa eso? ¿Peligro? ¿De qué?».

Intenta decir algo más, pero se atraganta con la sangre. Parece que le cuesta respirar. El resuello de la respiración se mezcla con las palabras. Los jadeos entrecortados cada vez son más frecuentes.

—Está mucho peor. ¿Dónde están las asistencias cuando se las necesita? Vas a salir de esta. ¡Ya lo verás! —farfulla el hombre canoso.

De pronto, la mujer exhala un suspiro, cierra los párpados e inclina el cráneo hacia la derecha.

—¡Joder, ha dejado de respirar! —dice entre dientes una señora mayor a su espalda.

El sujeto que decía «no la muevas» coloca las manos encima del pecho de la mujer y presiona mientras le abre la boca e intenta reanimarla. Repite el procedimiento varias veces. El masaje respiratorio parece no dar resultado.

Marcos se levanta aturdido y piensa en lo frágil que resulta la existencia.

«En un momento estás aquí, al segundo siguiente ya no eres nada. ¡Vaya mierda de vida, joder!», se dice.

Intenta serenarse, pero por desgracia le tiemblan las rodillas y un hormigueo le recorre la espalda. Está a punto de tambalearse y caer al suelo. Mira en todas las direcciones y se aparta unos metros de la multitud de curiosos que se han congregado alrededor. Cuando repara en sus manos, descubre que tiene salpicaduras de sangre en las palmas. Se las limpia en el jersey y trata de recuperar el resuello. La joven no tenía más de treinta años.

—¡Vamos! ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! —grita el hombre que le está efectuando la reanimación.

El ruido de las sirenas se escucha cada vez más cerca. El sonido se mezcla con los comentarios de los transeúntes.

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Dejad un poco de espacio, joder! —dice alguien.

El de la reanimación comienza a desesperarse. Se ha dado cuenta de que el cuerpo de Marta no reacciona. El tumulto de gente cada vez es mayor.

—¡Venga! ¡Venga! —grita.

—Ha... ha... falle... ha —dice el del teléfono sin poder concluir la frase.

Es la segunda persona que muere en las últimas doce horas.

«¿Qué narices está ocurriendo?», se pregunta Marcos.

A su derecha un par de señoras no cesan de cotillear. Hablan de un coche oscuro que la ha embestido y se ha dado a la fuga por la carretera de Valladolid. Comentan que la delincuencia se está adueñando del barrio.

—Espero que cojan a ese hijo de puta —dice alguien.

Él ha sido testigo del atropello. El vehículo ha acelerado cuando la ha visto en el paso de cebra. Iba a por ella. El conductor era consciente de lo que hacía. Ha sido algo premeditado. Aunque la seguía a cierta distancia, no ha sido capaz de fijarse en la matrícula. Probablemente se trata de algún vehículo robado. El conductor lo abandonará o se deshará del Mercedes en algún desguace.

Las preguntas se agolpan en su cabeza. «¿Qué buscaba Marta en la habitación de Miguel? ¿Es eso lo que le ha costado la vida?».

Llega una furgoneta del SAMUR. Bajan tres enfermeros y piden a las personas que hay alrededor que se aparten. Los sanitarios necesitan espacio. Marcos procura distanciarse aún más. La policía está a punto de llegar y no desea más problemas. Bastante ha tenido ya con Javier y Luis. Menudos cabrones. Querrán hablar con los testigos. Saber qué ha sucedido. Mirarán los distintos vídeos de las cámaras que hay distribuidas por la avenida. Quizá alguna haya registrado su imagen en la escena. Tras su experiencia de la noche anterior, no está dispuesto a repetir.

Sabe la dirección que figura en el documento de identidad. Tal vez, esta noche después de trabajar, podría dejarse caer por allí y averiguar de qué va todo este asunto. Los familiares quizá estén en el velatorio.

—¿Sabe lo que ha pasado? —le pregunta un joven con un patinete.

Él se encoge de hombros y se marcha.

No está de humor para acudir a la cita con la propietaria del piso en alquiler. Debería llamar y posponerla. Pero, si lo hace, ¿dónde dormirá esta noche? En la habitación de la avenida de Portugal desde luego que no. De modo que mira el reloj, regresa a casa y se da una ducha. Luego se cambia de ropa, se perfuma un poco y decide acudir a la cita que tenía fijada con la casera.

El piso no está mal. Posee un amplio salón y tres habitaciones. Dos de ellas están ocupadas por un estudiante de intercambio japonés y un jubilado. La habitación es un poco pequeña. Está amueblada con una cama, un armario y un escritorio, y cuenta con una ventana con vistas a un patio interior. Es barata. Decide quedársela. Paga un mes por adelantado y una señora sesentona le entrega las llaves. Le comenta que con toda seguridad se mudará esta misma noche.

Cuando se despiden, Marcos dirige sus pasos hacia el polígono industrial el Montalvo. A la altura de la fábrica de embutidos Jevá, escucha el rugido de las tripas. Lleva sin probar bocado desde anoche. No es ninguna novedad. La mayoría de los días se sustenta con una sola comida. A media tarde, durante los quince minutos que Aitor le concede para fumarse un cigarrillo, se preparará en la plancha una hamburguesa o algún bocadillo con las sobras del día anterior. Su dieta no es la más saludable. Pero al menos puede presumir de no tener barriga.

Nunca le han gustado las comilonas. Durante su niñez su padre siempre le recordaba un refrán: «De grandes cenas, las sepulturas están llenas». Siempre ha comido poco. No entiende a las personas que siguen metiéndose mierda en el cuerpo una vez que han saciado el apetito. Su fisonomía no ha cambiado mucho en los últimos años. Está delgado y fibroso, como si fuera un atleta. Pese a medir uno ochenta, no alcanza los sesenta y siete kilos. Se conserva bien. No aparenta los cuarenta y cinco años que cumplió el mes pasado. Solo le delatan las canas que salpican su cabellera y las patas de gallo alrededor de los ojos.

—Llegas justo a tiempo. Hoy te quedas al mando. Yo tengo que salir a arreglar unos cuantos asuntos. Ya no vuelvo hasta mañana —dice Aitor en cuanto le ve adentrarse en el local.

Si se hubiera retrasado uno o dos minutos, ya estaría recordándose. Enseguida se coloca detrás de la barra y comienza a atender a los pocos clientes que hay. En quince minutos comenzará la actividad. Los empleados que trabajan en las distintas naves industriales saldrán a comer y llenarán las mesas.

Él solo tiene dos manos. Aitor debería contratar a alguien más. Quizá, a una cocinera para que le ayude con la plancha.

A mediodía el bar siempre está abarrotado. Entre cafés, cervezas, pinchos, bocadillos, hamburguesas, copas y platos combinados casi no da abasto. Trabajar en la hostelería es duro. Atender a los clientes, servir las mesas, preparar los pinchos, lavar los platos, acondicionar los servicios o acordarse de qué pidió determinada persona para poder cobrarle resultan tareas tediosas.

Las jornadas son maratonianas. Y siempre hay que estar de buen humor y tener una sonrisa en los labios. A veces, le toca ejercer de psicólogo con algún parroquiano que ha bebido más de la cuenta. De vez en cuando, tiene que lidiar con indeseables. Tipos que intentan escaquearse sin abonar la consumición. Entre la clientela también hay algunos individuos que son unos hijos de perra: fulanos que orinan o defecan fuera de la taza del váter.

En ocho horas puede llegar a despachar más de trescientos cincuenta cafés, cientos de pinchos y servir más de cincuenta comidas. Eso sin contar el tiempo que está en la plancha preparando la carne.

A última hora de la noche la mayoría de las mesas están vacías y quedan alrededor de ocho o diez clientes habituales a los que no consigue echar ni con agua caliente. «No tenéis casa o qué», les dice muchas noches antes de cerrar. En ocasiones apaga las luces para que pillen la indirecta, pero algunos ni se dan por aludidos.

Alfredo entra en el bar con paso cansino y se aproxima a la barra. En el aire flota un olor a café y a beicon.

—¡Vaya horas! —le dice Marcos.

—Estábamos terminando una campaña para un anunciante... ¿Podrías ponerme algo rápido para llevar?

—Para ti lo que quieras.

Se mete en la cocina, coge un par de rebanadas de pan y prepara un sándwich vegetal con tomate, atún, lechuga y

mahonesa. Lo envuelve en papel de aluminio, lo introduce en una bolsa y sale al mostrador. Alfredo ojea la lista de menús.

—¡Aquí lo tienes! —dice.

—Me has salvado la vida, tío. La máquina de chocolatinas se ha averiado. Llevo sin comer nada desde esta mañana. Me muero de hambre. Te debo una. Ah, ¿te dio tiempo a echar un vistazo al libro?

—¿Cuál?

—*Rashōmon*. Te lo pasé ayer.

—¡Ya ni me acordaba! —dice mientras se da una palmada en la frente—. No, aún no he leído nada. ¡Menuda nohcecita que he pasado!

—¿Y eso?

Prefiere no entrar en detalles. Es mejor mantener lo que ha ocurrido en secreto.

—Una mala noche.

—¿Un mal ligue? —dice con picardía.

—¡Ojalá! Apenas he pegado ojo. Debo de estar incubando algo. Me duele la cabeza —miente.

—Deberías tomarte unas vacaciones.

—Eso díselo al negrero de Aitor.

Se fragua un silencio.

—El próximo sábado saco un nuevo libro. Se titula *Sueños de un seductor*.

—¡Coño! Igual que la película de Woody Allen.

—Así es.

—¿De qué va?

—Es de poesía —dice con orgullo—. Me gustaría que vinieras a la presentación.

—Son malos tiempos para la poesía.

—Pues para la prosa ni te cuento...

—El acto será a las ocho de la tarde en la Casa de las Conchas.

Conoce el sitio. Se trata de una céntrica biblioteca que suele organizar un amplio número de actividades culturales: charlas, presentaciones, conferencias, exposiciones, talleres literarios y conciertos. El edificio es uno de los emblemas de la ciudad.

—¡Veré si me sobra un hueco en mi apretada agenda! —dice con una sonrisa.

Alfredo se lleva la mano al bolsillo y le entrega un *flyer*.

—Es una invitación. No la pierdas. ¡Incluye pincho y copa!

—Allí estaré.

—¡Apúntamelo en la cuenta! —dice levantando el sándwich.

Cuando se marcha, avisa al resto de clientes que está a punto de cerrar. Algunos se hacen los remolones, otros farfullan palabras malsonantes e insisten en que espere un poco más. Finalmente apaga las luces y todos dirigen sus pasos hacia la puerta. Cuando se queda solo, vuelve a dar la luz y cierra la puerta. Enseguida retira los platos y las tazas de las mesas. Al levantar un platillo, se queda helado cuando descubre lo que alguien ha escrito en una servilleta:

No te metas, Marcos. ¡O acabarás muerto!

Y repara en el dibujo de una persona ahorcada.

Traga saliva y, aterrado, echa un vistazo a su alrededor.

6

«Quizá aún siga dentro», piensa.

Esa idea le aterra.

El bar es grande. Son muchos los sitios donde una persona podría esconderse. Si él tuviera que decantarse por un lugar concreto, se ocultaría en una de las cabinas de los servicios.

Al llegar a la puerta del baño de los hombres, entra sin hacer ruido. La luz se enciende sola y le delata.

Traga saliva y dirige su atención hacia el cartel que mandó instalar su jefe tiempo atrás: «¡La escobilla está para usarse, ¡cabrones!». En cualquier otro momento, la frase le habría resultado divertida, ahora no.

Observa las pintadas de los azulejos. Ciertos clientes suelen ser muy creativos cuando están sentados en la taza del váter. Algunas frases resultan ingeniosas: «Acabada la faena, tira de la cadena». «¡Ah, si fuera oro el mojón que acabo de echar!». «La chupo de fábula. Este es mi teléfono». O «Dios te guarde hermano, de no tener en el culo lo que ahora tienes en la mano».

Recuerda a un cabrón que escribió en la pared con sus heces: «¡Pongan papel!». La pintada no le hizo ninguna gracia. Tardó más de dos horas en quitarla.

Echa un vistazo al retrete. Alguien ha dejado la escobilla en el suelo y hay gotas de orina esparcidas por las baldosas. Detesta tener que limpiar la mierda de otros.

A continuación, inspecciona los urinarios y la ventana. También mira debajo del lavabo. Después, más calmado, accede al aseo de señoras.

—¿Queda alguien? —dice para avisar de su presencia.

Las mujeres son mucho más limpias y civilizadas con el mobiliario que los hombres. Ellas no tiran el papel y las compresas al suelo ni se dedican a pintar las paredes. De cuando en cuando, se encuentra algún «regalito», pero siempre dentro del váter.

—Si es así, por favor, le ruego que salga...

Distingue dos retretes con puerta separados por un tabique. En el primero no hay nadie. Al intentar abrir el segundo, se percata de que el pestillo está atascado. Hace tiempo que Aitor tendría que haber puesto otro, pero el tío es tan agarrado que no quiere gastarse ni un euro en mejorar las instalaciones.

Se pone de rodillas y agacha la cabeza. Trata de mirar por una abertura de diez centímetros que hay en el suelo. Se siente como si fuera uno de esos pervertidos que solo llevan puesta una gabardina y se la abren y se exhiben cuando se cruzan con cualquier viandante.

Desde esa posición solo podría ver los zapatos de la persona que hubiese dentro. Aun así, alguien podría ocultarse subiéndose al retrete. Hace poco leyó que el dueño de un bar camufló una cámara en el aseo de mujeres para verlas mientras orinaban.

Se pregunta si Aitor sería capaz de hacer algo así.

No tiene ninguna duda.

«Haría eso y más», piensa.

De pronto, se sobresalta al oír el ruido de las tuberías. Las paredes son más endebles que el papel. Mira hacia el techo y contiene la respiración. Encima del bar hay un bloque de oficinas. Se trata de una empresa que presta servicios de asesoramiento fiscal a pymes. Alguien ha debido de tirar de la cadena en la planta de arriba. Se extraña por la hora que es.

—Nadie trabaja hasta tan tarde —dice intranquilo.

Se pone de pie y empuja la puerta con el hombro. El aglomerado vibra y se curva por los extremos, pero no cede. Una capa de sudor le baña la cara.

—¡Putá mierda! —grita enfadado.

No quiere romperla. Como la parta, tendrá que dar muchas explicaciones. Su jefe le obligará a pagarla. A pesar de ello, no quiere quedarse con la duda. Dentro podría haber alguien.

Retrocede un par de pasos hasta ubicarse detrás del lavabo. Levanta la pierna y da una patada. El pestillo sale disparado. Parte de la madera se resquebraja. Se oye un ruido metálico al impactar contra las baldosas. La puerta se abre de par en par. En las

películas de terror siempre aparece algún loco armado con un machete.

El retrete está libre.

Lo siguiente que registra es el almacén. En cincuenta metros cuadrados hay tanta mierda que si cualquier día se personaran los inspectores de sanidad clausurarían el local. En la pared se distinguen varias estanterías de metal de dos metros de altura, cuyos curvados anaqueles están llenos de tarros de cristal, botellas, bolsas de patatas fritas y latas de conservas. Justo enfrente tiene diez barriles de cerveza y dos palés plastificados con botellines de refrescos. Al fondo se aprecia un colchón con unas cuantas mantas. Aitor usa ese improvisado catre para echarse la siesta. Cuando concluye el registro, mira en la cocina.

Por último echa una ojeada detrás de la barra.

El bar está vacío.

«¿Quién lo habrá escrito?», piensa.

Hoy ha atendido a decenas de clientes. A algunos no los había visto nunca. Cualquiera ha podido dejar la nota encima de la mesa. El autor de los asesinatos le conoce. Sabe quién es. Quizá no haya más advertencias. Puede que la próxima vez materialice su amenaza.

Se sienta en una de las sillas, saca la nota del bolsillo y vuelve a releerla con más calma. El texto está en mayúsculas. Se pregunta si habrá dejado alguna huella dactilar en el papel mientras lo escribía.

«Puede que el tipo esté fichado. Si entrego el papel a la poli, podrían atraparlo. ¡No! ¡Ni de coña!», piensa.

Aún tiene la piel de gallina y el miedo instalado en el cuerpo.

Qué coño le importa que hayan asesinado a Miguel y a la chica. Si los han matado es porque estaban metidos en algún asunto turbio.

Lo mejor que puede hacer es marcharse de la ciudad y olvidarse del asunto. Nada le ata a Salamanca. Sus padres están muertos y Beatriz, la única hermana que tiene, no le dirige la palabra desde hace siglos. Para ella no existe: es un desconocido. Durante los años que pasó en Topas, nunca fue a verle. Jamás se preocupó por él. Un día, antes de que el juez le condenara, acudió al juicio y en uno de los recesos se le acercó:

—Esta es la última vez que te dirijo la palabra. ¡Para mí estás muerto! —dijo con frialdad e ira.

Él se quedó en silencio y luego la observó marcharse, como una actriz que hace mutis por el foro durante una representación teatral.

Desde ese día no ha vuelto a tener noticias suyas. No sabe nada de ella. Cabe la posibilidad de que se haya mudado. Quizá esté casada o hasta puede que tenga algún hijo. En el hipotético caso de que vuelvan a encontrarse pasará de largo. No se detendrá. Para él también es como si su hermana hubiese fallecido. A veces, es mejor así. Beatriz nunca ha creído en las segundas oportunidades.

Comprueba el reloj y se percata de que es muy tarde. Salir a esas horas de la noche no es seguro y, menos con la nota y el dibujo que le han dejado. El asesino podría estar merodeando por el polígono industrial.

«Quizá me está esperando», se dice.

Podría quedarse a dormir en la cama del almacén. Aitor no abrirá el bar hasta las ocho y media de la mañana. Solo tendría que levantarse un poco antes de esa hora y desaparecer. Si deja todo tal y como está, su jefe no se dará cuenta de que ha pasado la noche.

Se levanta de la silla y vuelve a comprobar que la puerta principal está cerrada. Entra en el almacén, sorteando las cervezas y los refrescos apilados en los palés y se echa encima de la cama. El somier emite un gruñido. Una constelación de polvo flota en el aire. Está cansado. Espera dormir un poco. Aunque solo sean un par de horas.

Se quita las zapatillas y se arropa para no pasar frío. Las mantas tienen bolas, huelen a pies y no se han lavado en mucho tiempo. No le sorprende. Aitor es un guarro. En la pared descubre el calendario de una joven desnuda.

«Seguro que ha pagado una pasta por esas tetas», piensa.

El almacén huele a humedad. A su izquierda descubre un interruptor. Pulsa la llave y se queda a oscuras. Hunde la cabeza en la almohada y piensa en el dibujo que acompañaba a la nota. Se imagina con una soga alrededor del cuello. Las manos de un desconocido deslizan el nudo corredizo. Nota la falta de aire. La

angustia. El oxígeno no le llega al cerebro. Se toca la garganta para asegurarse de que no tiene nada. Es solo un mal sueño.

En su mente se dibuja la imagen de Marta mientras revisaba los papeles de Miguel. «¿Qué narices buscaba? ¿Qué es lo que la llevó al piso? ¿Qué quería?».

Por más que lo intenta, no consigue una respuesta.

Se le ocurre que podría conseguir un arma con el número de serie borrado. Con ella estaría más seguro. Sería solo para protegerse. Conoce a varias personas en el barrio chino que le proporcionarían un revólver sin hacer demasiadas preguntas. Pero eso supondría un gran riesgo. Tiene antecedentes. Como le pillen con una pistola encima, volverá a la cárcel.

La cama le resulta incómoda. El colchón es tan fino que casi puede sentir la frialdad de las baldosas en la espalda. Aitor suele usar el catre cuando ha bebido más de la cuenta. Con lo que gana en el bar, podría permitirse algo mejor. Pero el tío es un tacaño. A veces, se pregunta para qué querrá el dinero. Con cincuenta y seis años, no tiene mujer ni hijos. Posiblemente, cuando muera, será uno de los inquilinos más ricos del cementerio. Tarda un poco, pero finalmente el sueño termina por doblegarle.

El ruido de la rotura de un cristal le sobresalta. Se levanta de inmediato, sale de la cama y pulsa el interruptor. Las luces no funcionan. Son más de las tres de la mañana y está rodeado de tinieblas. Prefiere creer que ha saltado el diferencial a que alguien haya podido haber cortado la corriente. Ni siquiera tiene un mechero a mano con el que orientarse.

El sonido procedía de la parte de atrás. La zona donde se encuentran los servicios. Es el sitio más vulnerable. Recuerda las ventanas. Lo ha pensado en más de una ocasión: si fuera un ladrón entraría por ahí. El corazón casi no le cabe en el pecho.

Agudiza el oído. Su respiración es errática e irregular. Las baldosas del suelo están frías. Avanza despacio, de puntillas, con las manos extendidas y el miedo a tropezar con alguno de los palés. En cuanto sale del almacén, se adentra en el bar.

Al cabo de unos instantes, se agacha y se queda quieto junto a la barra. Menos de diez metros le separan de los servicios. Aguarda impaciente, atento a cualquier rastro de movimiento. La oscuridad

se ha adueñado de todos los rincones. Entorna los párpados y trata de adecuar la vista al grado de luminosidad.

De pronto escucha el chirrido de unas bisagras. Se le altera el ritmo de la respiración. La puerta ha debido de entornarse.

«Hay alguien. ¡Está aquí, joder! ¡Qué bien me vendría ahora esa pistola!».

Nota que le flaquean las piernas. Un sudor frío le recorre la espalda y siente nauseas. Ve los pies de una figura que emerge de las sombras. Camina en su dirección. Quien sea no se ha percatado de su presencia. Menos de tres metros y acercándose. Casi puede sentir su aliento. Lo tiene a su izquierda.

Se abalanza sobre el intruso.

Un grito desgarrador resuena en el interior del local.

—¡Suéltame, por favor! —grita una voz de mujer.

Marcos está rabioso y fuera de sí. Ha reducido a la asaltante con más facilidad de lo que a primera vista podía prever.

—¡No te muevas! O te juro por mis muertos que te ahogo. ¿Me oyes? —dice con rabia.

Oye el resuello de su respiración. Su pecho no cesa de bajar y subir. Se encuentra a horcajadas sobre ella, le ha inmovilizado los brazos con una llave de judo que aprendió en la cárcel. Ella trata de forcejear. Ha estado a punto de morderle y le ha hundido las uñas en la cara. La mejilla izquierda le escuece.

—¡Vale, tío!

Piensa que ha elegido un buen día para robar. Anoche hubo mucho movimiento en el bar. Si la memoria no le falla, se recaudaron más de mil trescientos euros. Una cantidad nada desdeñable.

Cada noche, Aitor saca el dinero de la caja registradora, lo cuenta y lo deposita en una caja fuerte camuflada en uno de los barriles de cerveza que simula estar vacío. Si no está, la tarea de guardar el dinero recae en Marcos. El escondite resulta ingenioso. Sería el último sitio en el que mirarían los cacos cuando se les ocurriese entrar a robar en el bar. Más de una vez, se le ha pasado por la cabeza coger la pasta y desaparecer. Su jefe es tan descuidado que tarda más de una semana en ingresar el dinero en el banco.

—¿Quién eres?

—Lo... lo siento. No quiero problemas —dice jadeante.

—¿Qué narices haces aquí?

Le aprieta aún más las muñecas. La mujer arquea la espalda, contrae el semblante y se retuerce a causa del dolor.

—¡Déjame! Me estás haciendo daño. So... solo buscaba un sitio en el que pasar la noche.

—¿Pasar la noche? ¿Me tomas por gilipollas? ¿Cuántos sois?

—No soy una ladrona.

—¿Ah, no? ¿Y por qué has entrado sin llamar? —dice con sorna.

—Ya lo he hecho más veces. Como el bar no tiene ninguna alarma, entro por la ventana corrediza del baño y me acuesto en la cama hasta las siete. Luego siempre me voy. No es la primera vez que lo hago. Muchas noches, cuando hace frío, duermo aquí. Nunca me he llevado nada. La calle es muy jodida.

—¡No te muevas! —la advierte.

La suelta. La intrusa se palpa las doloridas muñecas.

—¡Ya te he oído! Me estaré quieta.

Se aparta unos metros. Cada poco, gira la cabeza y mira hacia el bulto que está entre las sombras. Dirige los pasos hacia el cuadro eléctrico. Lo abre a tientas. El interruptor general está bajado. Al subirlo, la luz tarda unos instantes en iluminar la estancia.

La asaltante continúa en el suelo. Ahora puede verla bien. Está bocarriba y tiembla. Quizá se ha excedido. Solo es una chica asustada. Calcula que no tendrá más de quince años. Es morena. Tiene el rostro alargado, los ojos verdes y las orejas pequeñas. En su nariz distingue un piercing. No mide más de un metro sesenta. Lleva el pelo pintado de azul y recogido con una goma. Viste unos vaqueros rotos a la altura de las rodillas, una sudadera gris con el logotipo de Adidas y unas zapatillas grises que en su día debieron de ser blancas. En el suelo distingue una mochila. De uno de los extremos, sobresale lo que intuye que podría ser la esquina de un ordenador portátil.

—¿Cómo te llamas?

—Ca... Ca... Carmen —dice con titubeos.

—¿Tienes alguna documentación?

—No, no llevo nada encima. Oye, tío, perdona yo no...

—¿No deberías estar con tus padres en casa?

—¿Qué padres?

—¿Dónde vives?

Ella le observa con desconfianza. Mira a derecha e izquierda, como si temiese que hubiera alguien más.

—En la calle...

—¿Me tomas el pelo?

—No. Hasta hace unas cuantas semanas residía en Los Molinos.

—¿Qué es eso?

—Un centro de menores, pero me fugué. Paso de que los monitores se aprovechen de mí. Tienen la mano demasiado larga. Son unos cerdos sin escrúpulos.

Marcos ha oído rumores en la televisión local acerca de las mafias de rumanos que obligan a las niñas a prostituirse. Los clientes compran el silencio de las menores con algún aparato tecnológico. Les regalan un móvil, un portátil o alguna *tablet*. Y ellas no lo denuncian por miedo a las represalias.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—¡Venga ya! Si tú tienes dieciocho años... yo soy un extraterrestre del planeta Ganímedes.

—¿Lo eres? —dice con voz sarcástica.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy graciosa?

—Vale, vale —dice levantando las manos—. Hice los dieciséis hace unos meses. Pero sé valerme por mí misma. No necesito la caridad de nadie.

—¿Y por eso te dedicas a entrar en las viviendas de los demás? Esto es una propiedad privada.

Silencio.

—¿Tienes hambre?

La chica encoge los hombros y aprieta la mandíbula. Alrededor de los mofletes se le forman unos hoyuelos. Aún sigue asustada. Marcos le produce cierta desconfianza. Solo desea olvidar este episodio y largarse cuanto antes.

—¡Acompáñame!

Ella se levanta dubitativa, coge la mochila y, con preocupación, revisa el contenido.

—¡Casi me destrozas el móvil y el portátil!

—Tú te lo has buscado.

Entran en la cocina. El olor a fritanga de la parrilla flota en el aire. Marcos mira en el interior del frigorífico. Coge un envase de jamón de York, lonchas de queso, un huevo duro y dos tomates del

estante superior y prepara un par de sándwiches. Los coloca sobre la mesa. La chica los devora con ansia.

—¿Me denunciarás a la poli? —pregunta mientras come.

Él arquea las cejas, junta las manos y la observa con interés.

—¿Tú qué crees?

Carmen frunce el entrecejo.

—No busco problemas. Soy una tía legal. Te doy mi palabra.

—Las palabras se las lleva el viento. ¿Estás colocada?

Existen muchos chicos de la calle que fuman, esnifan o se meten cualquier mierda para evadirse de la realidad. Él lo hacía cuando era un crío. Le gustaba fumar marihuana. A veces, cuando no tenía nada mejor que hacer, esnifaba pegamento a escondidas.

—No.

—¿Tan mal se está en ese sitio?

—Es una mierda. Te tratan como si fueras basura.

—No creo que sea peor que la cárcel.

—¿Acaso has estado en una?

—En Topas, durante quince años.

—Y... ¿por qué te encerraron? —pregunta intrigada.

—Eso no viene al caso...

—Claro que sí. No serás uno de esos psicópatas que salen por la tele, ¿verdad?

—¡Quién sabe! A lo mejor estás delante del nuevo Ted Bundy —dice mientras se acaricia la barba de un par de días.

El arañazo le sigue escociendo. Probablemente, le dejará marca.

—¿Quién?

—¿No sabes quién es Bundy?

—Ni idea.

—¡Menuda juventud más ignorante! Un peligroso asesino en serie: guapo, atractivo...

—En eso no te pareces a él.

—Ese tío se cargó a más de una treintena de mujeres entre 1974 y 1978.

En el talego leyó mucho sobre los asesinos en serie. Estudió la metodología que empleaban para atraer a sus víctimas.

—¡Joder!

—Normalmente pedía a las chicas que le ayudaran a entrar en su coche. A veces, iba con un montón de libros o con un brazo escayolado y, como el tío era guapo, las jóvenes no desconfiaban de él. Luego las golpeaba con una barra, las introducía a la fuerza en el coche y nadie las volvía a ver con vida.

—Por mí puedes ahorrarte los detalles.

Marcos tiene la sensación de que la está acojonando. Si sigue por esa senda, ella empezará a temerle aún más.

—¿No tienes ningún familiar con el que puedas quedarte?

—No me llevo muy bien con mi familia.

—Parece que tú y yo no somos tan diferentes —dice mientras se acuerda de su hermana.

—Soy la oveja negra.

—¿Ah, sí?

—Tras la muerte de mi madre a consecuencia de un cáncer, mi padre empezó a beber. Ahora es incapaz de dejarlo. Cuando no es *whisky* es *vodka*. Y cuando no tiene una botella de *vodka* en la mano, recurre al vino o la cerveza. Es patético verle borracho. Hace unos meses intervinieron los servicios sociales y perdió la custodia...

—Ni *Oliver Twist*.

—¿Cómo?

—Nada.

—¿Me puedo ir ya?

—¡Tranquila! No te voy a comer. Si quieres puedes quedarte a dormir un poco, pero procura salir antes de las siete y media. Mi jefe no es tan comprensivo. Como te vea merodeando por aquí tendrás un problema y acabarás en el centro de menores. O en la cárcel. ¡Ah, por cierto, soy Marcos!

Ella asiente.

—Si me echo un poco, ¿no me harás nada, no?

—¿Por quién me tomas?

—Porque yo no la chupo, ni hago guarradas de ninguna clase.

—¡Mira niña, no te lo tomes a mal, pero no soy ningún perverso! Y ni por ti ni por nadie volvería al talego. Eres una menor. Y, para mí, las menores son sagradas.

—OK. Si no te importa, me voy a echar una cabezadita, ¿vale?

—¡Todo tuyo! —dice mientras hace una reverencia.

Carmen sonríe, desaparece por la puerta y encauza los pasos hacia la parte trasera del almacén. Marcos se percata de que est  descalzo. Tiene los pies fríos. Las zapatillas se encuentran debajo de la cama.

Sale de la cocina. Enciende la máquina del café y se sirve uno bien cargado. Apaga la luz y se instala en una mesa que se encuentra frente a la ventana. A lo lejos distingue los puntos brillantes de las farolas. Le recuerdan a los mecheros que la gente enciende cuando est  a oscuras en algún concierto multitudinario. Tiene la sensación de que será una noche muy larga.

Conforme transcurren los minutos, no puede quitarse de la cabeza la dichosa amenaza.  Por qué la han tomado con él? Su relación con Miguel era circunstancial. Se pregunta qué buscaba Marta en la habitación de su antiguo compañero. Mencion  un dossier sobre un proyecto de investigación. Y una mierda.

A las siete, despierta a Carmen. Ella abre los párpados y bosteza.

—Debes irte.

Tarda unos instantes en reaccionar.

—De acuerdo.

—Para salir utiliza la puerta principal. La acabo de abrir.

Pronto comenzará la actividad en el polígono.  l también debe largarse. Aún no ha amanecido, pero lo hará pronto. Tiene pendiente la mudanza, pero antes debe avisar al dueño del piso de que se va. Probablemente perderá el dinero que adelant  para la fianza. Cuando se queda a solas en el bar, mira el reloj y se cerciora de que todo est  en orden. Hace unas semanas se le olvid  apagar la luz del baño. Al día siguiente, Aitor le ech  la bronca. Le amenazó con descont rselo de su sueldo.

Después de cerrar el bar, sale a la calle y se pregunta si no le estarán vigilando. Echa un vistazo en todas las direcciones y retoma el camino de vuelta a casa. De momento, no ha visto a nadie detrás. A esas horas de la mañana, es fácil percatarse de la presencia de alguien.

Los autobuses urbanos ya se encuentran operativos.  l nunca sube. Como carece de abono, los viajes resultan bastante caros. Y,

además, ¿para qué quiere las piernas? Le conviene hacer un poco de ejercicio.

Los vehículos empiezan a llegar. Aprieta el paso para evitar encontrarse con algún conocido. Lo que menos necesita es que cualquier cliente del bar le pregunte qué hace en el polígono a una hora tan temprana.

En las escaleras del edificio se cruza con un par de vecinos que se marchan a trabajar. Cuando llega a casa, comprueba que la vivienda se encuentra tal y como la dejó la última vez. En cuanto atraviesa la puerta de su habitación, coge la maleta y la coloca encima de la cama.

No tendrá que realizar demasiados viajes. Posee pocas pertenencias personales. Varias camisas, camisetas de manga corta, unos cuantos vaqueros, dos cazadoras, la ropa interior, cuatro pares de zapatos y una docena de libros. Por desgracia, no le coge todo. De modo que deberá regresar. Como va cargado con la maleta, decide bajar en el ascensor. Antes de salir del portal, mira hacia la zona de los buzones.

«Ahí hay algo», piensa.

Al mirar a través de la rejilla, descubre que han depositado un impreso de Correos. Abre el buzón con inquietud, coge el documento de papel y comprueba que la notificación viene a su nombre. Si quiere saber de qué se trata tendrá que ir a recogerlo a la oficina de Correos antes de que transcurran siete días naturales. Lo curioso es que a él nadie le escribe ni le envía paquetes. Se queda helado cuando se fija en quién es el remitente: Miguel Díaz Flores.

Un escalofrío le sacude la columna vertebral.

Nunca se ha encontrado más solo que entre la gente. Marcos prefiere los espacios tranquilos. Lo que más le llama la atención es el ruido. En la cárcel estaba habituado al silencio. La oficina de Correos está llena de personas que hablan sin parar a pesar de la existencia de un cartel donde se puede leer: «Permanezcan callados». Es uno de los aspectos que más le han llamado la atención desde que consiguió la libertad. La gente se pasa las normas por el arco del triunfo. Él estaba habituado a obedecer las órdenes de los guardias.

En la prisión de Topas aprendió a ser disciplinado y a llevar una vida ordenada. Por eso, le sorprenden lo maleducados y estúpidos que son algunos individuos. Se comportan como si fueran niños desobedientes y malcriados. Durante unos instantes, siente la necesidad de interrumpir a la pareja que tiene delante para decirles que guarden las formas y se callen.

Debajo del brazo esconde el periódico de hoy. Para hacer más amena la espera, lo vuelve a hojear. La noticia del atropello aparece en la primera página de la sección de sucesos. Repara en la fotografía que ilustra la información. En la instantánea se distingue una ambulancia y a su alrededor se aprecia un nutrido grupo de personas. La información menciona la muerte de una mujer de veintinueve años. La policía está buscando al conductor de un vehículo de alta gama que se dio a la fuga tras arrollar a la víctima. De momento, no tienen ninguna pista. La esquela de la mujer aparece en la página sesenta y dos. Los restos mortales se encuentran en la funeraria La Dolorosa. El entierro tendrá lugar mañana a las cuatro de la tarde en la iglesia parroquial de Sancti-Spíritus.

No puede quitarse de la mente la idea de que Marta ha muerto a causa del sobre que está a punto de recoger. Sopesa la posibilidad de acercarse hasta el tanatorio de San Marcos. No está

lejos. Quizá allí podría mezclarse entre la gente, hablar con los conocidos de la difunta y encontrar respuestas que le ayuden a esclarecer el embrollo en el que se encuentra.

La mujer le habló de la novia de Miguel. Dijo que se llamaba Julia y que tampoco respondía al teléfono. Si sigue viva y tenía relación con Marta, tal vez aparezca. No obstante, eso podría ser su perdición. No debe exponerse demasiado. Y menos en público. Ya le han hecho una advertencia con la nota que encontró en la mesa del bar. Posiblemente, no habrá más. El próximo aviso será el definitivo. Y eso le inquieta.

Esta mañana le ha dado tiempo a hacer un montón de cosas. Ha trasladado todas sus pertenencias al nuevo piso y ha llamado por teléfono al casero para comunicarle que se marchaba. El hombre no se lo ha tomado demasiado bien. Le ha dicho que tendría que haberle avisado con dos o tres meses de antelación. Y le ha dejado claro que no le devolverá la fianza.

Tras casi veinte minutos de espera en la cola, se aproxima hasta el mostrador. Una mujer joven, con el rostro afilado como la punta de un lápiz y gafas de concha, le examina de arriba abajo.

—Quería recoger... —dice sin acabar la frase.

Y le tiende el aviso. Ella lo mira, anota el número y se levanta del asiento. La ve caminar por un pasillo hasta una sala en la que hay varios armarios de metal empotrados en la pared. Abre el primero, saca una carta y regresa al mostrador con paso cansino. Le hace firmar un impreso y le entrega el sobre. Siente deseos de comprobar lo que hay dentro, pero se contiene. A pesar de que ha tomado precauciones, puede que le estén espiando. Pesa poco. Dirige sus pasos hacia los servicios, se mete en una de las cabinas que se encuentran libres y echa el pestillo. Abre la carta. En el interior descubre una llave junto con un *pendrive*. No hay ninguna nota.

«Magnífico. Y ahora, ¿qué hago con esto?», piensa.

Como carece de ordenador, no podrá revisar el contenido de la memoria USB. Y para culminar la jugada desconoce lo que puede abrir la llave. Quizá ahora su vida corra más peligro que nunca.

Tira de la cadena, se lava las manos y sale de las instalaciones de Correos. En la calle hace frío. Las nubes tienen una tonalidad

plomiza. El humo de las calefacciones se mezcla con el aire. La Gran Vía se encuentra llena de coches. Los vehículos circulan en ambos sentidos. Repara en la multitud de personas detenidas frente a la parada del autobús.

Está un poco desconcertado. Esperaba encontrar otra cosa. La llave le ha descolocado: «¿De dónde podrá ser? ¿Qué es lo que abrirá?».

Cerca de la nueva vivienda hay una tienda de informática, donde alquilan ordenadores por días o semanas.

—¿Qué desea? —le pregunta un chico joven con pinta de haber salido de la facultad, nada más atravesar la puerta del establecimiento.

—Un portátil para unos cuantos días.

A su nariz llega un olor rancio, como si el local no se hubiera ventilado durante semanas. También detecta cierto tufo a tabaco. Existe una normativa que prohíbe fumar en las tiendas.

—¿Buscaba algo en especial?

Frunce el ceño, hace aspavientos con las manos y le observa sin saber muy bien qué decir.

—No.

—Tenemos varios modelos.

—Lo cierto es que no tengo mucha idea de ordenadores. Quería uno que pudiera leerme una serie de archivos que he almacenado en una memoria.

—¿Necesita algún programa específico?

—¿Para qué?

—Para abrir esos archivos. ¿Sabe el formato en el que están?

—Ni idea.

El chico se va a la trastienda. Cuando vuelve, trae un ordenador antiguo. Por su apariencia deduce que el portátil debe de tener más años que Matusalén. La pantalla está llena de huellas. Algunas de las letras que hay encima de las teclas se encuentran desgastadas. Y en el panel táctil se distinguen restos de suciedad. Con toda certeza, se trata de una joya de la era jurásica.

«¿Por cuántas manos habrá pasado?».

—¿Eso funciona?

—No se fíe de su aspecto —dice con una sonrisa que seguramente ha ensayado millones de veces.

—¿Ah, no?

—Puede que la carcasa esté un poco vieja, pero este aparato es un buen equipo.

—¡Si tú lo dices!

—Tiene un montón de programas instalados. Y la tarjeta gráfica es una pasada. Además, cuenta con un lector de Blu-ray.

Sabe manejar ordenadores, pero sus conocimientos son básicos. En la cárcel asistió a un curso de informática y aprendió a utilizar algunas de las aplicaciones. Un analfabeto ya no es alguien que no sabe escribir, sino aquel que desconoce cómo se maneja un ordenador. Él conoce el entorno Word, algo de Excel, un poco de Photoshop y es capaz de abrirse una cuenta en Hotmail y Gmail. Aparte de eso, no sabe gran cosa. Con el navegador de internet se defiende. Tan solo teclea Google y escribe lo que necesita buscar.

—¿Cuánto es?

—Se alquilan por semanas. Una semana son veinte euros.

—De acuerdo.

—¿Quieres una bolsa?

—Claro. No voy a llevármelo de la mano, ¿no?

—En ese caso serán veinticinco céntimos más.

El Gobierno ya no sabe qué inventar en su afán recaudatorio. Pronto se las ingeniarán para crear un tributo al aire. Y cobrarán por respirar.

—En mi época eran gratis...

—Hay que sensibilizar a los consumidores de la importancia de reducir estas bolsas de plástico. Son muy perjudiciales para el medio ambiente.

—¿Y fumar? ¡Eso sí que es malo! Por si no te has dado cuenta, el local apesta a tabaco.

El dependiente se ruboriza.

—Eso no es cosa mía.

—¡Ah, no!

—Mi jefe. La ley antitabaco lo tiene frito.

—Pues ya podéis comprar un buen ambientador..., porque, como se persone aquí alguien del Ayuntamiento, os cierra el

chiringuito.

El joven le pide la documentación y le hace firmar un papel. Marcos le entrega el importe justo. Desde que descubrió el cadáver de Miguel, no ha hecho más que palmar dinero. Tiene la sensación de que el dependiente le acaba de encasquetar un armatoste.

—¡No se le olvide traerlo antes del viernes! Por cada día de demora, hay un recargo del treinta por ciento.

Está a punto de hacerle una peineta, pero le dedica una sonrisa y sale de la tienda con un ojo puesto en la calle.

La zona en la que se encuentra situado el nuevo piso está lejos del centro. Los bloques de protección oficial conviven con los edificios de lujo. Apenas hay jardines, parques y zonas verdes. Esa parte de la ciudad está llena de bares, copisterías y establecimientos de comida rápida. Ahora vivirá cerca de la estación de autobuses. En esa área se concentran la mayoría de los estudiantes universitarios. Desplazarse al polígono le llevará también más tiempo. Caminar no es algo que le moleste. Está acostumbrado.

Cuando llega a casa, se encierra en la habitación. A sus nuevos compañeros todavía no los ha visto. Ya habrá tiempo para las presentaciones. Se da cuenta de que la humedad y el polvo campan a sus anchas por todos los rincones del cuarto. Debería coger la escoba y barrer. Aún no le ha dado tiempo a meter la ropa en el armario. Las camisas se encuentran desperdigadas por la cama. Se sienta. Las tablas del somier crujen. Echa un vistazo al cuarto. El paisaje es desolador.

Hay poca luz. La estancia es demasiado pequeña. Detesta que la ventana dé a un patio interior. Preferiría tener vistas a un parque. Se fija en que algún vecino ha puesto el tendedero de la ropa.

El portátil tarda unos segundos en arrancar. Observa el fondo de pantalla de Windows e introduce la memoria externa. En la pantalla aparece un archivo rar. Pincha encima del icono.

—Ya lo tengo —dice eufórico.

De pronto, maldice su suerte. Para abrir el archivo necesita la contraseña.

—Y, ahora, ¿qué hago? —se pregunta ofuscado.

—¿Sabes algo de informática?

Carmen asiente convencida. El bar está vacío. Hace horas que se han marchado todos los clientes. Le ha dicho a Aitor que se encargaba él de cerrar el local. Aunque al principio se ha extrañado un poco, su jefe no le ha puesto ninguna pega. Eso sí, le ha recordado que no le pagará las horas extras.

La chica ha aparecido a las dos y veinte de la mañana. Ha vuelto a entrar por la ventana del servicio de señoras. En esta ocasión, la estaba esperando.

—¿Qué necesitas?

Y le muestra la memoria.

—¿Podrías conseguir que viese lo que hay aquí?

—Lo intentaré.

Carmen se instala en una mesa. Enciende el ordenador e introduce el *pendrive* en el puerto USB. Una ventana emergente se proyecta en la pantalla. El portátil de la chica es más rápido que el suyo de alquiler.

—Me temo que está encriptado.

—¿Podrías hacer algo?

—Lo intentaré, pero quizá me lleve un buen rato.

—No hay prisa.

—Probaré con un *software* para crackear contraseñas.

—¿Te apetece un café?

—Vale.

Marcos la observa teclear. Lo hace a una velocidad asombrosa. Él tiene que ir tecla a tecla. La joven sabe lo que hace. Durante unos segundos, piensa en una novela de Stieg Larsson: *Los hombres que no amaban a las mujeres*. La chica le recuerda un poco a la protagonista, Lisbeth Salander. Carmen es introvertida y habla poco. Eso es algo que aprecia.

—Parece que se te da muy bien...

—Me defiendo. Paso muchas horas pegada a la pantalla del ordenador. Sobre todo en la biblioteca. La conexión wifi es gratis.

—¡Ya veo, ya!

—¿Tienes cuenta en Facebook? —le pregunta ella.

—No tengo amigos.

—Podría abrirte una...

—¿Para qué?

La sociedad ha cambiado. La tecnología ha modificado la realidad. Cuando él entró en la cárcel, se utilizaba el papel. Ahora todo está informatizado. Los expedientes se guardan en discos duros. Lo mismo que casi toda la información importante. La gente se conoce y liga a través de las aplicaciones móviles. Las personas interactúan en las redes sociales. Cualquier gestión se puede realizar desde el sofá. Él se ha quedado obsoleto. Pertenece a otra época. Se coloca detrás de la barra, enciende la máquina y pone dos cafés con leche.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —dice sorprendida.

Marcos se acerca hasta el ordenador. Lleva los cafés de la mano. Al observar lo que aparece en la pantalla, las tazas se le caen al suelo. Un líquido marrón ensucia las baldosas. Las tazas se hacen añicos.

—¿Qué es eso? —dice aterrado, con los ojos fuera de las órbitas.

Mauricio Verruti toma un poco de aire y gira la cabeza para comprobar si ha despistado a la persona que lleva un buen rato siguiéndole. Se dio cuenta de que le perseguía poco después de salir del velatorio de Marta. En un principio creyó que eran figuraciones suyas pero, tras ver de refilón una silueta proyectada en el cristal de la marquesina de la parada del autobús en la avenida de Italia, se le cortó la respiración y confirmó sus sospechas.

Esa misma silueta la volvió a ver un par de calles más abajo y entonces sus temores se hicieron realidad. Si tuviera que describir a la persona que va tras él, no podría dar demasiados detalles a la policía. Desde su posición, no puede asegurar que sea un hombre o una mujer debido a la sudadera con capucha que le oculta el rostro. Es de complexión menuda, parece bastante ágil y viste ropa de deporte. Lleva pantalones de chándal y zapatillas negras. Hasta podría pasar por uno de esos estudiantes que pueblan las calles de Salamanca.

Debe aparentar tranquilidad. Que no perciba que lo ha descubierto. Al alcanzar la esquina de la calle Volta y girar a la izquierda, aumenta la velocidad de la zancada. Tiene las axilas empapadas a causa del sudor y comienza a notar que se le obstruyen las vías respiratorias. Se lleva la mano al bolsillo del abrigo, coge el inhalador y lo agita con fuerza. Después levanta la barbilla y se lo mete en la boca. Contiene la respiración y espera unos segundos. Es asmático y cualquier esfuerzo, por pequeño que sea, le ocasiona fatiga. Tras un par de inhalaciones, comienza a sentirse bien. Esconde el inhalador mientras piensa en cómo puede despistar al encapuchado.

Durante unos instantes, pasa por su mente la idea de echar a correr, pero a sus sesenta y tres años lo más probable es que le dé un infarto. El ejercicio nunca se le ha dado bien. Le sobran más de veinte kilos. Siempre ha llevado una vida sedentaria. Su puesto de

profesor en la universidad no le deja demasiado tiempo libre. En ocasiones, ha intentado apuntarse a un gimnasio. El pasado año estuvo a punto de abonar un trimestre, pero a última hora decidió comprarse una bicicleta estática que aún no ha utilizado.

Lamenta que haya anochecido. Las calles están desiertas y hay algo de niebla. Si fuera de día, tal vez podría gritar y pedir auxilio. Medita la idea de esconderse detrás de la fila de coches que están aparcados junto a la acera. Aunque hay poca separación entre los vehículos, es posible que quepa. Agarra el teléfono, lo desbloquea y repara en la luz que desprende la pantalla. Tiene un quince por ciento de batería, suficiente para llamar al 091 e indicarles su posición. Pero ¿qué les dirá?

«¿Un tío raro no me deja en paz?».

Quizá se rían y no le hagan caso.

Vuelve la cabeza y comprueba que la persona que le persigue aún no ha llegado a la calle Volta. Aún debe de estar en la avenida de Italia. Se refugia detrás de un coche azul y marca con celeridad el número de la policía. Tras un par de tonos, oye la voz de una mujer.

—¿Sí?

—Me... me están... —dice entre susurros.

No puede terminar la frase.

—Por favor, ¿podría hablar un poco más alto?

Está muy nervioso.

—Alguien...

Escucha unos pasos acercándose por la acera. Corta la llamada. Contiene el aliento y se agacha todo lo que puede. Está en cuclillas, pegado a la rueda trasera izquierda del vehículo, acurrucado como un civil que se protege de las bombas que caen del cielo. Lo tiene a menos de tres metros. Cada vez se encuentra más cerca. Como se le ocurra rodear el coche, le verá. Si sale a la carretera, le habrá descubierto.

Necesita mantener la cabeza fría. Cuando pase de largo, tendrá que dirigirse a la parte delantera del vehículo y colocarse junto al parachoques.

El perseguidor parece extrañado. Mira a derecha e izquierda y se detiene durante unos instantes. A Mauricio el corazón ya no le

cabe en el pecho. Se pega aún más contra el guardabarros del coche y permanece quieto, sin ni siquiera respirar. No quiere que el vapor de la exhalación le delate. Apenas les separan un par de metros.

El desconocido se encuentra delante del Renault 21. Él está en el lado opuesto. Cierra los párpados y, a pesar de que es ateo, se pone a rezar en silencio. Las plegarias no sirven de nada. En caso de que existiera un dios, probablemente acabaría con todas las injusticias del planeta y no permitiría la muerte de hombres, mujeres y niños inocentes. Al cabo de unos instantes, vuelve a abrir los ojos y ve una sombra alejarse a la carrera calle abajo. Mauricio se incorpora un poco y camina agachado, siguiendo la fila de coches estacionados en la zona azul. Cuando deja atrás la calle Volta, echa a correr sin mirar atrás. Parece que ha conseguido quitárselo de encima.

La muerte de su compañera no ha sido una casualidad. Alguien ha ido a por ella. Está seguro. Y todo está relacionado con los tres alumnos de la Universidad de Salamanca que desaparecieron en extrañas circunstancias durante el pasado semestre. Lucía Margal, David Barreiro y Alberto González se encuentran en paradero desconocido desde el pasado mes de abril, cuando se les perdió la pista. A Alberto le conoce. Es un chico listo y agradable. El año pasado se matriculó en una asignatura de libre elección que él impartía. El joven hizo un magnífico trabajo. Al final del curso le puso un sobresaliente.

Los alumnos desaparecidos estudiaban la carrera de Bellas Artes y compartían aficiones. La noche del 23 de abril los tres se desplazaron hasta la localidad de Alba de Tormes con la intención de asistir a un concierto de David Bisbal. Los jóvenes nunca llegaron a su destino. El vehículo en el que viajaban, un Peugeot 2008, apareció en un pinar cercano al pueblo de Terradillos. Hasta el lugar se desplazaron varias patrullas de la Guardia Civil y la Policía Judicial para investigar los hechos.

En el análisis pericial del vehículo, no se halló nada extraño. Las unidades caninas rastrearon los diez kilómetros cuadrados del pinar, pero no encontraron ninguna pista que sirviera para dar con el paradero de los chicos. No había señales de que hubiese tenido

lugar un altercado violento. La triangulación de los móviles tampoco dio ningún resultado. Era como si se los hubiera tragado la tierra.

¿A dónde habían ido? ¿Qué les había pasado? ¿Dónde estaban? ¿Se habían marchado por su propia voluntad? ¿O alguien los tenía retenidos en algún lugar?

Muchas eran las hipótesis que formulaban los expertos y los periodistas. Algunas apuntaban al tráfico de órganos. Otras hablaban de sectas y rituales satánicos. E incluso algunas personas apuntaban a que podía tratarse de una abducción extraterrestre. Sin embargo, no existía ninguna evidencia que explicara lo que les había ocurrido. A los jóvenes se les había perdido la pista en el tramo de carretera que va desde Salamanca hasta el pinar de Alba.

Durante semanas, la policía investigó a fondo el entorno familiar. Cuando hay un caso de este tipo, son los primeros sospechosos. Los investigadores también centraron su atención en el círculo de amistades de los jóvenes. Por la comisaría desfilaron amigos, novias y personal docente. A Mauricio, como catedrático de la asignatura Historia del Arte Contemporáneo, le interrogaron en la comisaría por si sabía algo que ayudara a esclarecer el caso. Él contó que su relación con Alberto no trascendía más allá del ámbito académico. La investigación seguía abierta, pero cada día que pasaba las posibilidades de hallarlos con vida disminuían.

Desaparecer no es raro. Cada año se denuncian en España entre veinte y treinta mil desapariciones. La mayoría reaparecen pronto, pero un dos por ciento de esos casos nunca se resuelven. Se quedan en el limbo. En un mundo globalizado es casi imposible desvanecerse sin dejar ningún rastro. Hoy en día, cualquier actividad queda registrada en los dispositivos electrónicos: una compra con la tarjeta de crédito, una cámara instalada en la calle o una página web a la que se accede a través de una dirección IP pueden servir para localizar a una persona. En el caso de los estudiantes, parecía como si se los hubiera tragado la tierra. Nadie los había visto. Nadie sabía nada.

A Mauricio le seguía sorprendiendo que tres personas que estaban a punto de concluir sus estudios se esfumaran como por arte de magia. Desde el momento en que se les perdió la pista, no se habían puesto en contacto con sus familiares. Tampoco habían

hecho uso de sus móviles ni de las redes sociales. Eso solo podía significar una cosa: algo grave les había sucedido. Nadie quería reconocerlo pero, si tras varias semanas no tienes noticias de alguien, solo puedes pensar en lo peor: que hayan muerto. Y eso pensaba hasta hace un par de días, cuando él y Marta tuvieron una curiosa conversación.

—Creo que siguen vivos —dijo ella mientras miraba a uno y otro lado, como si temiera que la estuvieran espiando.

—¿De qué hablas?

—De Lucía, David y Alberto.

—¿Cómo?

—El pasado martes Miguel recibió un correo electrónico de Lucía.

—¿Cómo estás tan segura de que era ella? Alguien podría estar gastándote una broma.

—Lo envió desde su cuenta de correo. La que tiene el dominio de la universidad. No creo que muchas personas sepan cuál es su clave de acceso.

Cuando un estudiante de primer año abona el importe de la matrícula, la universidad le asigna una cuenta de correo personal e intransferible para que haga uso de ella. Ese correo es el vehículo de comunicación entre los profesores y los alumnos. En él, los universitarios reciben los apuntes y las notificaciones. Además, sirve para enviar las prácticas de las diferentes asignaturas.

—¿Y dónde están?

—No lo ha dicho, pero ella y Miguel han quedado mañana por la tarde en un bar que está al lado de la estación de autobuses.

—Tenéis que comunicárselo de inmediato a la policía. Sus familiares están muy preocupados.

—Sí, pero Lucía no quiere.

—Pero ¿por qué?

—Parece que los tres chicos están metidos en un lío bien gordo. Por desgracia, en el mensaje no especifica nada más.

—No deberíais jugar a los detectives. Podría ser peligroso —dijo con voz aguda y tensa.

—Sí, lo sé, pero no ha dado ninguna otra opción.

—¿Y qué haréis?

—Iré con Miguel y nos reuniremos con ella.

Esa fue la última vez que habló con Marta. Cuarenta y ocho horas más tarde su cuerpo estaba en el tanatorio. A eso había que añadir el hecho de que Miguel no había acudido al velatorio a pesar de la estrecha amistad que mantenía con la difunta. Él le había llamado varias veces al móvil, pero no había recibido ninguna respuesta. Miguel se encontraba en paradero desconocido. No había que ser Einstein para deducir que los tres hechos estaban relacionados.

Mauricio baja por la avenida de Villamayor con cautela. De cuando en cuando, mira hacia atrás con el corazón encogido. No quiere cantar victoria. En la zona del hospital de la Santísima Trinidad la niebla se ha vuelto más espesa. Disminuye el ritmo para tomar aire. Los edificios le recuerdan a los códigos de barras. Los faros de un coche le deslumbran en el paseo de Carmelitas. Se detiene durante unos segundos y se recuesta en la pared de un portal en medio de las sombras. Nervioso, contiene el aliento. Segundos más tarde, el vehículo pasa de largo.

«Solo es una falsa alarma», piensa.

Le va a tocar dar un buen rodeo. Cualquier precaución es poca.

Cuando cree que está a salvo, alguien le agarra por la espalda y le pone un pañuelo en la boca.

—¡No vas a poder conmigo, cabrón! —grita furioso.

Mauricio forcejea. Suelta un codazo, pero el asaltante es más fuerte y ágil. Puede oír los gemidos entrecortados de su respiración.

El olor del pañuelo le aturde. Enseguida se le nubla la visión, igual que a un miope cuando se desprende de las gafas y entra en un profundo sueño.

Una furgoneta oscura se detiene detrás. Se abre la puerta trasera y el asaltante y el conductor le agarran de los pies y las axilas y le introducen en la parte trasera del vehículo. Las dos figuras se suben a la furgoneta y reemprenden la marcha.

Pronto la ciudad comenzará a desperezarse en silencio.

En la pantalla del ordenador, Marcos ve a un joven con la cara redonda, la boca pequeña, el pelo largo y una barba incipiente de varios días. Le echa unos veintiuno o veintidós años. Está sentado en una silla de metal atornillada al suelo. Se fija en que no puede moverse y suda como un cerdo. Le han puesto una mordaza en la boca y tiene las muñecas y los pies sujetos a la silla con bridas y cinta americana. Su forma de vestir le trae a la memoria la estética *grunge* y desaliñada de los años noventa.

Lleva una camisa arrugada que le queda un poco grande, unos vaqueros desteñidos y rotos a la altura de las rodillas y unas botas que han conocido tiempos mejores. Se encuentra en un sótano o en un garaje. Las paredes están llenas de azulejos sucios y rotos. Observa las manchas de humedad del techo. En el suelo han colocado un montón de plásticos.

El joven se retuerce en la silla. Se fija en la desesperación y el miedo que proyectan sus ojos. Marcos piensa que no le gustaría estar en el pellejo de ese chico.

De repente, en el lado izquierdo de la imagen, irrumpe una persona ataviada con un jersey y unos pantalones negros. Oculta el rostro detrás de un pasamontañas. Se acerca hasta colocarse a la altura del preso y le quita la mordaza. El joven experimenta una liberación. Coge unas cuantas bocanadas de aire y enseguida trata de levantarse, pero el encapuchado le aprieta el hombro y lo empuja hacia abajo. Los dos mueven los labios durante unos instantes.

—¿Se puede oír lo que están diciendo?

Carmen sube a tope el volumen del vídeo.

—¡No hay audio!

—¡Mierda!

El chico hace aspavientos con la cabeza y abre la boca sin parar. Los ojos se le salen de las órbitas. Marcos trata de leer los

labios. Parece que está gritando y pidiendo ayuda, como si le fuera la vida en ello.

—Creo que esa cara la he visto antes en algún sitio —dice ella.

—¿Lo conoces?

—No, pero ese rostro... me suena y no sé de qué.

El individuo del pasamontañas sale del plano que enfoca la cámara y regresa a los pocos segundos con una mochila. Del interior extrae unos alicates, un par de cuchillos y una motosierra. El tipo de negro se arremanga los puños del jersey por encima de los codos. En la cara interior del antebrazo izquierdo, se distingue el tatuaje de un círculo con una estrella de cinco puntas.

El chico está aterrorizado. Forcejea con la cinta aislante. Se mueve a uno y otro lado con desesperación.

Sin mediar palabra, el hombre empieza a golpearle. Le estampa los nudillos en la cara y le parte la nariz. El joven se echa a llorar. La sangre le cae por el mentón. Repara en la mancha que se le dibuja alrededor de la entrepierna. Debajo de la silla se forma un charco de orina. El matón le recrimina que se haya hecho sus necesidades encima. Después empieza a darle tortazos de forma indiscriminada. Marcos aprieta los dientes y su semblante se arruga como un trozo de papel de aluminio estrujado.

Al contemplar la escena, se le forma un nudo en el estómago.

«¡Maldito cobarde!», piensa.

—¿Cuánto dura?

Carmen mira el tiempo que falta en el reproductor de Windows.

—Unos treinta minutos.

—Puedes ir hacia delante.

La chica pasa al minuto veinte. Ahora el hombre del tatuaje tiene un cuchillo en la mano y le ha hecho varios cortes de consideración en los brazos y en las piernas. La víctima se retuerce de dolor. Al acercarse un poco más a la pantalla, descubre el hilo de sangre que le recorre la mejilla izquierda. Se queda helado. Un temblor le sacude las rodillas. El malnacido le ha sacado un ojo. Después coge unos alicates y pasa a las orejas. El cuerpo del pobre desdichado se convulsiona.

Con las imágenes le han entrado ganas de vomitar. Treinta segundos más tarde, el torturador deja los alicates y agarra la

motosierra. Aparta la mirada de la pantalla.

—¡Menuda basura! Apaga eso, por favor —le ruega a Carmen.

Ella obedece. Es demasiado fuerte. No puede verlo. Siente náuseas. Tiene el estómago revuelto. Todo indica que se trata de una secuencia de una película gore. Sangre y más sangre por todas partes.

—Oye, tío, mejor me marchó. Yo no he visto nada, de verdad —dice con voz temblorosa.

La chica hace ademán de levantarse del asiento para tomar cierta distancia. Tiene la piel pálida y un ojo puesto en la puerta. Está aterrorizada.

Marcos la observa nervioso. No debería haber recogido el sobre en la oficina de correos. Posiblemente, se hubiera ahorrado muchos problemas.

Carmen está pensando si él es el hombre de la capucha. Cada poco le mira el brazo.

—No soy el tío del vídeo, ¿de acuerdo?

Él se remanga el jersey para que se tranquilice y compruebe que no tiene ningún tatuaje.

—Vale.

—Lamento haberte incomodado. No te voy a hacer nada. Ya te dije ayer que no soy ningún psicópata.

Marcos se aparta y le da un poco de espacio para que no se sienta tan incómoda. Si quiere irse, que se marche. Tras unos instantes, la chica respira más tranquila.

—¿Quién es? —dice intrigada.

—Eso es lo que me gustaría saber. El vídeo no es mío.

—¿Ah, no?

—No, claro que no. Lo... Lo he recibido... por casualidad. Alguien me lo ha enviado por error —dice entre titubeos.

La joven levanta las manos y lo mira. Le escruta como una madre que intenta descubrir si su hijo le ha dicho la verdad.

—¡Vale! No dudo de tu palabra. Es real, ¿verdad? —dice con desasosiego.

—Si no lo es... se le acerca mucho.

Marcos conoció la crueldad y la violencia durante el tiempo que permaneció encerrado. No obstante, nunca había visto esa clase de

sadismo. Ensañarse con una persona indefensa siempre le ha parecido una actitud cobarde. Y asesinar a alguien a sangre fría es horrible. Nadie merece morir así. Su ejecutor ni siquiera le ha dado una oportunidad. Se pregunta si el hombre del pasamontañas es la misma persona que disparó a Miguel a sangre fría.

—¿Quién sería capaz de hacer algo así?

Ella lo medita durante unos instantes.

—Ahora caigo. Ya sé lo que es esto. ¡Lo he visto en *Tesis!* ¡Y en *Asesinato en 8 milímetros!* —dice Carmen.

—¿Cómo?

—¿Sabes lo que es una *snuff movie*?

—¿Una qué?

—Hasta ahora solo pensaba que las *snuff* eran leyendas urbanas. Hace poco vi una película sobre el tema: *Tesis*, de Alejandro Amenábar. Es muy buena. Las *snuff* son grabaciones reales que registran torturas, decapitaciones, necrofilia y asesinatos. Se trata de crímenes violentos que se graban y, a veces, esos vídeos los cuelgan en la red.

—¿Para qué?

—Hay personas que disfrutan viéndolos.

Un hormigueo se desliza por su columna vertebral.

—¿Cómo puede disfrutar alguien con esta mierda? —dice señalando la pantalla.

—En el mundo, hay tíos muy retorcidos a los que la basura les excita. Se ponen cachondos con las imágenes. Y pueden llegar a pagar mucho dinero a las mafias por esta clase de vídeos.

—¡Venga ya! Eso resulta enfermizo.

—Sí. Y hasta puedes pedir uno de estos vídeos a la carta... Por un buen precio, eliges lo que quieres que le hagan a la víctima.

—¿Cómo sabes tanto? Pareces una experta —dice sorprendido—. A mí, a tu edad, lo único que me interesaba era salir con mis amigos y pensar en cómo podíamos ligar con las chicas.

—Con internet se aprende mucho.

—No lo dudo.

Carmen teclea la palabra *snuff* en Google y le salen decenas de páginas. Le pasa el portátil a Marcos. Enseguida uno de los enlaces

del buscador centra su interés. Pincha en el enlace de la noticia y le redirecciona a una web extraña.

El artículo menciona a los Maníacos de Dnepropetrovsk: dos ucranianos que en 2007 asesinaron de forma salvaje a más de treinta personas. Los tipos elegían a sus víctimas al azar, preferiblemente niños, mujeres o ancianos. Para acabar con ellas, utilizaban martillos, barras de acero y destornilladores. Les gustaba grabar los asesinatos para satisfacer su morbosa curiosidad.

—Y ¿qué harás con el vídeo?

—Aún no lo sé.

—Deberías llevárselo a la policía.

—La policía y yo no nos llevamos demasiado bien. Con la suerte que tengo, me acusan de asesinato —dice mientras se acuerda de Javier y de su compañero—. Lo mismo piensan que es un montaje.

Le devuelve el portátil. Ella clica dos veces en el archivo de vídeo y, cuando aparece el agresor, detiene la imagen. Se le ve de perfil. Sujeta un cuchillo y se acaba de remangar el jersey. Le da al zoom y aumenta el tamaño del fotograma. El encapuchado le trae a la memoria los vídeos que realizaba la organización terrorista ETA cuando quería enviar un mensaje amenazante al Gobierno de España. Salían ataviados con pasamontañas y mostraban una actitud chulesca.

—¿Te has fijado en el tatuaje? —dice Carmen.

Aunque se aprecian los píxeles, Marcos repara en el círculo con la estrella de cinco puntas del brazo izquierdo. No es muy habitual que se tatúen algo así. En caso de que esté fichado, la policía cuenta con una base de datos en la que registra esa clase de detalles y podría identificarlo.

—Sí.

—Quizá podría servir... para dar con él.

—Es un buen principio, pero es mejor que lo dejemos.

No quiere ponerla en peligro. Ya ha hecho suficiente desenscriptando el archivo. Solo es una cría. No desea otra muerte sobre su conciencia.

—¿Por qué?

—Porque si metemos las narices en este asunto y el malnacido que ha hecho esto se entera...

No termina la frase. Ella contrae el semblante y le observa pensativa.

—Ya lo tengo —dice.

—¿Cómo?

Carmen se pone a teclear en el buscador de Google y accede a un diario digital de Salamanca.

—¡Sé dónde he visto esa cara!

—¿Dónde? —replica sorprendido.

—¡No sé cómo he podido ser tan tonta! —dice mientras se da un par de golpes en la frente con la palma de la mano izquierda—. Ese joven desapareció hace unas semanas. ¡Mira esto!

Marcos se sienta a su lado, agacha la cabeza y lee la información con interés. De cuando en cuando, arruga el ceño. La noticia menciona a tres estudiantes de la Universidad de Salamanca desaparecidos en la zona próxima al pinar de Alba. Compara una de las fotografías del periódico con la imagen del vídeo. El pelo largo, la cara redondeada, la boca minúscula, la barba de varios días. Incluso informan de la ropa que llevaba ese fatídico día.

—Es él. David Barreiro. No hay duda.

«¿Cómo ha llegado el vídeo a manos de Miguel? ¿Lo grabó él? ¿Su antiguo compañero de piso es la persona con el tatuaje?», piensa intranquilo.

Cierra los párpados e intenta evocar la imagen de Miguel mientras estaba en la cama, desnudo de cintura para arriba. No recuerda que tuviera ningún tatuaje.

—La noticia menciona a dos estudiantes más —dice la joven.

Carmen tiene razón. Probablemente, los otros dos universitarios han corrido la misma suerte.

—Tal vez haya más vídeos.

La posibilidad de que exista una organización mafiosa dedicada a torturar y matar personas en Salamanca le estremece.

—Eso sería terrible...

—¿Qué hacemos entonces?

—Tú nada. Ya te lo he dicho. Y lo de ir a la poli... Eso está descartado.

—Entonces no quedan demasiadas opciones. No sé qué te parece, pero se me ocurre que podría subir el vídeo a las redes sociales de forma anónima. Así seguro que la policía hace algo.

—¿Eso se puede hacer?

—Sí. Y también puedo enviar el enlace a los periódicos y los medios de comunicación. Nadie sabrá quién lo ha colgado. Y estaríamos dando al vídeo la máxima difusión.

—De acuerdo. Pero espera una semana.

—¿Y eso?

—Tengo algo pendiente.

Mauricio Verruti se despierta y ahoga un grito de terror. Al abrir los párpados, solo ve un espeso manto de oscuridad. No recuerda nada. Le duele mucho la cabeza, como si la noche anterior hubiese bebido unas cuantas copas de más. Pero eso es imposible. Él no bebe desde hace más de quince años. Tiene varias chapas de Alcohólicos Anónimos que lo acreditan.

Antes sí lo hacía. Con bastante frecuencia. Por la mañana empezaba con una cerveza, seguía con otra y, a las doce del mediodía, pasaba a algo más fuerte. En la facultad bebía a escondidas. Echaba el *whisky* en una petaca y, en los cambios de clase, daba unos cuantos tragos sin que nadie se enterara. A veces, se recluía en los servicios o en el despacho y daba lengüetazos a la petaca mientras ojeaba los proyectos de investigación o corregía los exámenes. Para ocultar el aliento recurría a la pasta de dientes o a los caramelos de menta y eucalipto. El alcohol forma parte del pasado. Es solo un recuerdo difuso en su mente.

La primera idea que se desliza por su cabeza es que han debido de echarle alguna sustancia en el agua mientras comía en la cafetería de la facultad.

—Sí, ha sido eso —masculla entre dientes.

Piensa en la burundanga. Se acuerda de una joven madrileña a la que drogaron con escopolamina mientras se encontraba de fiesta. La chica ni siquiera se enteró. Fue todo tan rápido que no vio como un joven vertía la droga en su vaso mientras las luces de colores iluminaban la pista de baile de la discoteca. Después, anulada la voluntad, la subieron al asiento trasero de un coche y tres desgraciados abusaron de ella cuanto quisieron. Nadie volvió a saber nada más de la chica hasta que, unos meses más tarde, en un vertedero de Benicasim, hallaron una maleta oculta entre una tonelada de bolsas de basura. En su interior la policía descubrió los restos mortales de la joven.

Nota una tremenda pesadez que le obliga a cerrar los párpados. Se siente aturdido, como los púgiles cuando los noquea un rival en el *ring*.

«¿Qué narices me han dado?», piensa nervioso.

Al tratar de moverse, comprende que no puede. Tiene las articulaciones agarrotadas. En su cabeza escucha un ruido que le está taladrando el cerebro. Es insufrible. Insoportable. Le recuerda al molesto sonido de un motor en marcha.

—¡Vamos! Debes sobreponerte —dice infundiéndose ánimos.

Al abrir los ojos de nuevo, empieza a tomar conciencia de lo que sucede a su alrededor. Se da cuenta de que se encuentra atado a una silla fijada al suelo. Tiene los brazos y los pies pegados con cinta americana. Intenta ponerse de pie, pero es incapaz de levantarse. Las manos y las piernas están entumecidas y no le responden. Y se siente débil, exhausto, como cuando Superman se encuentra cerca de la «kriptonita». Mira a derecha e izquierda mientras trata de hacerse una idea de dónde está.

«Esto no puede ser. Es una jodida pesadilla».

Tras adaptar su vista a la penumbra, comprende que se halla en el interior de un sótano o en alguna vieja nave industrial. Hunde la cabeza en el pecho y solloza. A su alrededor flota una constelación de polvo. Se percata de que los techos y las paredes del recinto están cubiertos de moho y desconchones. Debajo de sus pies hay una pila de plásticos.

Al fondo escudriña varias estanterías de metal cubiertas de telarañas. A su izquierda descubre un maletín como el que utilizan los médicos cuando se desplazan al domicilio de un paciente con la intención de atender una urgencia. En el techo distingue una rejilla por la que se cuelan tenues destellos de luz, que se desparraman por la estancia. El lugar le trae a la memoria el escenario de una película de terror de serie b.

Y empieza a recordar. Poco a poco, recompone las piezas del puzzle que tiene diseminadas por la mente. Evoca la imagen del velatorio de Marta. Había mucha gente. Estaban el decano y el rector. Y la mayoría de los profesores de la facultad. Y un montón de alumnos que querían dar el pésame a su marido.

Él estuvo hablando con varias personas que lamentaron su pérdida. Era una excelente profesora. Tanto en el plano académico como en el personal. Permaneció en el velatorio hasta bien entrada la noche. Y luego evoca la figura con capucha que vio reflejada en una de las marquesinas de la avenida de Italia. El esfuerzo que hizo por despistarla. La estrategia de esconderse entre los coches. La carrera que se dio por la avenida de Villamayor. El vehículo que frenó a su espalda. Y unas manos que le agarraron y le pusieron un pañuelo en la boca.

«Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que pretenden? ¡Yo no he hecho nada!».

Mauricio baraja diferentes posibilidades.

Piensa en los secuestros exprés. En España no son frecuentes, pero con la llegada de las mafias del este han comenzado a proliferar. Imagina que le querrán sacar todo el dinero. Y sus familiares tendrán que reunir el efectivo del que dispongan. Pero ¿y si no pagan? Entonces, puede que le corten la falange de un dedo, una de las orejas o le saquen un globo ocular. Después, meterán esa parte de su cuerpo en un sobre y se la enviarán a su exmujer para que comprenda que no se trata de ninguna broma. Pero no, no puede ser. No tiene sentido.

Él está tieso. No podrá abonar el precio del rescate. Aún está pagando la hipoteca del piso en el que vive. Su cuenta bancaria se encuentra en números rojos. Solo percibe su sueldo de profesor asociado en la Universidad de Salamanca y no tiene familia a la que recurrir. Si alguien le pide dinero a su ex, ella se reirá en su cara. Dirá: «Que se joda ese cabrón. Se lo tiene merecido. Por mí como si lo descuartizáis».

Mónica y él acabaron mal. No la culpa. En su relación se hicieron mucho daño. Ella era una mujer muy posesiva y él un alcohólico. El cóctel perfecto. ¿Quién cargaría con un borracho? La única parte buena de su relación fue que no tuvieron hijos a los que amargarles la existencia. Mauricio está convencido de que hubiera sido un padre nefasto.

Mira hacia la estantería y se desespera. Aprieta los puños y tira de las muñecas hacia arriba. La cinta americana no cede. Cada vez

le oprime más. Siente la adrenalina recorriendo las distintas partes del cuerpo.

Una idea más macabra que la anterior sobrevuela su mente. ¿Y si se trata de una red de traficantes de órganos? ¿Y si le extraen un riñón? ¿Y si le quitan las córneas o le sacan el corazón y luego le entierran en cualquier descampado? ¿Y si echan cal en el agujero para que su cadáver desaparezca de la faz de la tierra? ¿Es eso lo que les ocurrió a Lucía, David y Alberto, los tres estudiantes desaparecidos? ¿Por eso arrollaron a Marta?

Probablemente, su colega descubrió lo que sucedía y decidieron quitarla de en medio. El tráfico de órganos es un negocio muy lucrativo. Las listas de espera resultan interminables. Y existen millonarios, al borde de la muerte, dispuestos a pagar cantidades astronómicas por un trasplante. En la *Deep Web* se publicitan un montón de anuncios. Hace poco leyó la noticia de un joven de Budapest que apareció desnudo en la bañera de un hotel. Al despertarse descubrió una cicatriz, reciente y mal cosida, que se extendía más de diez centímetros a lo largo de su tripa. Le habían extraído un riñón. Cuando la policía le interrogó, el joven solo se acordaba de que se había citado con una desconocida a través de Tinder para un encuentro sexual.

Desliza la mano izquierda hacia el bolsillo del abrigo. Tiene el teléfono. No se lo han quitado. La última vez que lo miró le quedaba un quince por ciento de batería. Ahora tal vez tenga algo menos o incluso puede que esté a punto de agotarse.

«Quizá tenga una oportunidad para realizar una llamada al número de emergencias», piensa.

Estira los dedos todo lo que le dan de sí hasta que le crujen las articulaciones. La cinta americana está tan prieta que se le clava en la carne. Introduce las yemas del índice y del pulgar en la ranura del bolso. Toca el forro de tela y palpa algo metálico. El móvil sigue ahí. Tan cerca y a la vez tan lejos. Levanta las piernas unos cuantos centímetros del suelo. Nota que el teléfono comienza a sobresalir de forma gradual del bolsillo.

—Un poco más —masculla entre dientes.

Viene hacia él como un niño que se tira desde lo alto de un tobogán. Ya casi lo tiene entre los dedos.

—Eso es.

Ve parte del cristal de la pantalla. Empieza a sobresalir cada vez más.

—¡Vamos! Ya casi está —dice eufórico.

De repente, escucha un sonido metálico y poco después oye el ruido de unos pasos acercándose.

—¡Mierda! ¡Mierda! —farfulla en voz baja.

El móvil se le cae al suelo. Una punzada le atraviesa el corazón. El teléfono ha quedado a su izquierda, a unos veinte centímetros de donde está. Ahora sí que está perdido. Solo desea que no se haya roto. Si alguien entra, lo verá. Estira el pie, lo atrae hacia él y, cuando lo tiene más cerca, lo pisa de forma deliberada para que nadie repare en el móvil.

«Alguien viene. ¡Está ahí al otro lado de la pared!», piensa angustiado.

Intenta recuperar la serenidad. Su semblante está descompuesto. El nudo que le oprime la garganta le ha taponado la tráquea. Es como si se hubiese atragantado con un hueso de pollo. Acompasa la respiración. El corazón no le cabe en el tórax. Espera que no le dé un ataque de asma. Se podría ahogar. Nunca ha estado tan nervioso.

Las bisagras emiten un gruñido. La puerta que hay al fondo se entorna lentamente. Un escalofrío le recorre la espalda. El teléfono está oculto bajo su zapato. Como lo vean, se lo harán pasar realmente mal. La respiración se le acelera. Tiene las muñecas hinchadas. La sangre no le llega a las manos ni tampoco a los pies. Su pecho no deja de subir y bajar. Está a punto de hacerse sus necesidades encima.

«¡No, por favor! Quiero despertar de esta pesadilla», piensa aterrado.

El mundo se encuentra lleno de maldad. Lo sabe perfectamente. Basta con echar un vistazo a las páginas de sucesos de cualquier diario. Cada día desaparecen en el país una media de noventa y seis personas. ¿A dónde va toda esa gente? ¿Qué es de ellos? ¿Los matan? ¿Los violan? ¿Los entierran? Él no quiere ser un número más en la lista de desaparecidos que incrementa esa estadística.

La bombilla del techo se enciende y lanza unos renqueantes rayos de luz. Ahora ve mucho mejor el lugar en el que se encuentra. Observa las tuberías que sobresalen del techo y la rejilla de respiración fijada a la pared. Es tan minúscula que por ahí le resultaría imposible escapar. El sitio parece el set de rodaje de la película *Saw*. Ante él se proyecta una figura cubierta con un pasamontañas. Traga saliva mientras le ve acercarse. El eco de las pisadas reverbera en el sótano.

—¿Quién eres?

La voz suena hueca mientras sus rodillas no dejan de temblar.

El intruso es delgado y fibroso y viste un buzo de color negro. En las manos lleva un trípode y una cámara de vídeo. Se detiene a unos seis o siete metros, deja el equipo de grabación en el suelo y examina a Mauricio con más detalle. Analiza el ángulo, el encuadre y la perspectiva como si fuera un director de cine.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

El desconocido no le responde. Se queda un buen rato en silencio y luego se inclina hacia delante y le susurra:

—¡Tú y yo lo vamos a pasar muy bien! Ya lo verás.

El móvil, que se encuentra debajo del zapato, comienza a vibrar. Mauricio ahoga un grito de terror.

No puede apartar de su mente las impactantes imágenes del vídeo. La tortura de David es lo más escalofriante que ha presenciado en su vida. Lleva toda la tarde pensando en el joven. Aitor le ha llamado la atención un par de veces. Le ha pedido que esté más atento con los clientes. Un parroquiano se ha marchado del bar sin abonar la consumición.

Debe hacer algo. A sus cuarenta y cinco años no tiene nada que perder. Bueno, sí. Un empleo de mierda que no colma sus expectativas y que tampoco le llena. Se ha dado una semana de plazo para resolver la muerte de Miguel. Una vez que transcurran los siete días dejará que Carmen cuelgue el vídeo en YouTube. A partir de entonces será la policía quien se encargue del asunto.

Evaristo Bernárdez le observa con ojos cansados desde el otro lado de la barra.

—¿Quién se ha muerto?

Marcos, enfrascado en sus tareas del bar, se sobresalta. Uno de los vasos que está lavando en el fregadero se le cae de las manos. Un chorro de agua le salpica los ojos. Maldice para sus adentros. El vaso se hace añicos. Levanta la vista, se seca las manos en el delantal y, con el ceño fruncido, lanza una mirada de fastidio a su interlocutor.

—¡Qué susto me has dado! —dice mientras se quita con el antebrazo los restos de jabón que se le han quedado en la cara.

—¿Cómo te va la vida?

—¡Podría ser peor, padre!

Lo reconoce. Su voz grave, de fumador empedernido, resulta inconfundible. Es el capellán de la prisión de Topas. Todos le conocen por el apodo de Boris. El sacerdote es una persona campechana. Sobrepasa el metro setenta. Tiene el pelo castaño y ralo, los ojos negros y saltones y una nariz pequeña. Las ojeras, las bolsas que se le forman alrededor de los ojos y las arrugas que le

surcan las mejillas cada vez que abre la boca son rasgos inconfundibles de la fisionomía de Evaristo.

Viste de manera informal. Lleva una camisa a cuadros debajo de un jersey azul oscuro y unos vaqueros. Se sienta en uno de los taburetes que hay junto a la barra y, con aspereza, le pide que le ponga un café bien cargado.

Marcos se lo prepara en la máquina. De fondo, se escuchan los murmullos de las conversaciones. Le sorprende que se hayan encontrado. No le veía desde hacía más de siete meses.

«¡Aquí hay algo raro! No puede tratarse de ninguna casualidad», piensa sin exteriorizar sus emociones.

—Andrés me dijo que trabajabas aquí. Este sitio no está nada mal —dice mientras dirige la vista hacia las mesas del fondo donde varios jubilados juegan al mus.

Muchas personas mayores piden una consumición, se sientan y están toda la tarde en el local jugando a las cartas. Por un euro con veinte que cuesta el café, creen que la mesa, las sillas, el tapete y la baraja les pertenecen.

—¿Ha vuelto?

Andrés es un conocido de la cárcel con el que se lleva bastante bien. Congenian. Antes, cuando coincidían en el patio, hablaban de libros. Al tipo le gusta la literatura criminal: Edward Bunker, Chester Himes, Jim Thompson, Eddie Little o James Hadley Chase. El sujeto salió una semana antes de que a él le concedieran la libertad.

—Le pillaron hace tres meses.

—¿Qué hizo?

—Estafar a unas ancianas en la Gran Vía. Se llevó más de veinte mil euros.

—¡Qué cabrón! No aprende.

—¡Ese lenguaje, hijo!

—Lo siento, pero ese hombre es carne de presidio. ¿Cuántas veces van ya? ¿Quince? ¿Veinte? ¡Es increíble! Me prometió que se iba a reformar y cambiar de vida.

Andrés es un mago de lo ajeno. Desde que perdió su empleo en una fábrica textil de Béjar hace más de dos décadas, se dedica a robar carteras en las calles más transitadas de la ciudad. Su objetivo siempre son los turistas despistados. Se acerca a ellos con disimulo,

les pregunta algo y, cuando se descuidan, les sustrae el bolso o la cartera. Algunos no se dan cuenta hasta horas después. Lo hace con una pericia asombrosa. Conoce todos los trucos posibles e inimaginables. Ni Houdi le superaría dando sablazos. El tío es un profesional. Jamás emplea la fuerza. Para él, el robo es un arte.

—Los caminos del Señor son inescrutables. Por cierto, me dio recuerdos para ti.

—Déselos a él también cuando le vea.

—De tu parte.

—Y a usted, ¿qué le trae por aquí?

Sigue con la mosca detrás de la oreja. Él no cree en las coincidencias.

—Trabajo. Mucho trabajo, hijo. Desde hace unos meses, la Diócesis de Salamanca me ha encargado los oficios religiosos en Arapiles, Encinas de Abajo y Calvarrasa de Arriba. Además, los lunes y los jueves imparto la asignatura de Teología en el Sagrado Corazón de Jesús a las nuevas generaciones de seminaristas.

El Sagrado Corazón es una residencia de curas ubicada en el barrio de San José a unos ocho o diez minutos a pie del bar de Aitor. Un edificio majestuoso se alza en medio de bloques de protección oficial.

—¿Y ya hay alguno?

—Dos españoles, tres mejicanos y seis chicos de Gambia.

Marcos contiene la risa.

—¡No me extraña! En estos tiempos, ¿quién coño quiere ser cura?

—Ese lenguaje...

—Lo siento, padre.

—Siempre hay personas dispuestas a servir al Señor y dar su vida por los demás. Es el trabajo más hermoso del mundo.

—Si usted lo dice.

—Por supuesto —dice carraspeando.

—Y ¿cuánto cobran los sacerdotes? Porque si pagan mejor que aquí... cuente conmigo. Mañana mismo me apunto.

Boris se ríe casi sin querer. En su boca asoman unos dientes desgastados.

—Muy gracioso. Este trabajo no se hace por dinero. Hay que tener fe. Y eso a mí me sobra.

—O sea, que pagan poco.

—Casi nada.

—Entonces me quedo como estoy. Porque yo no trabajo por amor al arte.

Le pone el café. El capellán coge un sobre de azúcar. Rompe un extremo, echa un poco en la taza y deposita el sobre encima del platillo. Después introduce la cucharilla en el recipiente y da vueltas al contenido. El aliento le huele a tabaco.

Aunque no es demasiado creyente, Marcos solía ir los domingos a misa. Al menos, cuando estaba en Topas. Era una forma de salir de la jaula y romper la rutina. Los oficios duraban tres cuartos de hora. Él nunca tomaba la comunión. Solía sentarse en los bancos de atrás. Muchas veces había hablado con Evaristo.

—Por lo que veo, has rehecho tu vida. ¡Eso está muy bien, hijo!

El sacerdote es una persona amable y cordial. Con él se puede conversar de cualquier asunto. En caso de que alguien tenga un problema, siempre está dispuesto a ayudar. Algunos presidiarios lo ven como a un tutor. El sacerdote colabora con el Proyecto Hombre y en los últimos años ha ayudado a muchos presos a desengancharse del infierno de las drogas. No conoce a nadie que hable mal del capellán.

—¡Sí, juré no volver! Y espero cumplirlo. Aunque nunca se sabe. Las tentaciones de la carne son muchas. ¿Cómo va todo por allí?

—Igual —dice tras sorber la taza—. ¡Ya sabes cómo es la cárcel! Algunos, como tu amigo Andrés, no aprenden y reinciden. Con otros, en cambio, sí que existe la esperanza. Ahora estoy intentando que un chaval de Tamames deje las drogas. Pero como le digo al director: «Si aquí están peor que en la calle».

Es cierto. Cuando un yonqui necesita hachís, cocaína o anfetaminas, la prisión es el mejor lugar donde encontrar determinadas sustancias. En los vis a vis entra un montón de droga. Si no existiesen estas visitas, probablemente los presos se volverían muy violentos. A veces, los funcionarios de prisiones hacen la vista

gorda. Si entra un poco de hachís, ¿qué más da? Con algo hay que saciar el mono.

Marcos se acuerda del anterior capellán de la cárcel. Hace unos años le detuvieron por tráfico de drogas. En el maletero de su vehículo encontraron más de cinco kilos de hachís. Los presos debieron de liarle y al pobre Juan Luis le cayeron dos años y medio que tuvo que cumplir.

—Yo ese mundo ya lo he dejado atrás. No me interesa.

—Así se habla, hijo.

—¿Y aquí estás bien?

—No puedo quejarme —dice mientras piensa en lo rata que es Aitor y en el salario de mierda que percibe.

Si por él fuera, se iría ahora mismo. Pero, tal y como están las cosas, lo mejor es esperar. Quizá, en un futuro, salga alguna oportunidad. En Salamanca el trabajo escasea. La ciudad carece de industria. La hostelería y la universidad son los principales motores económicos. A orillas del Tormes solo hay profesores, jubilados y funcionarios. Unos viven de la universidad, otros de la pensión y los alquileres y los últimos del estado.

—¿Y qué expectativas tienes? ¿Casarte? ¿Tener hijos? ¿Formar una familia?

—No. Eso no va conmigo. Al menos de momento.

—Ya tienes una edad.

—Siempre hay tiempo para eso. Ahora estoy sopesando la idea de acceder a la universidad.

—Pero ¿no decías que los títulos universitarios no servían para nada?

Se encoge de hombros y sonríe.

—Eso creía, pero sin una titulación no vas a ningún lado. Y como dice el refrán: «Nunca es tarde si la dicha es buena».

Él junta las manos, apoya los codos en la barra y adopta la pose de alguien que está rezando.

—Rectificar es de sabios. Me parece estupendo que quieras formarte. El saber nunca está de más.

—¿Conoce usted a algún sacerdote en la Universidad de Salamanca que dé clases en la Facultad de Bellas Artes con el que pueda hablar?

El párroco se queda pensativo durante unos instantes. Enarca las cejas y medita lo que le ha dicho.

—¿Por qué te interesa?

—Me gustaría que me asesorase. Me vendría bien un poco de orientación.

Miguel y los tres chicos desaparecidos estudiaban en esa facultad. Si Evaristo le pone en contacto con un profesor o una persona que trabaje en ese lugar, quizá podría averiguar algo más.

—No sabía que te interesara el arte.

—Pues sí.

—Desconocía que tuvieras una vocación artística —remarca sorprendido.

Detecta cierta desconfianza en sus ojos.

—Hasta hace muy poco ni yo lo sabía. Pero, desde hace unos meses, me dedico a pintar. Es una forma de distraerme. Y si le soy sincero, padre, lo cierto es que no se me da nada mal —dice.

Es mentira, pero su plan quizá funcione. Los curas tienen muchas amistades. Hablan con todo el mundo. Tienen influencia. Conocen a mucha gente. La Iglesia posee mucho poder sobre todo entre los católicos.

—Si tanto te interesa... podría ponerte en contacto con Fernando Arestain. Es profesor y vicedecano de esa facultad. Quizá él pueda echarte un cable. Dame tu teléfono.

El capellán saca su móvil. Es una reliquia de la era jurásica. Se trata de un Nokia 8800. La carcasa se encuentra bastante deteriorada. Tiene rasguños y abolladuras por todas partes, como si hubiese estado dando vueltas en el interior de una lavadora. Al parecer, solo lo utiliza para realizar llamadas. El capellán y las nuevas tecnologías nunca han congeniado.

—No tengo móvil.

—¿Y eso?

—Estoy en ello, padre. Pero, por el momento, no consigo acostumbrarme a esos artilugios.

Él sonríe y extiende las manos.

—Tienes razón. Yo también pertenezco a otra época. Debería aprender a manejar uno de esos cacharros. A este paso, cualquier día, las misas se retransmitirán por WhatsApp.

—Pero puedo facilitarle mi dirección de correo electrónico.

Marcos coge una servilleta de papel y un bolígrafo que hay junto al microondas y anota su *e-mail*. Boris mira el texto que ha escrito y asiente.

—Te envió un mensaje en cuanto pueda —dice mientras se guarda la servilleta en el bolsillo.

Aitor aparece. Viene cargado del almacén con una caja de botellines de cerveza.

—¿Le está aburriendo?

—¡No! Ya me iba. Somos viejos amigos. Solo he entrado para saludarle —dice mientras levanta la taza y pega un último sorbo al café.

El propietario del bar frunce las cejas y le mira con atención.

—Es un buen chico —añade Boris.

—Sí, desde que trabaja para mí, no tengo ninguna queja.

«Nos ha jodido. Lo único que hago es agacharme y poner el culo. Como para no estar contento. ¡Ni los negreros!», piensa el expresidario.

El párroco deja encima de la barra un billete de cinco euros.

—¡Quédate el cambio! —dice con una sonrisa.

Se despide y sale por la puerta. Marcos le observa con inquietud mientras se aleja. Luego se queda mirando el billete.

—¿No tienes nada que hacer? —le increpa Aitor.

Él asiente y se pone a fregar los platos. La visita de Evaristo le da mala espina. ¿Qué es lo que oculta?

13

Carmen Vaquero desconfía de Marcos. Está convencida de que el expresidiario no le ha contado toda la verdad. Tiene la sensación de que ha omitido ciertos detalles que quizá le comprometen. Se percató de ello cuando le confesó que el vídeo de la *snuff* lo había recibido por error. En ese instante le miró a los ojos y notó un brillo inusual. Su mirada dejó entrever ciertas dudas.

Desde que tiene uso de conciencia, posee un sexto sentido a la hora de catalogar a los hombres. Rara vez se equivoca. Su madre también poseía esa cualidad. Ella siempre le advertía del peligro que tenían algunos sujetos del sexo opuesto:

—No se puede confiar en los hombres, ¿lo entiendes?

—¿Y en papá?

—Menos.

A sus amigas les atraen los chicos malos que van de duros y tienen un carácter difícil. Ella, en cambio, los rehúye. No quiere relaciones tóxicas. No necesita a ningún idiota que la controle ni le ordene lo que debe hacer o pensar. Ella sabe protegerse por sí misma. Es autosuficiente. Para sobrevivir en la jungla en que se ha convertido la ciudad, hay que ser astuta y saber desenvolverse. En la sociedad prima la ley de la selva: los fuertes someten a los débiles, los listos doblegan a los idiotas y los lentos se ven sorprendidos por las personas más rápidas. Carmen lo aprendió enseguida: «O espabilas o te espabilan».

La repentina muerte de su madre, a consecuencia de un cáncer de estómago, y el alcoholismo de su padre propiciaron que tuviera que buscarse la vida desde muy joven.

Para sacarse algún dinero reparte publicidad. Lo hace sin contrato. La empresa le asigna una ruta y le entrega un carrito de la compra con un montón de folletos. Ella recorre las calles, llama a los timbres de los portales e introduce la publicidad en los buzones. No

pagan demasiado, pero sirve para comprar comida y evitar los comedores sociales.

De vez en cuando, también limpia casas y saca a pasear los perros de algunos ancianos por el módico precio de tres euros la hora. A veces, lleva al parque hasta ocho o nueve mascotas a la vez. Disfruta con los animales. No se quejan y son más nobles que cualquier persona. Los perros sí saben escuchar.

El canal que abrió en YouTube con su amiga Silvia también le aporta ingresos. No obstante, la plataforma ya no paga tanto como meses atrás. Ahora hay un montón de espontáneos que suben vídeos a la red. Para sacarse un sueldo, hay que tener cientos de miles de visitas y realizar vídeos casi a diario. De otra forma, se percibe una miseria.

Carmen graba un vídeo a la semana en la cocina de la casa de su amiga. Ambas están especializadas en recetas culinarias. Aunque se lo plantean como un pasatiempo, la grabación y edición de los vídeos resultan tareas tediosas. Aun así, el canal cuenta con más de veinticinco mil suscriptores.

Desde que huyó del centro de menores, vive al día y deambula de un sitio a otro. A veces, se queda a dormir en la casa de alguna amiga. Otras se tumba en los bancos de la estación de autobuses o se cuelga en el bar de Aitor con la intención de pasar la noche. Es duro, pero ya se ha acostumbrado.

Con frecuencia, acude a las piscinas de la Alamedilla. En las instalaciones permanece alrededor de tres cuartos de hora. En ese intervalo ejercita los músculos y nada un par de kilómetros. La natación es fabulosa para liberar la mente y fortalecer la espalda. Después se asea en las duchas, se cambia de ropa y se seca el pelo en los servicios.

Cuando tiene que lavar la ropa, recurre al autoservicio de las lavanderías. Por cinco euros, realiza la colada y seca todas las prendas. La ropa y otros objetos personales los guarda en una taquilla de la estación de autobuses.

Aunque existen diversos comedores sociales repartidos por distintos puntos de la ciudad, si puede los evita. La comida no es ningún problema. Habitualmente compra una empanada o un sándwich de jamón de York y queso y alguna pieza de fruta en los

supermercados del centro y se sienta a comer en el césped del parque de San Francisco o en los jardines de la plaza de Anaya. Lo que le sobra se lo tira a los pájaros o bien lo guarda en la mochila para la merienda o la cena.

Su vida se asemeja a la de los nómadas. Aunque el centro de menores no es ninguna cárcel, detesta a un par de trabajadores sociales que tienen las manos demasiado largas y, de vez en cuando, abusan de las chicas. A pesar de las denuncias que algunas jóvenes han puesto en la comisaría, nada ha cambiado. Los jueces se fían más de la palabra de un adulto que de la de un menor conflictivo.

Por otro lado, los adolescentes que están internados en Los Molinos son jóvenes que han sido víctimas de abusos sexuales, violencia doméstica, maltrato, problemas económicos, anorexia, bulimia o desatención por parte de sus progenitores. Las peleas entre los internos son cada vez más frecuentes. En la mayoría de los casos se debe a las drogas. Pese a que los educadores son muy estrictos, algunos chicos se las ingenian para trapichear con hachís y cocaína dentro de las instalaciones.

Ella quiere huir de ese entorno de marginalidad y drogadicción. De hecho, preferiría estar sola en un apartamento tutelado, pero la Consejería de Asuntos Sociales no se lo permite.

A clase lleva meses sin acudir. Si lo hiciera, la detendrían. Así que no le queda más remedio que aprender por su cuenta. Se considera una persona autodidacta. Sus amigas le pasan el temario por correo electrónico y ella lo estudia cuando puede. La mayor parte del tiempo lo pasa en la Biblioteca de Gabriel y Galán. Se instala en una mesa de la segunda planta y se conecta a la red wifi, que es gratuita.

Las instalaciones están bien acondicionadas. Cuentan con calefacción central y, durante los meses de invierno, el calor se agradece. La biblioteca abre a las diez de la mañana y no cierra sus puertas hasta las ocho de la noche. Cuando algún curioso se acerca a su sitio, simula que está estudiando o realizando cualquier trabajo de clase. Como siempre hay gente en la sala de estudio, su presencia pasa inadvertida. Salamanca es una ciudad llena de estudiantes. Nadie hace preguntas. Nadie se entromete en la vida

de otras personas. Ni siquiera los auxiliares de la biblioteca. Algunos ya la conocen y se limitan a saludarla con un leve movimiento de cabeza.

Mira a su alrededor. Aún no hay mucha gente. Los universitarios están en clase. Se conecta a internet y se pone a mirar las noticias relacionadas con la desaparición de los jóvenes estudiantes en la zona de Alba de Tormes. Hay mucha información, especialmente en los medios locales. Al parecer han realizado un amplio despliegue y un seguimiento muy minucioso.

Los titulares de las noticias se suceden: «Continúa la búsqueda de los jóvenes». «Sin rastro de los tres estudiantes de la USAL». «Los investigadores están estancados en la investigación». «El hermano de una de las desaparecidas ofrece una recompensa por cualquier pista».

Se fija en que también hay muchas entrevistas con los familiares y los amigos. Todos hablan muy bien de ellos. Apuntan a que eran unos magníficos estudiantes y unas personas maravillosas. Nadie se explica lo que pudo pasar.

Una vez que ha conseguido los nombres completos de los jóvenes, enmascara su dirección IP con el programa Tor y, utilizando un *software* que hace tiempo encontró en la *Deep Web*, piratea los perfiles de Facebook de los tres estudiantes. Se pone a revisar las fotografías y los mensajes que siguen colgados en el muro. Imagina que la policía ya habrá examinado el contenido con más detenimiento. Le sorprende lo fácil que puede resultar acceder a la intimidad de determinadas personas. Ella tiene perfiles en las redes sociales, pero, exceptuando el canal en YouTube, todos son falsos. Nunca proporciona sus datos a nadie.

Sin embargo, la gente es estúpida por naturaleza. Hoy en día, se puede saber cualquier cosa por los textos y las fotografías que un individuo publica en Instagram o Twitter. Los criminales nunca lo han tenido tan fácil. Basta con examinar cualquier red social para saber todo sobre la vida de una persona. El ser humano se ha vuelto demasiado exhibicionista. Con observar con atención una imagen se pueden conocer detalles sobre los gustos y aficiones de una persona, su nivel de vida, su estado civil o los lugares en los que ha estado de vacaciones.

A Carmen le resulta obsceno publicar esa clase de imágenes. Atentan contra el sentido común. Ella jamás vendería su intimidad. Hace poco leyó que la Agencia Tributaria, se dedica a analizar las fotografías que los ciudadanos realizan en sus casas y cuelgan en las redes sociales, para comprobar si los ingresos que declaran se corresponden con el tren de vida que llevan.

Mira las fotos de los tres chicos y le sorprende lo felices que son. En todas las instantáneas salen sonriendo. Como si la vida fuera un camino de rosas. En Twitter e Instagram todo es postureo. Las personas aparentan ser lo que no son. Ella detesta ese fariseísmo. Recuerda a una chica a la que internaron en el centro.

La joven solía subir un montón de vídeos y fotos a las redes en los que compartía fragmentos de una vida inventada. Ainara solo buscaba el reconocimiento, el *like*, el «me gusta» y seguidores que la adulasen. Hasta que un día ese mundo de ensueño se volvió en su contra, cuando alguien descubrió que vivía en una realidad ficticia. Esa tarde llenó la bañera, se metió dentro y, con un cristal, se rajó las muñecas porque no soportaba su vida de mierda. Incluso para fingir, hay que ser muy bueno. La clave para mentir bien reside en los detalles. Y eso es precisamente lo que está buscando en los perfiles de los tres universitarios. Trata de dar con algo que se salga de lo habitual, una grieta por la que introducirse más allá de ese mundo de fantasía y color de rosas en el que creen vivir.

Examina los lugares donde se han tomado las fotografías: la plaza Mayor, la zona de Libreros, el campus universitario, el césped junto al río Tormes durante la festividad del Lunes de Aguas, el Puente Romano, la Casa de las Conchas, la plaza de Anaya y la catedral antigua. Por las imágenes deduce que los tres chicos compartían piso en el centro y que David y Lucía mantenían una relación sentimental. Eran pareja. En algunas de las instantáneas se les ve acaramelados, ajenos a cuanto les rodea. Vuelve a tener la sensación de que la policía ha borrado muchos de los mensajes del muro. Quizá estén investigando a las personas que tienen agregadas como amigos.

Carmen se encuentra en un callejón sin salida. No sabe qué hacer. Está impactada por el vídeo de David. No puede quitárselo de la cabeza. Realiza un barrido en internet en busca de vídeos *snuff*.

El antivirus no hace más que detectar troyanos, software malicioso y programas espía. Ve torturas, mutilaciones, violaciones y escenas explícitas que se salen del porno convencional.

El noventa por ciento de las grabaciones son falsas. Uno de los vídeos capta su atención. Es muy realista, pero se da cuenta de que es falso al descubrir a una actriz que ya había aparecido en otras películas.

«O sea, que está viva», piensa aliviada.

Desiste al cabo de tres horas. Se siente cansada y sucia.

Después de tomarse una chocolatina en la máquina que instalaron en la sala de lectura, opta por cambiar de estrategia. Tras cuarenta y cinco minutos de búsqueda infructuosa, se queda paralizada con una noticia que encuentra en el extinto diario *El Adelanto de Salamanca*. Los ojos se le abren como platos.

Lee la información con interés. Luego recoge la mochila y el portátil y sube a la planta de arriba. En la hemeroteca existe un importante fondo documental a disposición de los usuarios. Habla con la bibliotecaria para que le permita consultar los diarios antiguos.

—¿Por qué quieres ver esos periódicos? —le pregunta.

—Estoy haciendo un trabajo de clase.

La mujer no le pone ninguna pega.

Carmen entra en una de las cabinas. Encima de una mesa rectangular descansan una impresora láser y un ordenador con una torre pequeña. Lo enciende, abre un programa y accede a una inmensa base de datos. Todos los periódicos desde 1939 están filmados e informatizados.

Empieza a consultarlos. Focaliza la atención en los diarios locales editados en la provincia de Salamanca. Al cabo de un par de horas, se lleva las manos a la cabeza y piensa que este asunto la sobrepasa.

Necesita ponerse en contacto con Marcos.

Acaba de dar con algo importante.

Su descubrimiento lo puede cambiar todo.

—¿Esta es tu base de operaciones? —dice Marcos mientras desvía la mirada hacia la mesa del fondo, donde un par de universitarios aprovechan para tontear y revisar los apuntes de clase.

Antes de acudir a la cita con Carmen ha tomado precauciones. Ha procurado ir por vías poco transitadas. En la calle Toro entró en un supermercado y se mezcló con los clientes. Tras deambular por las secciones de alimentación y congelados, bajó a la planta baja y salió por una puerta lateral que se utiliza como salida de emergencia. Antes de que el guardia de seguridad le llamara la atención, echó a correr y se metió por varias callejuelas del centro de la ciudad para asegurarse de que ninguna persona le estuviese siguiendo.

—Sí, aquí suelo pasar la mayor parte de los días.

—No está nada mal. Esta biblioteca es mucho mejor que la de la cárcel.

A su alrededor distingue un montón de estanterías repletas de libros, películas, enciclopedias y revistas científicas. En el talego no contaban con semejante fondo bibliográfico. La mayoría de los libros procedían de las donaciones. Y encima había desalmados que se dedicaban a amputar y arrancar las hojas de algunos ejemplares con el fin de fastidiar al resto de los reclusos que sí leían.

—Es un sitio tranquilo. La gente va a su rollo, sin meterse con nadie.

La mesa que ocupa le recuerda a los pupitres de su época escolar. Se fija en los rayones y las hendiduras del tablero. Ve varias firmas, garabatos y corazones atravesados por flechas. No concibe que exista gente tan desaprensiva que se dedica a estropear los bienes que son públicos, solo porque tienen la necesidad de hacerse notar.

—¡Ya lo veo!

—Puedo estar el tiempo que me dé la gana. ¡Y nunca me han llamado la atención! El edificio lo construyó el Ayuntamiento hace más de un siglo. Era una casa de socorro, un centro de atención médica para pacientes que no necesitaban hospitalización. En la planta de arriba había un laboratorio químico y abajo se atendían las consultas.

—No lo sabía. ¡Por cierto, ya tengo móvil! Es de prepago. Nada del otro mundo. Pero a mí me sirve —dice sonriente.

Y se lo enseña. Es un teléfono inteligente de gama baja. Nada pretencioso. Fácil de manejar. El aparato cuenta con pocas funciones.

—¡Bienvenido al mundo de la tecnología!

—¡Qué remedio! Apunta mi número.

Ella saca su teléfono y lo anota en la agenda de contactos.

—Voy a llamarte.

—De acuerdo.

—No lo cojas. Así tú también tendrás el mío.

La pantalla del móvil de Marcos se ilumina. Se escucha un zumbido.

—Ahora edita el número y pon mi nombre.

Él obedece.

—Ya está.

—Por cierto, en las bibliotecas y en algunos lugares públicos, el wifi es gratis. Conectarse es muy sencillo.

—Sí, no te preocupes. Me han enseñado en la tienda.

—Pues entonces podrías instalar WhatsApp.

—¿Qué es eso?

—Una aplicación de mensajería instantánea. Con ella, puedes enviar y recibir mensajes, documentos, vídeos, grabaciones de voz y hacer videollamadas. Es muy útil. Espera. Antes hay que descargarla de Google Play.

Ella le coge el teléfono, se conecta al wifi y le instala la aplicación. Después le enseña cómo funciona. Se envían un par de wasaps para que sepa cómo debe manejar la aplicación.

—Eres un buen alumno —dice riéndose.

—Y tú, una magnífica profesora.

—Sí, claro —dice con ironía.

—Y, ahora, ¿qué es eso tan importante que no podía esperar?

Carmen mira hacia los lados para cerciorarse de que nadie los escucha. Aunque están a menos de medio metro de distancia, mueve la silla y se acerca un poco más. Los dos se quedan cara a cara. Si alguien los viera podría malinterpretar la escena: un hombre entrado en años con una chica que aún es menor de edad. Aun así, le importa una higa lo que opine la gente. Ya ha vivido lo suficiente como para saber que no tiene que preocuparse por lo que digan de ella las personas que ni siquiera la conocen. Carmen no juzga ni habla mal de otras personas. Cada uno es libre de hacer con su vida lo que le plazca.

«¡Que les den a los rumores y las habladurías!», piensa.

—Los tres estudiantes desaparecidos no son los únicos —dice en voz baja.

Marcos la observa con atención. Divisa el pelo azul, los dos ojos color esmeralda abiertos de par en par, la boca pequeña y el diminuto *piercing* que luce en la nariz. A pesar de la fragilidad que proyecta es una joven decidida y tenaz. No percibe el miedo en sus gestos. Es lista y actúa con más cabeza que la mayoría de las personas adultas que conoce. Si alguna vez tuviera una hija, le gustaría que fuera como ella. Hoy en día, los jóvenes tardan mucho tiempo en madurar, no abandonan la casa de sus progenitores hasta que no pasan los treinta y son incapaces de resolver muchos de los problemas que se les presentan. Y solo están preocupados por el cambio climático y la violencia de género. Como si la violencia entendiese de sexos.

—¿A qué te refieres?

—Hay más.

La chica abre una carpeta con solapas. En ella distingue dos folios manuscritos y un pliego de fotocopias.

—¿Más? —dice nervioso.

—Desde luego. Esto lo he encontrado en la hemeroteca. En la planta de arriba guardan los periódicos de los últimos setenta años. Están filmados y se pueden consultar. Mucha de esta información no aparece en internet. Son noticias antiguas. Hace diez años, en la zona del pinar de Alba, desapareció otra estudiante de la USAL.

—¿La desaparecida pertenecía a la Facultad de Bellas Artes?

—No —dice moviendo la cabeza—. Estudiaba Sociología, pero también era alumna de la Universidad de Salamanca.

—Podría tratarse de una coincidencia.

—Según la noticia, el 23 de abril de 2010, Edurne Prieto se desplazó desde Salamanca hasta Peñaranda de Bracamonte por la carretera que conduce a Alba de Tormes. Pero, por desgracia, ella tampoco llegó a su destino. De hecho, su coche, un Ford Fiesta de color gris, se encontró no muy lejos de donde hallaron el vehículo de los tres universitarios desaparecidos. En una zona boscosa, con mucha vegetación. El coche lo descubrieron dos señores mayores que estaban haciendo senderismo.

—¡Joder! ¿No fue un 23 de abril cuando se perdió la pista a esos chavales? —dice acordándose de la información que había leído en internet poco después de ver el vídeo de la película *snuff*.

Ella asiente.

—Así es.

—O sea... Los dos casos guardan bastantes similitudes, pero entre uno y otro hay diez años de diferencia.

—¡Tres!

Marcos está a punto de caerse de la silla. Con un leve movimiento de cabeza observa de reojo a la pareja de universitarios. Ahora se están besando de forma apasionada. «¡Qué estudiosos!», piensa.

—¿Otro más?

—El 23 de abril del año 2000 apareció un Volkswagen Golf de color azul marino en el pinar de Alba.

—¡Déjame que lo adivine! ¿El vehículo pertenecía a otra estudiante?

—¡Muy bien, querido Watson! —dice con una sonrisa.

Una hilera perfectamente blanca asoma en su boca.

—¿De quién se trata?

—María García. Veintiún años. La chica era de Navarra, pero había acudido a Salamanca a cursar sus estudios universitarios. María no vivía en la ciudad, sino en Alba de Tormes, en casa de una tía de su madre. Todos los días realizaba el trayecto hasta la facultad en su coche —dice mirando un papel con las anotaciones.

—De Alba a Salamanca hay unos veinticinco kilómetros, ¿no?

—Más o menos.

—¿Qué estudiaba?

—Tercero de Bellas Artes —dice mientras consulta los apuntes.

—¡Aquí hay gato encerrado!

—Eso parece.

—¿Por qué las desapariciones ocurren cada diez años?

—Eso es lo que tendremos que averiguar.

—¿Has mirado si existen desapariciones de estudiantes durante el mes de abril que se remonten antes del año 2000?

—Sí. He consultado la sección de sucesos de *El Adelanto*, *Tribuna de Salamanca* y *La Gaceta Regional* desde 1960 hasta hoy y no he encontrado nada. Pero eso no quiere decir que no hayan ocurrido.

—Recapitulemos. Tenemos tres casos ocurridos el 23 de abril con una diferencia de diez años.

—¿Qué crees que puede significar?

—Quizá no se trate de una mafia...

—¿Ah, no?

—Puede que estemos ante un asesino en serie.

A Carmen se le corta la respiración.

—¿Un asesino en serie? ¡Venga ya!

—¿Por qué no?

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—En los tres casos ha actuado de la misma forma. Es el mismo *modus operandi*: estudiantes de la USAL y un vehículo que aparece en un pinar a escasos veinticinco kilómetros de Salamanca.

—¿Y la policía no hace nada? Imagino que ellos estarán informados de la existencia de un depredador...

—Los investigadores son unos incompetentes. Solo se preocupan por cobrar. ¡Son funcionarios! ¡Qué quieres! Esto es España. Aquí, por cada persona que trabaja en la Administración Pública, hay cuatro jefes —dice evocando a Luis y Javier.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Existe alguna imagen de Edurne y de María?

Carmen rebusca en la carpeta y extrae un par de fotocopias. A pesar de que están en blanco y negro, los rasgos físicos se distinguen con claridad. Marcos estudia los rostros de las chicas con

la meticulosidad de un oncólogo que supervisa el tratamiento de radioterapia de uno de sus pacientes. Edurne y María son guapas; con el pelo corto; los ojos grandes; la nariz fina y recta; los pómulos pronunciados y los labios carnosos y perfectamente delimitados.

—¿Los artículos del periódico mencionan qué ropa llevaban cuando desaparecieron?

—No, pero ¿eso qué relación puede tener?

Marcos se queda pensativo.

—El parecido entre las tres chicas es muy relevante. Todas tienen la misma edad, la misma expresión, la nariz es muy parecida, el pelo se lo han cortado de la misma forma, son delgadas... Si la memoria no me juega una mala pasada, Lucía también llevaba el pelo corto y poseía unos ojos grandes y azules.

—Y, entonces, ¿qué pintan los dos chicos?

—¿Quiénes?

—Alberto y David, el de la película *snuff*.

—No lo sé. Eso me desconcierta un poco. Aunque quizá... solo se trata de daños colaterales —dice pensativo.

Su cara se retuerce, como si se hubiera tirado una pedorreta.

—¿Cómo?

—Tal vez solo pretendía raptar a la chica, pero como no estaba sola no le quedó otra opción. A nuestro secuestrador le atrae un perfil muy concreto de mujer. Físicamente, las tres son parecidas. Eso no se puede negar, ¿no?

Carmen echa un vistazo a las fotos de Edurne y María.

—Sí, se parecen bastante.

—Ahí lo tienes. Pero lo que más me inquieta es... ¿Por qué tarda una década en actuar? Es como si hibernara.

—Puede que haya más víctimas y ni siquiera lo sepamos. No todos los casos de personas que desaparecen se denuncian o aparecen en los periódicos.

Él se encoge de hombros y se muerde el labio inferior.

—Podría ser. Pero ¿por qué esa fijación con el día veintitrés? ¿Qué tiene de especial? ¿Qué se esconde detrás de ese número? Los asesinos en serie suelen ser personas muy metódicas. No dejan nada al azar. Lo planifican todo al detalle. Una vez que comienzan a matar, rara vez se detienen. Creo que el secuestrador no elige a sus

víctimas de forma aleatoria. Estoy convencido de que las conocía. Probablemente, las estuvo siguiendo durante un tiempo. ¿Has oído hablar del asesino BTK?

—¿Quién?

—Dennis Rader.

—No.

—¿Sabes un montón de cosas sobre pelis *snuff* y no conoces a uno de los mayores psicópatas de la historia?

—No es un tema que me interese demasiado —dice con ironía.

—Entre 1974 y 1991 Rader asesinó a diez personas. Su *modus operandi* era atar, torturar y matar. En inglés: *bind, torture y kill*. De ahí su nombre. En su juventud BTK seguía a algunas mujeres por la calle sin que se enteraran. Él creía que era un cazador en busca de presas. De ahí paso a colarse en las casas para sustraer pequeños objetos. Y cuando comenzó a matar, surgió su afición por coleccionar objetos personales de las víctimas: relojes, carnés, anillos. Lo que fuera que le recordase el crimen. Con cada asesinato perfeccionaba su método. Tengo la impresión de que el secuestrador hace lo mismo.

De pronto, se lleva la mano al bolsillo y palpa la llave. Se había olvidado de ella por completo. La extrae y la sujeta con el dedo índice y pulgar.

—La encontré junto con la memoria externa donde aparecía el vídeo. Por casualidad, ¿no sabrías de dónde podría ser? —dice.

Ella mira el reluciente metal y el número trescientos dieciséis que hay grabado en el cabecero. Se toma unos instantes para contestar, en los que frunce el ceño, se muerde el labio inferior y acompaña sus palabras con un movimiento de cabeza a derecha e izquierda.

—No, me temo que no te puedo ayudar. Lo siento. ¡No tengo ni idea!

Espera que haya resultado convincente. Claro que sabe de dónde es. De las taquillas de la estación de autobuses. Ella tiene una llave similar para guardar sus pertenencias. En cuanto se deshaga de Marcos, irá a comprobar qué hay dentro.

Carmen atraviesa el parque de San Francisco, camina durante diez minutos por la avenida de Filiberto Villalobos hasta llegar a la estación de autobuses. La zona está llena de bares, copisterías y academias de idiomas. De vez en cuando, se cruza con algún grupo de estudiantes que llevan carpetas y apuntes debajo del brazo. Muchos vienen de la Facultad de Economía y Empresa y regresan a casa después de haber finalizado las clases.

Salamanca es la ciudad universitaria por excelencia. Sus calles siempre están repletas de estudiantes. De día se les puede ver en la zona del campus y de noche en los locales de ocio. Es raro no toparse con alguno. Ella ha estado alguna vez en las fiestas de las facultades. Allí hay alcohol en abundancia, risas y música a todo volumen.

No tarda en alcanzar la estación de autobuses. Al cruzar las puertas automáticas, se da cuenta de que han reformado las instalaciones. En la planta de arriba, donde se sacan los billetes, todo parece más limpio. Han puesto cristalerías en algunos comercios y el bar presenta una nueva imagen. Han instalado un letrero luminoso y un tablón con los precios.

El kiosko, en el que compraba chucherías, se ha ampliado, lo mismo que el local de la agencia de viajes. La oficina de información la han cambiado de sitio. Antes se encontraba al lado de las escaleras que conducen a los andenes; ahora la han situado en una esquina para que pase más desapercibida y no entorpezca el paso a los viajeros.

Ella conoce bien la estación. De vez en cuando, es su refugio. Algunas noches se acurruca en uno de los bancos, se echa la cazadora encima con la intención de resguardarse del frío y duerme hasta que los guardias de seguridad la advierten de que debe macharse.

En las instalaciones se citan muchos vagabundos. Hombres y mujeres que tiempo atrás poseían un trabajo, un hogar y una familia. Algunos están enganchados a la heroína y mendigan una limosna a los viajeros cuando se apean del autobús. Otros vagabundos ya son muy mayores y no tienen ningún sitio adonde ir. Con la pensión no contributiva que perciben, jamás los admitirían en una residencia. De modo que solo les queda que el Ayuntamiento o alguna asociación se apiade de ellos y los acoja en un asilo. También conoce a varios indigentes que, aunque están mal de la cabeza, prefieren vivir en la calle a estar recluidos en un psiquiátrico.

—Hacía bastante que no te veía, ¿qué tal te va todo? —le pregunta a Willy, un borrachín con los mofletes sonrosados, la nariz picuda, el pelo ensortijado y la cara poblada de arrugas y cicatrices.

—Bien, muy bien. ¿Y cómo estás tú? —dice con una sonrisa que deja vislumbrar una dentadura mellada, a la que le faltan multitud de piezas.

—Como siempre... sobreviviendo. Tengo que recoger algo que dejé en las taquillas.

—Me alegra saber que estás bien, guapa.

Willy es un optimista. Siempre ve el lado bueno de las cosas. Desde hace años la suerte le resulta esquiva. Perdió a su mujer a causa de su adicción al juego. A principios del año 2006, el banco se quedó con la vivienda, el coche y el resto de pertenencias que tenía escrituradas a su nombre. Pese a ello, sigue echando dinero en las máquinas tragaperras y jugando a la lotería, la Bonoloto y la quiniela. Cualquier juego de azar le seduce. Está convencido de que en breve saldrá de la pobreza. Su mala suerte tendrá que acabar alguna vez. No obstante, no es consciente de que en el mundo existen personas que han nacido para perder.

—Sí.

—Ya sabes cómo es esto. Hay días buenos y malos. ¡Pero qué se le va a hacer! La vida es así. ¡Hay que resistir! De eso se trata. O como decía la canción: «Después de un día triste llega otro día feliz».

El problema está en que para Willy todos los días son grises. A veces le ha visto con golpes y moratones en la cara y en los brazos a consecuencia de las deudas que contrae. Los prestamistas le fían

y, cuando no les devuelve el dinero en el plazo estipulado, envían a matones para que le partan las piernas. Le da pena su situación. Lo curioso es que ni a base de golpes escarmienta.

Carmen ha intentado ayudarle, pero él está tan enganchado que solo pide que le dejen en paz. No desea que nadie se entrometa en su vida. Lleva tanto con el agua al cuello que probablemente, el día menos pensado, los remolinos le arrastrarán hasta el fondo del mar.

—¿No tendrás una monedita, verdad?

Se fija en la raída cazadora azul marino, en los pantalones manchados de lámparas de grasa y en los desgastados zapatos de piel.

—Estoy tiesa, Willy —dice mientras se lleva las manos a los bolsillos.

Aunque tuviera algo en efectivo, tampoco se lo daría. Sabe cuál sería el destino del dinero. Para eso, prefiere invitarle a un café, una empanada o comprarle un bocadillo.

—Lo sé. ¡Tú eres buena gente! Siempre me has echado un cable. ¡Voy a gorronear un poco! ¡Ojalá encuentre algún alma caritativa que se apiade!

—Suerte.

—No la necesito —dice mientras se aleja.

Le ve bajar las escaleras con paso cansino. La vida en la calle pasa factura. El frío, los días de lluvia, la soledad o la mala alimentación hacen mella. Tiene la sensación de que el pobre hombre está más viejo, más decrepito. Enseguida se pierde entre los grupos de viajeros que aguardan en el andén la llegada del autobús. Pero su voz, ronca e inconfundible, de fumador empedernido, resuena en todos los rincones:

—¿Me ayudan? Que tengo hambre. Tengan compasión, por favor.

Carmen busca las taquillas con la mirada. Marcos le enseñó la llave de la trescientos dieciséis. En cuanto la vio supo de dónde era y lo que abría. No ha querido decirle nada. ¿Para qué?

Sigue sin confiar en él. Sobre el vídeo, todavía hay muchos puntos negros que le plantean demasiados interrogantes. Observa la pared que hay a su izquierda. En la estación existen cámaras que controlan los puntos estratégicos. Hace unos años, cuando no había

tanta seguridad, los hurtos eran más frecuentes. Los usuarios se quejaban de que les sustraían el bolso, la cartera o las maletas.

Debe ser rápida. No hay tiempo para dudas o titubeos. Si la persona que vigila la monitorización de todas las instalaciones se percata de que está forzando una de las taquillas se meterá en un buen lío. Como la detengan, sabe que la internarán de nuevo en el centro de menores y quizá en esa ocasión el juez decreta medidas más restrictivas. Se acerca hasta alcanzar la cerradura y, con disimulo, mira a derecha e izquierda.

Los pasajeros van de un lado a otro. Suben y bajan las escaleras mecánicas por inercia. Cuando se asegura de que nadie repara en ella, introduce una horquilla del pelo por la ranura. En el vídeo de YouTube que vio, antes de salir de la biblioteca, un chico explicaba a sus seguidores cómo forzar cualquier puerta en caso de que alguien se olvidara las llaves en casa. Para eso las redes sociales son fabulosas. Internet está lleno de frikis. Se pueden encontrar vídeos de lo más curioso. Y se aprende mucho.

Durante unos segundos, reza para que no la vean y gira el alambre simulando el movimiento de la llave. Finalmente, tras pelearse un buen rato con la cerradura, escucha un chasquido y consigue abrir la taquilla de par en par.

«No ha sido para tanto», piensa mientras contempla la riñonera de color rojo que reposa encima del estante. La coge y se da cuenta de que no pesa demasiado. Hay algo en el interior. Le seduce la idea de abrirla cuanto antes, pero opta por guardársela en la cazadora. De pronto, ve acercarse a uno de los guardias de seguridad.

—¡Oh, oh! —dice para sí.

Va directo hacia ella. Está hablando por la radio. Seguro que está alertando a sus compañeros. Debe de haberla visto mientras forzaba la taquilla.

—¡Eh, tú! ¡Ven aquí! —grita el empleado de la estación.

Carmen echa a correr. A pesar de que en la entrada se ha formado una pequeña aglomeración, esquivo a cuantas personas se encuentra. Parece una esquiadora sorteando las distintas puertas de un eslalon gigante. El *segurata* la persigue muy de cerca. Apenas les separan diez metros.

—¡Quieta, zorra!

Lo conoce de vista. Todos los vagabundos afirman que es un cabrón. El tipo suele emplear la violencia para hacerse notar. A Sara, una toxicómana que duerme en la estación, estuvo a punto de matarla a golpes porque pasó de él y lo mandó a la mierda. El tío se cree Rambo. Es uno de esos rebotados que, por mucho que se machaquen en el gimnasio, no conseguirán aprobar una oposición ni aunque les chiven las respuestas.

Tras salir de la estación, cruza la carretera a toda velocidad. Ni siquiera se toma la molestia de mirar si están circulando los coches. De repente, escucha un frenazo. Un vehículo se detiene a escasos centímetros de sus piernas. Ella se para de golpe, apoya las manos en el capó y se da cuenta de que ha estado a punto de ser arrollada.

Oye los gritos de furia del conductor. Al girar la cabeza, descubre que el guardia jurado no ha perdido el tiempo. La distancia se ha acortado de forma considerable. Reanuda la carrera y huye despavorida por la calle Candelario en dirección a la avenida de Italia.

—¡Lo vas a lamentar, puta! —grita furioso.

El gorila sorteando el coche y aumenta el ritmo. Está dispuesto a atraparla. Cada vez se encuentra más cerca. Carmen casi puede sentir el aliento en el cogote. Lo tiene a menos de tres metros.

Detenerse no es una opción. Así que, para conseguir algo de ventaja, deja de correr en línea recta y se refugia entre los vehículos aparcados en fila que hay en la calle. Algunos viandantes observan la escena y tienen la sensación de estar viendo a dos adultos jugando al pillapilla.

—¡Entrégate!

—¡Primero tendrás que cogermé, retrasado!

Si cae en sus manos, se lo hará pasar mal hasta que llegue la policía. Está convencida de que le dará una paliza.

—¡Desearás no haber nacido!

Ella se encuentra en la parte trasera de un viejo Renault Megane. Él en la delantera. Solo puede verle de cintura para arriba. Si las miradas matasen, Carmen ya habría fallecido antes de emprender la huida. Los dos permanecen quietos, como si quisieran predecir el próximo movimiento. Se estudian como si fueran dos

maestros de ajedrez durante una partida. La única posibilidad que contempla es correr en zigzag. Si lo hace en línea recta, tiene todas las de perder. Él es más fuerte, ágil y rápido.

—¡Juguemos! —grita.

Y corre alrededor de los coches hasta que la mano del gorila la agarra del brazo y la tira al suelo. Cae sobre el asfalto y nota un dolor agudo y tirante en las rodillas. Lo ve desde el suelo mientras saca la porra y sonrío. Es una sonrisa cruel, como la de los nazis en los campos de concentración cuando querían castigar a los judíos.

—Es hora de ajustar cuentas —farfulla entre dientes.

—No he hecho nada. ¡Déjame, por favor!

—¡Vas a saber lo que es tocarme las narices, guapa!

Cuando está a punto de levantar la porra, el hombre se lleva la mano a la parte izquierda del pecho y cae de rodillas. Ella divisa su rostro congestionado a causa del dolor. La boca abierta en señal de agonía, los ojos inyectados en sangre y la garganta en tensión. El cuerpo del *segurata* se desploma y se queda ovillado en el asfalto. Carmen se arrastra un par de metros hasta que consigue separarse de él. A continuación se incorpora y echa a correr sin mirar atrás.

«¡Qué fuerte! Le ha dado un infarto», piensa cuando alcanza la zona de Carrefour.

No se detiene hasta que transcurre más de un cuarto de hora y empiezan a flaquearle las piernas. Ha tenido mucha suerte. Seguramente, el matón le hubiera partido la crisma. No siente remordimientos por ese energúmeno. Se percató de que se encuentra bañada en sudor y está exhausta. Intenta recobrar el aliento. Conduce la mano al bolsillo y palpa la riñonera. Al fin es suya.

—Perdona, ¿podrías decirme la hora? —dice una voz a su espalda.

Antes de que pueda reaccionar, alguien le coloca un pañuelo en la boca y aprieta con todas sus fuerzas. Ella se resiste. Forcejea durante un rato, pero a los pocos segundos su visión se vuelve borrosa. Una furgoneta se detiene en doble fila. El hombre la mete dentro.

Nadie se ha percatado de la escena.

Cuando termina de servir a un cliente, Marcos se limpia las manos en el delantal y coge el teléfono móvil. Lleva las últimas dos horas trasteando a escondidas. El terminal cuenta con un montón de aplicaciones. La mayoría no sabe ni para qué sirven. Imagina que irá aprendiendo conforme transcurran las semanas. Se siente perdido, como un orangután en la pista de baile de una discoteca.

Reconoce que el aparato es adictivo. Las tentaciones son muchas: consultar las noticias, mirar los resultados deportivos, chatear en los foros, leer los reportajes de los periódicos, jugar al Candy Crush o visualizar los vídeos de YouTube.

Abre su cuenta de correo electrónico. En la bandeja de mensajes no deseados, encuentra un *e-mail* de Boris, el capellán de la prisión de Topas. Lo lee con interés:

¡Buenas tardes, Marcos!

He hablado con Fernando Arestain. Es un tío muy agradable. No me ha puesto ninguna pega. Mañana a las 11:00 tiene un hueco libre para que os podáis reunir. ¡Dime si te viene bien! Si no puedes, habló con él y aplazo la cita para otro día.

Atentamente,

Evaristo Bernárdez

Contesta al correo electrónico. Quedan en verse en la cafetería de la facultad. Da las gracias a Boris por la mediación.

Entra en la página web de la Universidad de Salamanca y pincha en la pestaña donde aparece el campo «Profesores». Ante sus ojos desfilan decenas de nombres. Busca el que le interesa. Enseguida se topa con una fotografía reciente de Arestain. Calcula que tendrá unos cincuenta o cincuenta y cinco años. Tiene el pelo canoso, los ojos verdes, una barba de varios días y un rostro bonachón. Debajo de la foto han redactado una breve biografía con

sus méritos académicos. Arestain es el vicedecano de Investigación, Posgrado y Cultura e imparte la asignatura de Lenguajes y Técnicas en la Producción en la Facultad de Bellas Artes. Lleva más de treinta años dedicados a la enseñanza. Es un tío que no sabe lo que es una nómina fuera del ámbito académico.

—¿Qué coño estás haciendo en horas de trabajo? —le pregunta Aitor nada más salir del almacén.

Marcos pega un salto.

«¡Joder! ¡Qué pillada!», piensa.

El teléfono se le cae de las manos. Por fortuna, consigue atraparlo antes de que la funda protectora impacte contra el suelo. Ha estado a punto de quedarse sin móvil.

—So... Solo echaba un vistazo.

—¿Ahora tienes móvil? —dice mientras observa el terminal con recelo.

Marcos se lo enseña.

—Sí. Estoy recuperando el tiempo perdido.

—Pues el wifi gratis solo es para los clientes, ¿me oyes?

—Desde luego...

—¡Ponte a currar!

—Y ¿qué hay de mis quince minutos de descanso?

—¿Descanso? ¿Qué es eso? En mi bar esa palabra está prohibida. Yo llevo más de veinte años sin descansar. No libro ni los sábados ni los domingos. Trabajo desde que era un puto crío. ¡Venga, al tajo! Que luego querrás cobrar, ¿no?

Él asiente, no demasiado convencido.

—¿Cuándo me vas a pagar los días de vacaciones que me corresponden?

—Me pillas en un mal momento... Hay muchos gastos.

«¿Y todo el dinero que defraudas a Hacienda? Sí, pagas por módulos, pero a tus proveedores les abonas las facturas en negro. ¿Te crees que no lo sé, eh? Que te he visto. ¡Serás rastrero!», piensa, pero se abstiene de recordárselo.

—Al menos podrías darme un par de días libres.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Tengo que resolver unos asuntos.

—¿De qué se trata?

—Es algo personal.

Aitor lo medita durante unos instantes.

—De acuerdo. Puedes descansar mañana y el próximo jueves. Además, mañana por la mañana el bar permanecerá cerrado. El fontanero tiene que venir a arreglar la cisterna y uno de los grifos del servicio que gotea sin parar.

—Bien.

—Y ahora a currar. Que estoy perdiendo dinero.

Apaga el móvil y se lo guarda en el bolsillo. Ve alejarse a Aitor hacia los servicios mientras farfulla entre dientes un montón de palabras ininteligibles. Empieza a estar cansado de que pisotee sus derechos. Él no es ningún esclavo. No le pertenece. Está harto de someterse a su voluntad. Debería mandarle a la mierda. Hoy, al menos, ha conseguido que le conceda un par de días libres.

Aún es temprano. El bar se encuentra medio vacío. Reza para que sea una tarde tranquila. Un grupo de ancianos está jugando al mus. Dos de ellos han pedido un vaso de agua del grifo. De vez en cuando, levantan la voz más de la cuenta. Llegan dos nuevos clientes. Les sirve un par de cafés y luego introduce los platos y los vasos en el lavavajillas.

Odia este empleo. Es un asco trabajar para otras personas. Debería pensar en montar una empresa por su cuenta y ser su propio jefe. Pero necesita fondos. Está tieso. Si pide un crédito al banco, está convencido de que no le darán ni los buenos días.

Espera que la tarde pase deprisa.

Muchas son las preguntas que se agolpan en su cabeza. Ya no está tan convencido de que el homicida pertenezca a una organización mafiosa que realiza vídeos *snuff* por encargo. La idea del asesino en serie cobra fuerza. Carmen desveló dos casos más en épocas diferentes: uno se remonta al año 2000; el otro al 2010. Lo que da consistencia a su teoría es el hecho de que el prototipo de mujer que elige es el mismo. Las tres desaparecidas poseen unos rasgos muy parecidos.

Y luego hay una pregunta para la que no tiene respuesta.

«¿Por qué hay un intervalo de diez años entre las desapariciones? ¿A qué viene ese periodo de enfriamiento?».

Los asesinos en serie suelen ser muy impulsivos. No termina de comprender por qué el autor espera una década.

«¿Está dormido durante ese tiempo? No, claro, que no. Los psicópatas nunca descansan. Tiene que haber algo. Y luego está esa fijación con el día veintitrés. ¿Qué coño puede significar?», piensa.

En ocasiones las personas resultan impredecibles y llegan a matar sin ninguna razón que lo justifique.

No obstante, lo que diferencia a un asesino en serie es que, cuando quita la vida a alguien, no experimenta remordimientos. Con frecuencia, el móvil que los lleva a cometer los crímenes es de carácter sexual. Muchos psicópatas buscan hacer realidad sus fantasías y materializan sus obsesiones más perversas.

Marcos tiene la sensación de que posiblemente el vídeo *snuff* de David es alguna clase de trofeo. Una forma de recordar y fantasear con los crímenes. No tiene ninguna duda de que todos los desaparecidos están muertos.

Como bien le indicó Carmen, probablemente existen más vídeos. Le inquieta haberla involucrado. A pesar de que sabe defenderse muy bien, con un asesino suelto, nadie se encuentra a salvo. Todavía le preocupa la cuestión de la llave: «¿Por qué Miguel se tomó la molestia de enviársela? Debe de ser algo importante».

Trata de hacerse una idea de las cosas que abre una llave de esas características.

«Quizá es el lugar donde tortura y mata a sus víctimas. Pero, si eso es cierto, Miguel también estaría implicado y entonces, ¿por qué le habrán matado?».

Sus ensoñaciones se ven interrumpidas cuando divisa la figura menuda y desgarrada de Alfredo aproximándose a la barra. Viste una chaqueta de pana gris, una camisa azul y unos vaqueros. Le saluda con la mano y se sienta en el taburete.

—¿Qué pasa, Marcos? ¿Cómo te va la vida?

—Podría ser peor... y estar viviendo debajo de un puente. Aunque, con Aitor, nunca se sabe.

—Sí. ¡Eso es verdad! —dice sonriendo.

—¿Lo de siempre?

—Hoy solo un botellín de agua mineral. Ahora tengo una reunión con unos clientes para diseñar un manual de identidad corporativa de una empresa de transportes. ¡Menudo coñazo!

—¡Vaya!

Marcos saca el móvil y lo deja encima de la mesa.

—¡Al fin has dado el salto! —dice sonriente.

—Sí. Renovarse o morir, ¿no?

Alfredo examina el móvil con atención.

—¡Tranquilo! No te vas a arrepentir.

—Eso espero.

—Añade mi número.

Marcos lo anota y le envía una llamada perdida.

—Te apunto en mi wasap. Por cierto, ya se me olvidaba. ¿Has echado un ojo a *Rashōmon* y otras historias?

—¡Qué va!

—Pues ya estás tardando. Es uno de esos libros que merece la pena.

—Con la mudanza no he tenido tiempo.

—¿Te has cambiado de piso? —pregunta intrigado.

—Sí, tuve un problema con el casero... Un asunto bastante desagradable.

Miente bien. Lo ha pronunciado con una pasmosa facilidad. No quiere dar explicaciones a nadie. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—Mi casa es tu casa. Para cualquier cosa, ahí me tienes. Si necesitas algo... Lo que sea. Yo vivo en el paseo de Canalejas número 56, 9º B. Lo digo en serio.

—Gracias por la oferta, pero ya estoy instalado.

Ayer, después de su cita con Carmen, conoció a sus compañeros de piso. Uno es Li, un estudiante japonés de intercambio, que apenas chapurrea cuatro palabras en español. Se comunican con gestos. Li es bajo y amable. Tiene el pelo largo, la cara redonda y los ojos pequeños y almendrados. Es bastante simpático. Se ríe por cualquier tontería. Ginés, su otro compañero, es un antiguo pintor de brocha gorda que ocupa la habitación contigua a la suya. Le calcula unos setenta años. El señor es algo seco y reservado. Los dos le han dado la bienvenida.

—¡Que no se te olvide la presentación del sábado!

—Es verdad. *Sueños de un seductor*, ¿no? —dice palmeándose la frente.

—¡Recuerda, las copas son gratis! Habrá barra libre. De todas formas, por si no te veo, te doy antes un toque al móvil.

Marcos se lleva la mano al bolsillo trasero de los tejanos, saca la llave y se la muestra.

—Por cierto, ¿no sabrás de dónde podría ser esta llave?

Alfredo adopta un rictus de incredulidad y le mira fijamente. Después examina el trozo de metal con más detenimiento.

—¿De quién es?

—No es mía. Es de un colega.

«Debería haber dicho era», piensa mientras se acuerda del cadáver que encontró encima de la cama.

—¿Y no sabe lo que abre?

—No.

—Pues menudo colega.

—Creo que pertenece a su mujer —miente.

—¿Su mujer?

Procura no titubear.

—Sí. Hace poco que se han separado...

—¡Déjame verla bien!

La coge, se agacha un poco e inclina la cabeza hacia delante. A continuación, examina los tres dígitos.

—Tres, uno y seis. Por la numeración, tal vez sea de la caja de seguridad de un banco —dice meditándolo—. O quizá de un apartado de correos. También podría ser de la taquilla de algún gimnasio. ¡Incluso, de algún trastero!

—¡O sea, ni idea!

—Más o menos. Es como encontrar una aguja en un pajar.

—¡Menuda ayuda! —dice con voz sarcástica.

Alfredo se encoge de hombros como una tortuga que se repliega detrás de su caparazón y le devuelve la llave. Después guarda la botella en un maletín y se levanta.

—Apúntalo en mi cuenta. En fin, me agrada mucho tu compañía, pero debo reunirme con unos clientes. Me espera una tarde bastante movidita.

—¡Que sea leve!

Le ve salir por la puerta.

Al poco rato comienza a llegar más gente. No hay término medio. O el bar de Aitor está vacío o se encuentra abarrotado de personas. Comienza a poner consumiciones y pinchos casi por inercia. Los clientes van y vienen. La mayoría son trabajadores del polígono. De vez en cuando, también se deja caer algún que otro turista.

A las siete de la tarde ya ha desconectado. Se siente como un robot que realiza su trabajo de forma automática. Su cabeza se encuentra en otro lugar. Esta noche en casa debe repasar los folios que le entregó Carmen en la biblioteca sobre las desapariciones de María y Edurne. Quizá arrojen algo de luz al caso. Mañana por la mañana quiere hacerle algunas preguntas a Fernando Arestain.

Javier, uno de los clientes habituales, le pide que le rellene el vaso. Marcos obedece. El hombre solo acude al bar entre el uno y el siete de cada mes. Durante esa semana, se funde el dinero de la pensión en cubatas y chupitos. Cuando se queda sin blanca, se encierra en casa y no vuelve al bar hasta el mes siguiente, cuando el estado le ingresa la paga.

—Ni que se hubiera muerto alguien —le dice.

—Un mal día lo tiene cualquiera, ¿no?

A las once y media concluye su jornada. Está quemado. Se despide de Aitor con un escueto «ya nos veremos» y regresa a casa. Mientras camina, se pregunta si esta noche Carmen dormirá en el bar.

A las afueras, ve un grupo de jóvenes reunidos alrededor de un par de coches tuneados. Se trata de poligoneros atolondrados, ninis ociosos y un par de chonis descerebradas. Están celebrando un botellón. Gritan más de la cuenta. Pasa de largo y camina en silencio. Durante el camino de vuelta, gira la cabeza y cambia varias veces de ruta. Ya no se fía ni de su sombra.

Al alcanzar la calle Ecuador, tiene la impresión de que alguien le está siguiendo.

Como no le gusta hacer esperar a nadie, a la mañana siguiente sale temprano de casa y da un pequeño paseo por las calles de la ciudad. Salamanca ha experimentado una increíble transformación en los últimos años. Muchos de los edificios antiguos se han tirado y en su lugar se han levantado bloques y más bloques de viviendas. La Facultad de Bellas Artes se encuentra en Ciudad Jardín, un barrio de la periferia, y comparte campus con la Facultad de Psicología.

A las diez y cuarto de la mañana, pasa por delante de la plaza de toros de La Glorieta y repara en las estatuas de tres ilustres matadores como son Julio Robles, el Viti y el Niño de la Capea. A orillas del Tormes existe una profunda admiración por la tauromaquia. En la provincia abundan las ganaderías y las dehesas. Los toros son un símbolo de la ciudad, lo mismo que el Puente Romano, la rana de la Universidad o la plaza Mayor. A él nunca le han gustado las corridas de toros, pero las respeta. Es una industria que mueve grandes cantidades de dinero y emplea a mucha gente.

Marcos sube por la avenida de la Merced hasta alcanzar la rotonda que conduce al polígono de los Villares. De vez en cuando, se cruza con algún corredor o con una persona que está paseando. El sol invita a salir y hacer deporte. Él ya realiza suficiente ejercicio con las caminatas que se pega todos los días. Con frecuencia, mira en todas las direcciones, por si alguien le está siguiendo. Lo de anoche no fue ninguna casualidad. Alguien iba detrás de él. Por eso, debe estar atento y ser precavido.

Los vehículos no cesan de subir y bajar del polígono. Es un goteo constante. De repente, oye unos neumáticos a su espalda. Se vuelve, pero solo es un coche que se ha detenido en el arcén. El conductor tiene el móvil pegado a la oreja. Le observa durante unos segundos y reemprende la marcha.

Llega antes de tiempo. Entra en la facultad y ve un grupo de estudiantes reunidos en el pasillo. Un punki, con un montón de anillos en la nariz, le observa como si pensara que se ha confundido de lugar. Le saluda con la mano. Siempre ha pensado que los artistas están locos. Quizá, por eso, son capaces de ver la realidad de una forma diferente. Aún le sorprende que Piero Manzoni fuera capaz de vender sus heces enlatadas por una cantidad desorbitada. Aunque ¿quién está más loco? ¿El artista o la persona que paga en una subasta un cuarto de millón de euros por un pedazo de mierda?

En el interior todo está señalizado. Las paredes están llenas de rótulos. Una flecha indica que el bar se encuentra a su izquierda, junto a la entrada. Recorre el pasillo y atraviesa una enorme cristalera. Al entrar en la cafetería, se fija en que no hay demasiada gente. Reconoce a Fernando por la fotografía de la página web. Tiene el mismo rostro bonachón y el pelo un poco más largo. La barba de varios días le da cierto aire de bohemio trasnochado. Viste una camisa de cuadros, pantalones chinos y zapatos de cuero. Está solo, sentado en una de las mesas. Tiene las piernas cruzadas y lee un periódico universitario con bastante interés.

—¡Hola! Soy Marcos —dice al acercarse.

El vicedecano deja el diario, se levanta y le estrecha la mano con firmeza. A pesar de que es un poco más bajo que él, su presencia impone. Una sonrisa se proyecta en su rostro.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Una cocacola? ¿Un café? —dice con amabilidad.

—Te lo agradezco, pero no, no hace falta.

—Como quieras...

Los dos se sientan.

—Boris me ha dicho que eres un artista y estás interesado en matricularte en la facultad el curso que viene. ¿Te puedo asesorar en lo que quieras! ¿Qué te interesa saber?

—Lo cierto es... que no sé muy bien por dónde empezar.

—¡Tú dirás!

Decide ir al grano. Espera que no se levante y le despache en menos de diez segundos.

—Debo confesar que no he sido del todo sincero.

—¿Ah, no?

—No. Y lo siento. El motivo que me ha traído hasta aquí es bien diferente. Se trata de mi antiguo compañero de piso, Miguel Díaz. Era... es profesor de esta facultad.

Fernando se queda pensativo. Marcos traga saliva y asiente. Espera que no haya reparado en el lapsus. Ha hablado de él en pasado, pero ha rectificado de inmediato.

—Sí, claro que lo conozco. Es un magnífico docente. Una persona muy valiosa. ¿Qué pasa con él?

Decide hablar en presente, como si Miguel no hubiera recibido un par de tiros en el pecho. No pretende intranquilizar al vicedecano.

—¿Sabes si tiene enemigos?

—¿Por qué? ¿Le ha ocurrido algo? Porque llevamos una semana catastrófica. ¡Madre mía! Una profesora ha muerto hace un par de días. La atropelló un coche. Y otro docente, Marcos Verruti, se encuentra en paradero desconocido.

—No, no le ha pasado nada. Solo está fuera de la ciudad por unos asuntos personales —dice recordando la llamada de Javier, el policía que estuvo cerca de encerrarlo.

—Y, entonces, ¿por qué me preguntas si tiene enemigos?

—¿Los tiene?

—No, claro que no. Y no me gusta el cariz que está tomando esta conversación. ¡O me dices de qué va todo esto o me voy!

Hace ademán de levantarse.

—¡Espera un momento, por favor! Seré sincero. En mis ratos libres trabajo como investigador privado —miente—. Y, como hace tiempo que Miguel y yo nos conocemos, me ha encargado que indague en el asunto de los tres jóvenes de esta facultad que desaparecieron hace unas semanas.

—¿Y por qué coño me preguntas por Miguel?

Su tono de voz delata cierto malestar.

—Porque mi trabajo consiste en investigar a todas las personas que han tenido relación con los jóvenes.

—De acuerdo. Miguel es un gran profesional. Imparte la asignatura «Métodos y sistemas de representación espacial» desde 2011. De su vida privada no te puedo contar demasiado. Sé que sale con Julia desde hace un tiempo. Al parecer, tienen planes de

boda para el próximo año. Es todo lo que te puedo decir. Seguramente, tú tendrás más información que yo sobre ese tema.

—Sí, algo me ha contado —miente.

—Él y yo no somos íntimos. Nos saludamos, charlamos un poco si nos encontramos... y poco más. La que mejor le conocía era Marta Iglesias, pero, como te he comentado antes, falleció hace un par de días.

Marcos se queda pensativo.

—¿Miguel ha tenido problemas con alguno de sus alumnos?

—¡Nunca he tenido ninguna queja al respecto!

No puede descartar esa hipótesis: un estudiante resentido le dispara a bocajarro porque tiene en su poder un vídeo que no le pertenece.

—¿Y con otros profesores?

—No, que yo sepa. Aunque ahora que lo mencionas... hace unos años hubo un incidente con un antiguo estudiante de esta universidad.

—¿Ah, sí?

Él permanece en silencio durante unos segundos como si pretendiera hacerse el interesante.

—¡Ahora lo recuerdo!

—¿Qué pasó? —pregunta intrigado.

—El novio de una de sus alumnas lo denunció al decano.

—¿Qué es lo que hizo?

—Miguel tuvo un comportamiento poco ejemplar.

—¿Poco ejemplar?

—Según el denunciante, se estaba acostando con una alumna.

—¿Eso ocurre?

—Por desgracia, sí. Es más frecuente de lo que parece. Existen estudiantes que buscan mejorar sus calificaciones académicas y profesores sin escrúpulos, que no dudan en aprovecharse de la situación.

Él había oído rumores sobre ello. Docentes que se liaban con alumnas. Y también existían estudiantes que se pagaban la carrera ejerciendo como prostitutas o chaperos.

—¿Recuerdas el nombre de la persona que lo denunció?

—Ni idea. Hace tanto tiempo de eso.

—¿Y de la chica?

—Tendría que preguntarlo por ahí.

—Podría ser de gran ayuda.

—Aunque el asunto quedó en nada. Nunca se llegó a demostrar que mantuviese relaciones sexuales ni que fuese a cambio de un trato de favor. Era la palabra de un novio resentido contra él. De modo que solo se trata de un chismorreo.

Marcos asiente.

—¿Miguel daba clase a Lucía Margal, David Barreiro y Alberto González?

Lo medita durante unos instantes.

—Ahora me haces dudar.

Con el rictus arrugado, su cara se asemeja a la de una persona aquejada de hemorroides. Se pasa la mano por el pelo y por su frente cae una maraña de cabello encanecido.

—Sí, me parece que sí.

—¿Los conocías tú?

—A David, un poco. A veces, nos veíamos aquí, en esta misma cafetería —dice señalando las mesas de alrededor—. Era un chico muy educado. Demasiado amable para mi gusto. Me trataba de usted. ¡Joder, ni que fuera su padre! Sobre todo hablaba de fútbol. Y a mí el fútbol no me gusta nada. A Lucía la he visto alguna vez en los pasillos, pero nunca me detuve a hablar con ella. Era una joven muy guapa y alegre. Y de Alberto... ni idea.

—¿Qué crees que les pasó?

—Si lo supiera... se lo habría dicho a la policía.

—¿Nadie comenta nada?

—Hay rumores de todo tipo, pero ninguna certeza.

—Y ¿cuáles son esos rumores?

—Que los han secuestrado para pedir un rescate. Por lo que he oído, el padre de Lucía es un importante empresario del sector naval. Tiene mucho dinero. Incluso ha ofrecido una recompensa por cualquier pista.

—Pero, de momento, nadie ha pedido ningún rescate.

—No que sepamos...

—¿Cuántos años llevas en la facultad?

—¿Eso que tiene que ver con su desaparición? —pregunta molesto.

Le ha incomodado. Se le hinchan las venas del cuello. Detecta cierta desconfianza.

—Imagino que habrás visto pasar a mucha gente durante todo el tiempo que llevas aquí, ¿no?

Fernando trata de hacer memoria.

—Empecé a dar clase en 1992. Lo recuerdo como si fuera ayer. Coincidió con los Juegos Olímpicos de Barcelona. Parece mentira, pero ya han pasado más de veinticinco años.

—¿Te dice algo el nombre de María García?

Se queda pensativo.

—¿María García?

—Sí.

—María, María... En estos momentos, no. Creo que no. No me suena, ¿por qué?

—Ella estudiaba en esta facultad. Empezó sus estudios en 2001. Estuvo hasta tercero. Y, curiosamente, un 23 de abril de hace más de veinte años desapareció. Se esfumó.

Saca una de las fotocopias que le había entregado Carmen en la biblioteca y se la tiende. Fernando extrae unas gafas de concha del bolsillo de la camisa y se las pone. Se inclina un poco, observa la fotografía y realiza un gesto de negación.

—Las personas desaparecen. Dejan los estudios. Se marchan. Se enamoran. Deciden estudiar otra carrera o hacer otra cosa. Ocorre constantemente. Hay individuos que no quieren que nadie los encuentre. Prefieren marcharse y empezar de cero en otra parte. ¡Quizá eso fue lo que le pasó!

—No lo dudo. Aun así, su desaparición plantea una serie de interrogantes.

—¿Qué clase de interrogantes?

—La desaparición tiene bastantes puntos en común con la de Alberto, Lucía y David. Con la salvedad de que hay un intervalo de veinte años.

«Y eso sin mencionar a Edurne Prieto», piensa.

—¡Qué interesante! —dice mientras asiente con la cabeza.

—El vehículo apareció en el pinar de Alba. Ahí fue donde se encontró el coche de los tres chicos. Y luego está el hecho de que Lucía y María eran muy parecidas físicamente.

—Parece un caso para el detective Harry Bosch —dice con una sonrisa.

Marcos se muerde el labio inferior.

—¿Aquí impartís alguna asignatura de imagen? ¿Contáis con equipos de grabación? ¿Los alumnos y los profesores manejan cámaras?

—Eso es más del ciclo de Imagen y Sonido, pero sí, las utilizamos para grabar cortos, realizar montajes, espectáculos y anuncios. ¿Por qué?

—¡No, solo era simple curiosidad!

—El arte tiene muchas vertientes. Hoy en día, el apartado audiovisual es muy importante. Cada vez más.

A pesar de que el vídeo de David resulta escalofriante, no cree que sea una grabación amateur. Al contrario. La persona que lo ha filmado sabe lo que hace. El realizador ha cuidado la estética, el encuadre, la edición y los planos.

Aunque no cuenta con amplios conocimientos de imagen y sonido, sabe distinguir un vídeo de calidad y una grabación rudimentaria. La película la puede haber realizado cualquier persona relacionada con la facultad. No es una idea descabellada. ¿Un profesor? ¿Un alumno? Es bastante probable.

«Quizá Miguel lo conocía y, por eso, lo mataron».

—Si pudieras facilitarme el nombre de la persona que le denunció o de la chica con la que supuestamente se le relacionaba, te lo agradecería.

—Sí. Lo miro y, en cuanto pueda, te envío un *e-mail*. Me vas a disculpar, pero tengo una reunión en unos minutos y debo subir al despacho.

Se levanta. Marcos le imita.

—Ha sido un placer —dice.

Vuelven a estrecharse la mano. Se da cuenta de que está pegajosa. Le dedica una sonrisa forzada. Los ojos de Fernando le miran de arriba abajo y le hacen pensar que le está ocultando algo.

El profesor se despide con una parodia de saludo. Le ve salir y se queda intrigado. La cafetería comienza a llenarse de estudiantes.

Durante el camino de regreso a casa, no puede apartar de su mente la idea de que el asesino está vinculado con la facultad.

«Tendría que haberle pedido el listado de alumnos matriculados en las asignaturas de Miguel. Debería empezar por ahí», piensa.

Le vibra el teléfono móvil. Lo saca del bolsillo. Y, tras desbloquearlo, comprueba que se trata del perfil de Carmen en WhatsApp. Le ha escrito un mensaje. Pincha encima:

«¡Socorro! Quiere matarme. Necesito tu ayuda».

Y ve una fotografía. Se le encoge el corazón.

Sabe dónde se encuentra. La chica está aterrorizada.

Y echa a correr como si le fuera la vida.

Marcos escribe un wasap:

«¿Qué es lo que ocurre? ¿Quién quiere matarte?».

Se lo envía y espera unos segundos que se le hacen eternos.

—¡Vamos! ¡Contesta, joder! ¡Di algo! —grita nervioso.

No obtiene ninguna respuesta.

Enseguida marca el número de Carmen, pero su teléfono se encuentra apagado o fuera de cobertura en esos instantes.

Es entonces cuando empieza a preocuparse de verdad.

«Eres un insensato. ¿Por qué tuviste que pedirle que descriptara aquel archivo de vídeo? Si no lo hubieras hecho, nada de esto habría ocurrido. En ocasiones, hay que saber parar a tiempo», se lamenta mientras corre a toda velocidad hacia la otra punta de Salamanca.

Sopresa pedir un taxi, pero, entre el tráfico que colapsa la carretera en dirección a la Glorieta y los semáforos, podría resultar perjudicial.

«Deberías haberla disuadido. La has puesto en peligro. ¿Por qué permitiste que continuara? ¡Solo es una cría! Apenas tiene dieciséis años».

—¡Como le pase algo! —se lamenta en voz alta.

En su interior siente una mezcla de rabia e impotencia. Tiene un nudo en el estómago que no le permite respirar. Espera que aún no sea demasiado tarde. Durante unos segundos, piensa en llamar a la policía, pero eso supondría tener que explicar muchas cosas y no le queda demasiado tiempo.

Mira de nuevo la aplicación de WhatsApp. No ha leído el mensaje. Vuelve a marcar su número, pero obtiene el mismo resultado.

Corre por la calle Van Dyck, una zona atestada de bares con terrazas, supermercados, cines y garajes. En cinco minutos, alcanza la Gran Vía y dirige sus pasos hacia el camino de las

Aguas. Por la carretera no cesan de subir y bajar vehículos. Sorteas a un montón de viandantes que caminan por la acera. Algunas personas se apartan a su paso o le miran mal cuando se cruzan con él, como si creyeran que ha perdido el juicio.

—¡Por favor! —le grita una anciana—. ¡Ten más cuidado! ¿Quién te crees que eres?

Ha reconocido el sitio de la fotografía. Los azulejos; el calendario con la mujer desnuda; los palés de refrescos que se vislumbran al fondo. Es el bar de Aitor. Carmen se ha hecho el *selfie* en el almacén.

Muchas son las preguntas que deambulan por su mente: ¿Qué está haciendo allí? ¿Se ha quedado a dormir? ¿La ha pillado Aitor? Y sobre todo, ¿quién la quiere matar?

Mike Tyson siempre decía que «todo el mundo tiene un plan hasta que se lleva la primera hostia». Y él acaba de recibir una en todo el rostro que lo ha enviado a la lona. Ahora se arrepiente de haber continuado. Tendría que haberlo dejado cuando encontró el cadáver de Miguel.

Deja atrás las piscinas municipales y no tarda en llegar al barrio de San José. A pesar de que nota molestias en la ingle y en las piernas, aumenta el ritmo de la zancada. Está muy cerca. El flujo de coches en el polígono es continuo.

Cuando alcanza la esquina de embutidos Jevá, se detiene un instante. Una capa de sudor le baña el rostro y la ropa se le pega al cuerpo como si fuera una segunda piel. Al menos ha corrido diez kilómetros. Se agacha un poco y apoya las manos en los muslos mientras trata de recobrar el aliento. Toma un poco de aire e instantes después reanuda la carrera.

Llega al bar cinco minutos más tarde. Las persianas están bajadas. En la puerta descubre un cartel: «Cerrado por enfermedad».

«Qué raro», piensa.

Aitor le habló de que iba a llamar a un fontanero para que reparase un grifo y la cisterna que no funcionaba.

«Puede que el asesino me esté esperando».

Opta por ser precavido. No necesita que ningún vecino de la zona le llame la atención. Mira hacia los bloques de ventanas y

balcones que hay enfrente y dirige sus pasos hacia la parte trasera del local. Allí coge el contenedor de basura y lo acerca hasta la pared. Se sube encima y descorre el cristal de la ventana del servicio de señoras.

Primero mete las piernas, después introduce los brazos por el hueco, salta y cae de pie sobre las baldosas del baño. Comprueba que no hay nadie en las cabinas y, con cuidado, sale al pasillo.

Camina de puntillas, pegado a la pared, sin hacer ruido. La luz del sol se filtra por las rendijas de las persianas. Todo está en silencio.

De repente, en una de las esquinas ve a Carmen y se echa a temblar. Su cuerpo, inmóvil, cuelga de una barra del techo. Tiene la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda; los ojos, casi desorbitados, completamente rojos y brillantes; los pómulos hinchados; la piel lívida y tirante; la boca fuera de la lengua en una mueca de horror. Observa la soga alrededor del cuello y se estremece aún más. Su cara desdibujada es la de alguien que ha sufrido lo indecible.

Aparta la mirada durante unos instantes. Su corazón late a una velocidad frenética.

«¿Quién coño ha podido cometer semejante salvajada? ¡Solo un cobarde podría hacer algo así!», piensa.

A su izquierda descubre una silla tirada en el suelo. Un par de metros más allá, encima de una de las mesas, divisa el portátil. Antes de dar un paso en falso, mira detrás de la barra y registra la zona de las mesas por si hubiera alguien escondido. Luego se acerca hasta el ordenador. Al tocar la carcasa, la pantalla emite un par de parpadeos y se enciende. La luz le deslumbra.

En el escritorio descubre una carpeta abierta con un montón de archivos de vídeo. Traga saliva, desliza el dedo por el ratón táctil y pincha en el primero de los iconos.

«¡Joder!».

La imagen le muestra una sórdida habitación. En el centro del plano ve a una chica amordazada y atada a una silla. La joven trata de balancearse a derecha e izquierda, pero las bridas de plástico se lo impiden. Al fondo se distinguen azulejos rotos, un par de tuberías que suben por la pared y una bañera sucia y llena de moho.

A pesar de que lleva el pelo desgredado, el rostro de la joven le resulta familiar. Repara en los ojos grandes, los pómulos pronunciados, la nariz fina y los labios carnosos. La reconoce por una de las fotografías del periódico. Es Lucía y está aterrorizada.

Un encapuchado se acerca a ella y levanta un martillo. La joven lo observa con miedo y grita. Aunque el vídeo carece de sonido, por sus gestos deduce que pide ayuda. Observa la forma en que se le descompone el rostro. Tiene tanto pavor que se hace sus necesidades encima.

Marcos se muerde el labio inferior y ahoga un chillido. Sabe lo que va a suceder a continuación. Apoya las manos en la mesa para mantener el equilibrio. No quiere verlo. Aparta la mirada, hunde la barbilla en el cuello y cierra el archivo.

Pero el vídeo de Lucía no es el único.

—¡Qué mierda es esta! —masculla en voz baja.

Hay dos grabaciones más.

Siente arcadas al abrir los archivos. Ambos son de tortura y violencia extrema. En ellos aparecen María García y Edurne Prieto.

«¡Y que haya gente que disfrute con esto!».

Coge un poco de aire y camina con cautela hacia el almacén. A cada paso, escucha los jadeos intermitentes de su respiración.

«¡No puede ser! Esto es solo una pesadilla», piensa.

Cuando atraviesa el umbral de la puerta, se fija en la figura de Aitor sumergida entre las sombras. Está de pie. Pulsa el interruptor. Al iluminarse la estancia, se percató de que su jefe se encuentra confuso y mareado. Lleva una camisa blanca, con los cuatro primeros botones desabrochados, unos pantalones negros y ha prescindido de los zapatos. En la mano izquierda sujeta una botella de *whisky*.

—¿Qué le has hecho?

—Yo, yo...

La botella se le resbala de las manos. Cae al suelo y se oye un golpe sordo.

—¡Hijo de perra!

Tiene los ojos vidriosos. La mirada perdida.

—¡Cómo has podido hacer algo así! —grita.

Aitor se encuentra desubicado. Por la barbilla le resbalan un montón de mocos y babas. Su imagen le recuerda a la de un yonqui que está con el mono.

—¿Acaso no tienes conciencia?

Él se encoge de hombros y permanece en silencio.

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho?

—Yo, yo... no estoy bien...

—Pues vas a estar peor.

Marcos se acerca y le pega un puñetazo con todas sus fuerzas. Los nudillos se estampan en el rostro de Aitor. Del golpe le tira al suelo. Cae de espaldas, como un peso muerto. Comienza a sangrar por la nariz. Su rostro se desencaja. Le ha roto el tabique.

Su jefe hace ademán de levantarse, pero, antes de que pueda incorporarse, le propina una patada en la boca. Se escucha un aullido de dolor.

—¡La has matado, cabrón! ¿Por qué? —pregunta fuera de sí.

—No, no... —farfulla dubitativo.

Le mira con frialdad. La sangre borbotea en su nariz. Una expresión de sorpresa y sufrimiento se mezcla en sus ojos. Lanza un resoplido de desdén.

—¿Por qué lo has hecho?

—Lo... lo...

La cólera se adueña de Marcos. Se sienta a horcajadas sobre Aitor. Le agarra del cuello de la camisa y lo zarandea. No puede quitarse de la mente el cadáver de Carmen.

—¡Desgraciado!

Enseguida pierde el control y le golpea sin piedad. Descarga sus puños una y otra vez, como si fuera un saco de boxeo. Su jefe trata de protegerse con los antebrazos, pero está tan ido que tras unos cuantos golpes desiste. La lluvia de puñetazos se sucede.

El exconvicto está poseído. Una nube negra enturbia sus pensamientos. No puede reprimir su furia. Se ha convertido en un huracán descontrolado.

Aitor termina hecho un ovillo en el suelo. Marcos se levanta y, tras recuperar el aliento, le lanza un puntapié tras otro en los muslos, las nalgas, los brazos y la espalda. Escucha cómo le crujen los huesos y las costillas. Al cabo de unos minutos, se detiene.

—¡Quiero respuestas, joder! ¿Qué es lo que te hizo esa chica?
—dice mientras le sujeta la mandíbula entre las manos.

La cara de Aitor se ha convertido en una masa de carne. La sangre brota a borbotones de sus labios. Pese a ello, alza los ojos y abre la boca. Sus dientes partidos asoman detrás de los labios y esboza un amago de sonrisa.

—¿De qué te ríes, cabrón? ¿Te hace gracia?

Marcos está más furioso que antes. Se aparta un par de metros y coge uno de los barriles de cincuenta litros de cerveza. A pesar de que es ágil y fuerte, lo levanta con bastante dificultad.

—Vas a saber lo que es el dolor.

Vuelve a acercarse.

—¡Lamentarás haber nacido!

Y le aplasta el cráneo con el barril.

La sangre y la masa encefálica se esparcen por la pared.

Lo ha matado.

No le importa volver a la cárcel. Ya ha estado antes. Prefiere estar enjaulado a convivir con animales como su jefe. Es un perdedor. Lo ha sido desde que nació. Todo cuanto toca lo destruye. Está en su naturaleza. Juró no regresar, pero quizá ese sea el sitio al que pertenece. La vida no es un camino de rosas.

Se fija en que tiene los nudillos destrozados y cubiertos de sangre. Su cara y su ropa están salpicadas de manchas carmesí.

Sale del almacén. Las paredes del bar le oprimen. Cada vez le parecen más pequeñas, como si a su paso fueran estrechándose. Está aturdido. Le cuesta respirar. El aire apenas le llega a los pulmones. Cree que en cualquier instante el suelo se abrirá en canal debajo de sus pies y lo engullirá la tierra.

Levanta la silla del suelo, se sube encima y descuelga el cuerpo de Carmen. Lo coge con cuidado, como si llevase encima un bebé, y lo deposita sobre la barra. Le aparta el pelo de la cara y la mira fijamente. Experimenta un enorme vacío. Por desgracia, su vida se ha apagado para siempre. Coloca el dedo índice y el corazón sobre los ojos de la joven y le cierra los párpados.

—¡Descansa, pequeña! ¡Descansa! —farfulla entre lágrimas.

Le da un beso en la frente mientras no puede olvidar el mundo de mierda en el que vive. La vida humana vale menos que una caja

de cerillas.

En la calle la vida sigue su curso. Los cláxones suenan en la distancia.

Enciende un cigarrillo y camina hasta el Puente Romano. Observa su reflejo proyectado en las aguas del río Tormes.

Lo que ve no le gusta. No es la persona que quería llegar a ser. Si se tira nadie le echará de menos. Nadie llorará su muerte ni dejará flores junto a su lápida el día que le entierren. No lo ha tenido fácil.

Toda su vida ha remado a contracorriente.

Quizá es hora de hundirse y dejarse arrastrar para siempre.

—Llevo las últimas dos horas recorriendo las calles de la ciudad. No sabía a quién acudir. ¡Le... le he matado! —dice, nervioso, en cuanto Alfredo le abre la puerta de su casa.

—Pero ¿de qué hablas?

—Yo, yo...

Farfulla palabras ininteligibles.

—Entra, por favor, no te quedes ahí.

—Sí, fui yo...

Alfredo mira con desconfianza hacia el rellano del portal. No hay nadie. Probablemente el vecino de enfrente, que es un cotilla, estará mirando a través del ojo de buey.

—Entra. ¡Vamos! —insiste.

Marcos titubea. Está asustado. Tras unos segundos de indecisión, atraviesa el umbral de la puerta y su amigo le conduce a través de un estrecho pasillo hasta la sala de estar. Le pide que se siente en un sofá gris de tres plazas. Los cojines se hunden con su peso. No puede quitarse de la retina la imagen de Carmen. La pobre chica está muerta. Siente náuseas. Arcadas, cada vez que lo recuerda. Tiene ganas de vomitar. Le flaquean las piernas. Los seres humanos merecen desaparecer.

—Tuve que hacerlo. Era mi deber. Ese hijo de perra... mató a esa chiquilla —dice entre lágrimas.

—¿A qué te refieres?

Marcos está en shock. Todo le da vueltas. No creía que asesinar a otro ser humano a sangre fría resultase tan traumático. Eso demuestra que es débil y tiene conciencia. Cuando arrolló al niño, no pudo dormir durante meses. El chico se le aparecía en sueños y era incapaz de apartarlo de su mente.

—He matado a Aitor.

En el semblante de Alfredo se proyecta una mueca de incredulidad. Durante unos instantes, se queda de pie y en silencio.

Contrae el rostro. No sabe qué decir. Luego, frunce el ceño y le mira con estupefacción.

—¿Cómo? Pe... pero ¿qué dices?

—Sí, hace unas horas.

—¿Has perdido el juicio?

—Le... le he aplastado el cráneo con un barril de cerveza. ¡Le he quitado la vida a ese miserable!

—¡No jodas!

—Se lo merecía. Él asesinó a Carmen a sangre fría en el bar. La chica no tuvo ninguna oportunidad —dice mientras tuerce el gesto y se mira los nudillos.

Aún puede sentir el calor que desprendía su piel mientras descargaba los golpes con los puños y las piernas. Todavía ve su rostro descompuesto en el instante en que se retorció de dolor en busca de una bocanada de aire.

—¿Y quién es Carmen?

Él se lo cuenta. Le detalla la historia desde el principio. No omite nada. Tarda más de una hora en explicárselo. Cuando concluye el relato, su amigo sigue confuso.

—¿Tienes pruebas de lo que dices? —le pregunta.

—Encontré los vídeos de varias de las víctimas en el ordenador de Carmen. Ese... ese hijo de puta.

Alfredo asiente y mira de reojo el móvil que descansa sobre la mesa. Marcos le lee el pensamiento.

—Hay que informar a la policía. ¡Debes entregarte! —dice con voz grave.

—Lo sé. Soy un puto cobarde. Ni siquiera he tenido huevos de tirarme al río desde el Puente Romano.

—Serénate un poco, ¿de acuerdo?

Él asiente con resignación.

—Un trago te vendrá bien. ¿*Whisky* o ginebra?

—Dos dedos de ginebra.

—Está hecho.

Alfredo desaparece. Marcos se queda mirando el mobiliario de la sala de estar. Se fija en el mueble sobre el que reposa una televisión de cuarenta y ocho pulgadas. Mira los estantes llenos de libros, la alfombra a cuadros del suelo, las sillas de madera y la

mesa de cristal de El Corte Inglés con varias revistas de moda y tendencias encima. En la pared hay colgados tres cuadros de Edward Hopper. El publicista tiene buen gusto. Se fija en el óleo *House by the Railroad*. La casa que aparece junto a la vía del tren inspiró a Alfred Hitchcock para recrear la vivienda de Norman Bates en *Psicosis*. Ve la firma de su anfitrión en la parte inferior izquierda y, pensativo, asiente con la cabeza.

Cuando Alfredo regresa con dos vasos medio llenos le entrega uno. Bebe un poco. Está bien cargado. Pese a trabajar en el bar, hacía mucho tiempo que no probaba el alcohol. Sigue confuso. La pérdida de Carmen le ha afectado profundamente.

—No sabía que pintases —dice señalando el lienzo.

—Sí, es uno de mis hobbies junto con la literatura.

—Es bueno —dice.

—Solo soy un aficionado.

—Ya no podré ir a la presentación de tu libro.

—Tampoco te pierdes nada.

Y sonrío casi por inercia. Es la risa de alguien que está a punto de perder la cordura.

—Déjame que te acompañe a la comisaría. Cuanto más tardes, más explicaciones tendrás que dar. Conozco a un abogado criminalista muy bueno que...

—Da igual. No podría pagarle.

—Por el dinero, no te preocupes. Para eso están los amigos, ¿no? ¡Voy a cambiarme y te acompaño!

Alfredo se quita la parte de arriba del chándal y deja la prenda colgada en el respaldo de una de las sillas. Está a punto de salir de la habitación, cuando Marcos se queda paralizado, como un conejo ante los faros iluminados de un coche. Atónito, mira el tatuaje que tiene su amigo en el brazo.

—¡Hijo de puta!

—¿Cómo?

Alfredo se gira lentamente.

—Todo este tiempo y eras tú.

—No sé a qué te refieres.

—¡Tú! ¡Eras tú! ¡Hijo de perra! —grita fuera de sí.

—Cálmate un poco. No estás en tus cabales.

—Claro que lo estoy...

Antes de que pueda abalanzarse sobre él, Alfredo saca una pistola que tenía oculta en la cinturilla del chándal y le apunta a la altura del estómago. Hay una mezcla de indignación y cólera en su mirada.

—¡No te muevas! O te dejo seco ahora mismo —dice.

Marcos se frota los ojos y le observa aún aturdido. No puede creérselo. Repara en que el arma cuenta con un silenciador. Piensa que continúa tratándose de una pesadilla de la que aún no ha podido despertar.

—¿Cómo lo supiste?

—¡Cabrón! —dice mientras mira el tatuaje.

Ahora lo ve con más nitidez. No tiene ninguna duda. Allí está el círculo con la estrella de cinco puntas.

—El puto vídeo, ¿no? Tendría que haberme borrado el tatuaje, pero es un recuerdo de alguien a quien quería.

Marcos sopesa sus opciones.

—En menos de diez minutos estarás fuera de juego. Te pesarán los ojos, te flaquearán las piernas y tendrás un tremendo dolor de cabeza.

—¿Qué me has echado? —dice mirando el vaso de ginebra vacío.

—Todo a su debido tiempo.

El vaso cae al suelo y se hace añicos a sus pies.

—¿Disparaste con esa pistola a Miguel?

—Sí. Dos tiros en el pecho. Pero no podrás demostrarlo. Apenas sufrió. El cabrón se lo merecía.

—¿Y te llevaste el cadáver?

—Sí. Y estuvimos a punto de cruzarnos. Cuando subiste al portal, yo tenía la furgoneta aparcada al otro lado de la calle. Te vi entrar y quince minutos después te fuiste. Debo reconocerlo. Fue un golpe de suerte. Mientras estabas fuera, envolví el cuerpo con la alfombra y lo bajé por las escaleras. Afortunadamente, no me encontré con nadie. Si lo hubiera hecho, no sé qué habría sucedido.

—¿Por qué?

—Ese hijo de perra quería chantajearme. Tenía en su poder algunos de los vídeos. Y, como comprenderás, no podía

permitírselo. Él y yo éramos amantes desde hace mucho tiempo. Compartíamos las mismas aficiones. A los dos nos gustaba la caza.

—¿La caza?

—Cazábamos personas —dice mientras traga saliva.

—Estás enfermo.

—Si tú lo dices...

—¿Y su novia?

—A ella también la liquidé. Fue pan comido. Sale en otra de mis creaciones. Hizo una actuación memorable. ¡Qué forma de gritar! ¡Cómo chillaba la muy puta! Si quieres podría enseñarte el vídeo. ¡Es fabuloso!

—¿Llamas a eso arte?

—¡Así es, querido amigo!

—Yo no soy tu amigo.

—En los vídeos doy rienda suelta a mi creatividad. Y soy muy bueno en lo que hago. Algunos de mis clientes me consideran el Steven Spielberg de la *snuff*.

—Cabrón.

—¿Y Marta Iglesias?

—Ella se llevaba muy bien con Miguel. Eran buenos amigos. Estoy seguro de que ese subnormal le habló de lo que hacíamos. Yo no podía permitir que Marta metiese las narices en mis asuntos. Si lo hacía, podía estropearlo todo. Así que cuando la vi salir de tu piso y pasar por delante del paso de cebra, se me apareció la virgen. Ni siquiera me lo pensé. Pisé el acelerador a fondo y me la llevé por delante. Si las cosas hubieran sido de otra forma, probablemente habría salido en una de mis creaciones. ¡En fin, una lástima! Tenía grandes planes para ella, pero los acontecimientos se precipitaron.

—¡Joder!

—No soy ningún desviado ni tampoco un demente.

—Nadie lo diría.

—Jamás he sufrido malos tratos y nunca han abusado de mí. Mis padres eran personas modélicas que me querían.

—¡Ya se ve! —dice con ironía.

Se encuentra a menos de un metro y medio de la pistola. Aún no está lo suficientemente cerca como para desarmarlo. Y la mierda que le ha debido de echar en la bebida comienza a hacerle efecto.

—Desde que era un niño me dieron una educación exquisita.

—¿Por qué? —le interrumpe.

—No le des más vueltas. Lo he hecho porque puedo hacerlo. Porque me da la gana. Me apetecía. ¡No hay más! En el fondo soy un coleccionista. Me alimento del dolor y del sufrimiento de la gente. ¡Me gusta! Disfruto con ello. Me sirve de inspiración. Nada me proporciona más placer que verlos morir. La angustia, la agonía es un arte. ¿Acaso no has visto *El grito*, de Munch? ¿*La masacre de los inocentes*, pintada por Rubens? ¿*El desollamiento de Marsias*, de Tiziano? ¿O *La balsa de la medusa*, de Géricault? Esas caras retorcidas, esos cuerpos llenos de heridas, esas atmósferas contagiadas de dolor, terror y miedo me apasionan.

—¿Qué hiciste con Alberto, David y Lucía, los estudiantes desaparecidos?

—A David ya le viste, ¿no? Fue uno de mis mejores trabajos. Lo de la motosierra fue insuperable. ¡Arte en estado puro! —dice con una sonrisa.

—¿Y el resto?

—Con Alberto me tomé mi tiempo. Detesto las prisas. Fui minucioso. Buscaba dejar mi huella como artista.

—¡Puto loco!

—Empecé por los pies y di rienda suelta a mi imaginación. Lo pasó realmente mal. ¡Cómo gritaba el cabrón! Me pidió más de diez veces que terminara de una vez con su agonía y lo matara. Con Lucía fue distinto. Ella era especial. Pero corrió la misma suerte.

—Estás enfermo. Los tres tenían una familia y una larga vida por delante.

—¿Ah, sí? ¿Y quién coño los va a echar de menos? ¿A quién coño le importan tres putos miserables más o menos en este mundo?

Marcos se queda sin palabras. Cada vez se siente más débil. Empieza a notar que le flaquean las rodillas. Enseguida percibe que le fallan la coordinación y el equilibrio.

—¿Y esa jodida fijación por el 23 de abril?

—Fue un 23 de abril cuando descubrí que deseaba ser artista. Es una forma de celebrarlo. A Rubens le gustaban las gordas. Yo, en cambio, prefiero a las chicas más delgadas: guapas, estilizadas,

con los labios carnosos. La primera fue María García. ¡Oh, la dulce María! ¡Cuántos recuerdos! La conocí en la Facultad de Bellas Artes. ¿Sabías que íbamos juntos a clase? Yo soy de la vigésima promoción. Terminé la licenciatura en el año 2002. Durante mi paso por la universidad, conseguí las mejores calificaciones. Fui un alumno brillante. Los profesores me decían que tenía un talento innato. María era muy maja: un sol. A veces, me prestaba los apuntes. De no haberla matado, quizá habiéramos podido llegar a ser pareja. Pero la hice mía y pasará a la posteridad como una de mis creaciones. Sufrió lo que no está escrito. ¡Qué manera de llorar!

—¿Y por qué lo repites cada década?

—Veo que has hecho los deberes. Soy un sentimental. Cada diez años rememoro el crimen de María. Además, el diez simboliza la perfección. Con Edurne hice una chapuza. Se me fue la mano. No estoy orgulloso de ese vídeo, pero practicando es como se perfecciona la técnica. ¡No lo niego! Me gusta matar y ser cruel. Adoro la violencia. Pero no soy el único.

—¿Cómo consigues que las chicas se ganen tu confianza?

—La manera de proceder es muy simple: no hay que darle muchas más vueltas. Unas chicas confiadas a las que sigo con el coche y las adelanto. Unos kilómetros después mi vehículo se avería, me detengo junto al arcén y, cuando las candidatas están a punto de llegar a mi altura, agito las manos y hago que se detengan para que me presten su ayuda. La gente es muy confiada. La última vez fue algo más difícil. Lucía llevaba a esos dos inútiles, pero lo resolví bien —dice con su macabra sonrisa mientras desvía la atención hacia la pistola.

—¿Y el pinar? ¿Por qué dejas allí el coche?

—Ese sitio me trae grandes recuerdos. Allí me solía llevar mi madre a pintar en medio de la naturaleza. Era divertido. En esa época fui realmente feliz.

—¿Y qué hay de Carmen?

—Lo siento por ella. Esa chica era lista. Tenía algo que me había robado Miguel y que me pertenecía. Y no podía permitir que me descubriera. No tuve otra opción. ¡Sí, yo la colgué! Y sufrió lo que no está escrito. ¡Para qué te lo voy a negar! Anoche, me colé en el bar y esperé a que Carmen llegara. Lo demás... fue muy fácil.

Dejé los vídeos en el ordenador para que los encontraras... Te lo di todo prácticamente hecho.

—¡Eres un malnacido!

—Tú no eres mejor que yo. Has matado a un inocente.

—¿Cómo?

—Aitor no tenía nada que ver. El pobre idiota ni siquiera se ha enterado de lo que ha ocurrido. La escopolamina hace milagros. Le drogué anoche, poco después de que te fueras del bar y le suministré una dosis lo suficientemente alta como para que estuviese confuso y aturdido durante un par de días. Incluso le dejé algo de comer y una botella de *whisky* para que se entretuviese... El resto lo has hecho tú. Ahora, ¿a quién culparán?

—¡Hijo de perra!

—Me considero un hombre del Renacimiento. Soy un Leonardo da Vinci, un Miguel Ángel. También escribo. Por desgracia, no podrás asistir a la presentación de mi nuevo libro en la Casa de las Conchas. Lo comprendes, ¿verdad? Una pena que no puedas leer mis poesías.

—¡Puto chiflado!

—En mis escritos plasmo mis verdaderos sentimientos. La muerte me sirve de inspiración.

—Debería verte un psiquiatra.

—He estado jugando contigo. Podría haberte liquidado en cualquier momento. Pero me caes bien, no voy a negarlo. ¿Sabes a cuántos he matado? Esos vídeos que te dejé en el ordenador son solo una selección de algunos de mis trabajos. He quitado la vida a tantas personas a lo largo de los últimos veintiocho años que he perdido la cuenta. He liquidado a vagabundos, prostitutas, inmigrantes, estudiantes y niños. Pero no estoy solo en esto, ¿verdad, padre Boris?

Se abre una puerta. Marcos divisa el rostro de Evaristo Bernárdez. Se fija en que lleva el alzacuello. Cada vez se siente más débil. Nota una tremenda pesadez en los ojos.

—Él me ayuda a deshacerme de los cadáveres. Los enterramos en el bosque. En una antigua finca que perteneció a mis padres. Boris también comparte mi afición. Admira mis creaciones. Opina que soy un gran artista.

—¿Qué hacemos con él? —pregunta el capellán.

Marcos se tambalea y su mirada se desvanece hasta sumergirse por completo en un mar de niebla.

Aún con los ojos cerrados, Marcos tiene ganas de llorar.

«Le he fallado, joder. Le he fallado a Carmen. ¡Debería haberla salvado! Mi vida por la suya habría sido lo justo», piensa mientras es consciente de que no dispone de mucho tiempo.

Sigue aturdido. La sustancia que le ha suministrado no le permite pensar con lucidez. Su mente divaga. No puede concentrarse. Parpadea durante un rato hasta que se le aclara la vista.

Le está enfocando una cámara.

A su derecha se encuentra Boris, que le observa sin perder detalle. A la izquierda vislumbra la imperturbable silueta de Alfredo. Lleva un atuendo negro y no está muy convencido con la iluminación y el encuadre. Mueve unos centímetros uno de los focos. Siente la luz golpeándole de lleno en la cara. Sobre la mesa descansa una pistola de clavos, un taladro con brocas de diferente calibre, varios ganchos de colgar carne, un soplete, la motosierra y dos martillos.

Es consciente de que el final se acerca. Nunca pensó que terminaría así, ni que esos indeseables se quedarían sin castigo. Por desgracia, la vida real no es como las películas.

Alfredo se coloca la capucha.

—En tres, dos, uno, grabando...

Marcos grita angustiado. Un extraño hormigueo le recorre los brazos y las piernas. El corazón se le acelera. Intenta liberarse, pero solo consigue que las bridas se le claven con fuerza en los antebrazos.

—¿Alguna vez te han dicho que eres muy fotogénico? —dice el enmascarado mientras se acerca.

OTROS TÍTULOS



Disponible en #Kindle y en #KindleUnlimited:

<https://amzn.to/2Jie2cY>

<https://amzn.to/328Fgyk>

<https://amzn.to/2Uc92gg>

Mav es un perdedor. Tiene una vida de mierda, va saltando de un empleo precario a otro y hace tiempo que su novia le abandonó. Su existencia es tan patética que hasta su ex se quedó con la única cosa que le importaba: Sid, su perro.

Un día, uno de sus amigos le recomienda una aplicación móvil para flirtear y ligar con desconocidas. La app le abre un nuevo mundo de posibilidades. Sin embargo, su peor pesadilla está a punto de hacerse realidad.

PENITENCIA es un thriller lleno de suspense, acción e intriga. Una desesperada cuenta atrás cuando descubra que su vida y la de su exnovia corren un grave peligro. ¡No confíes en nadie! Todas las personas tienen algo que ocultar.



Disponible en #Kindle y en #KindleUnlimited:

<https://amzn.to/2MyJaXF>

<https://amzn.to/2U2Nvrl>

<https://amzn.to/30l1882>

¿Qué tienen en común un matón a sueldo de un narcotraficante, un adolescente cuyo hermano desapareció tiempo atrás en misteriosas circunstancias y un contable de éxito?

Cualquier persona desesperada puede llegar a convertirse en un lobo: asesinatos, misterios, drogas y giros inesperados en la Salamanca actual.

Una novela muy cinematográfica, que bebe de películas como 21 gramos, Amores perros y de grandes obras como La desaparición de Tim Krabbé, El poder del perro, El asesino dentro de mí de Jim Thompson o La chica de al lado de Jack Ketchum.



Disponible en #Kindle y en #KindleUnlimited:

<https://amzn.to/374TPCY>

<https://amzn.to/3dE6H5j>

<https://amzn.to/2XFz3H7>

UNA NOVELA DE AVENTURAS Y SUSPENSE

En el verano de 1989 dos chicos encuentran el cuerpo de un adolescente que llevaba varias semanas desaparecido. Junto al cadáver hay una corona de espinas y en el pecho del muerto alguien ha grabado un pentagrama invertido y un número: 666. Los chicos, aterrados ante el hallazgo, deciden investigar el asunto por su cuenta.

Pronto descubrirán que existe un macabro patrón que se repite: cada lustro desaparece un joven y esas desapariciones se remontan más de 50 años atrás. ¿Por qué algunos de los jóvenes del pueblo se volatilizan sin dejar ni rastro? ¿Qué oscuro secreto se esconde detrás de todas esas desapariciones? En las páginas de Maldad tienen cabida el misterio, la intriga, lo paranormal y el retorno a los años 80.

AGRADECIMIENTOS

¡Muchas gracias por leer Barrotes! Espero que hayas disfrutado con esta historia tanto como yo disfruté escribiéndola.

He puesto mucho empeño en que esta edición sea lo más perfecta posible, sin fallos de ortografía o de edición, pero puede haberse escapado alguno. Así que te pido ayuda.

Si encuentras alguna errata, envíame un correo a rubengoled@gmail.com para incorporar esa corrección en la próxima versión del libro.

Como agradecimiento, recibirás completamente gratis un ejemplar electrónico de uno de mis libros.

Si quieres estar al tanto de mis próximos proyectos literarios puedes encontrarme en Twitter:

@Ruben_Gozalo

<https://www.facebook.com/ruben.gozalo.1428>

Por último, si te ha gustado Barrotes (y si no te ha gustado, también), me encantaría conocer tu opinión. Por eso, te invito a que dejes un comentario en Amazon y me digas qué te ha parecido. Tus reseñas me ayudarán a mejorar mis libros y dar a conocerlos a otros lectores. ¡Muchas gracias amig@!

Rubén Gozalo (1978) es autor de las novelas *Lobos*, *Nada que perder*, *Cuervos*, *Maldad*, *Salvajes*, *Penitencia* y de los libros de relatos *Dosis comprimidas* y *La snuff y demás historias*.